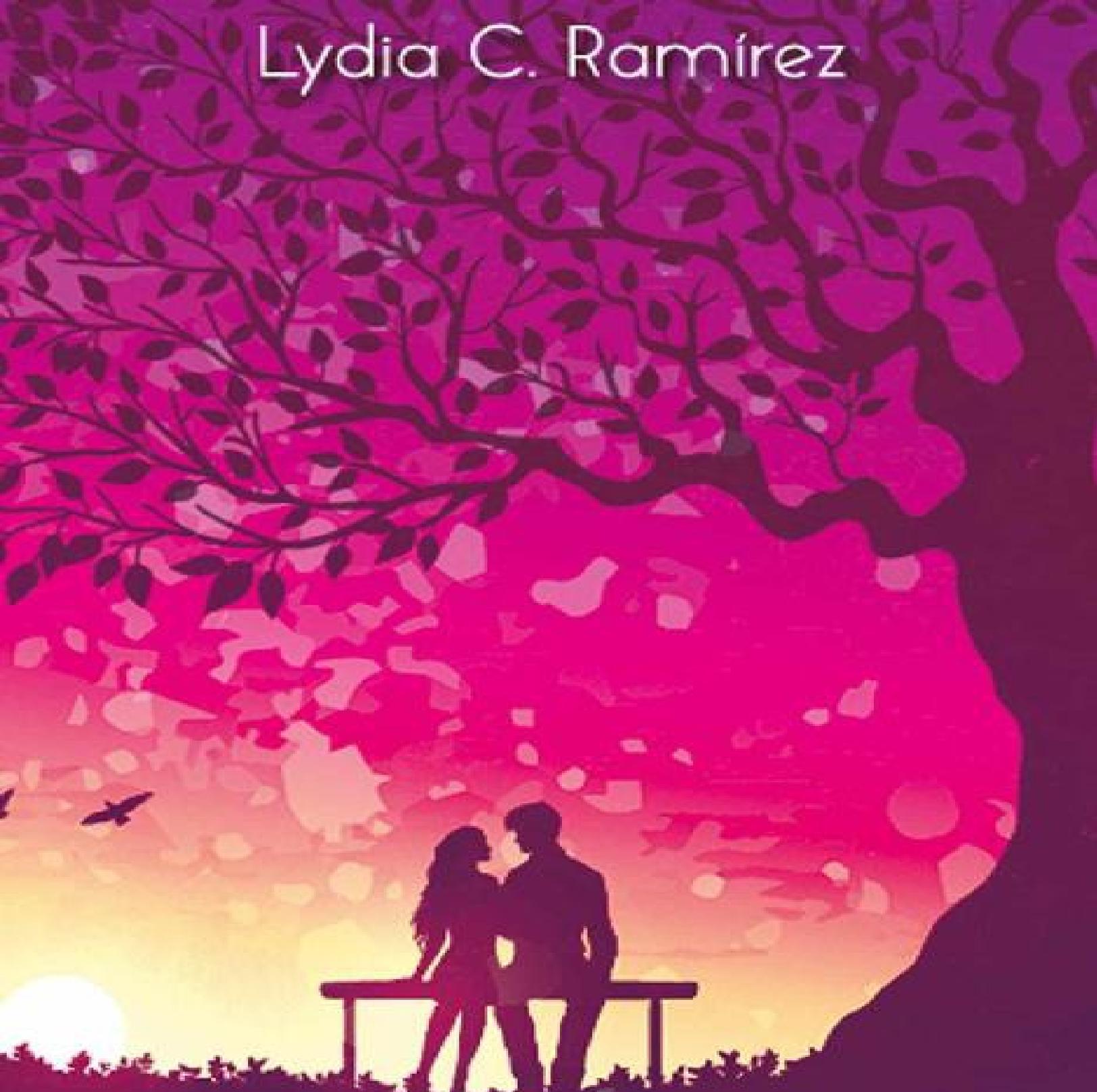


Lydia C. Ramírez



Algo para
recordar

Algo para Recordar
“El olvido puede ser tu mejor aliado”
Lydia C. Ramírez

Copyright © 2019 Lydia Carpio Ramírez

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781790848966

Diseño de Portada: BLY

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro- incluyéndolas fotocopias o difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Para Ana, mamá, papá, Poly y Alvin

Índice

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[El Viaje](#)

[Welcome to Landonville](#)

[Ataque Fortuito](#)

[La Verdad](#)

[Pastel de Calabaza](#)

[Una cara conocida](#)

[El me odia](#)

[Fuego y Humo](#)

[Un poco de Felicidad](#)

[Una sorpresa muy *especial*](#)

[Juego Macabro](#)

[No es tan sencillo](#)

[Fin](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de la Autora](#)



Prólogo

Sentí el golpe de su mano contra mi mejilla, aunque me esperaba algo parecido, me sorprendió igualmente que lo hiciera, ya que esperararlo no lo hizo menos doloroso, por lo que me caí al suelo de golpe.

Miré a mi padre desde el suelo con los ojos llorosos, pero él hizo caso omiso a las lágrimas que luchaban por salir de mis ojos, darme cuenta de ese echo hizo secar mis ojos como si fuera cosa de magia.

—Quiero que te largues de mi casa— me ordenó bajando la mano que aún tenía levantada tras el golpe— Eres una vergüenza para mí.

Miré a mi madre que estaba en un rincón como si esa historia no fuera con ella, ni siquiera se dignó a mirarme, lo cierto era que nunca había sido una mujer que se enfrentara a las decisiones de su marido, por lo que no me sorprendió que no dijera nada, es más yo habría sido la primera en sorprenderme si hubiera ocurrido lo contrario.

Jamás trataría a un hijo mío como ellos me estaban tratando...

Sentí como se formaba un sentimiento frío en mi interior, no quería seguir allí... Posiblemente tenía razón yo era una vergüenza, pero no por los motivos que él decía...

Yo tampoco quería continuar allí, así que me levanté del suelo y fui a mi habitación para hacer la maleta.

Una hora después me encontraba a la salida del pueblo haciendo *autostop*, conseguí que una pareja me llevara a la ciudad y observe desde la ventana como ese infierno se hacía más y más pequeño...

«Pero voy a volver...»

Aunque en ese momento no sabía cuándo, ni... como.

El Viaje

Me desperté con los golpes constantes de mi madre en mi puerta, ella era mi mejor amiga y mi única familia, pero lo cierto es que nunca había necesitado a nadie más aparte de ella, nunca me había planteado la posibilidad de que mi vida hubiese sido mejor de tener un padre, una familia más extensa... Por lo menos eso creía en ese momento.

—Caitlin, cielo— dijo entrando y subiendo las persianas, haciendo que toda la luz del sol penetrara en mi habitación, mientras yo arrugaba la cara en señal de protesta— Si no empiezas a vestirme, llegaremos tarde.

Asentí lentamente haciendo ruidos de queja y la escuché reírse mientras salía de mi habitación.

Tardé unos minutos en levantarme mientras miraba a mí alrededor, la habitación blanca, con tonos azules claros, había un escritorio en madera blanca también, una cómoda y una mesita en el mismo material.

Había veces que me paraba a mirar todo aquello y me decía a mí misma que todo era demasiado blanco, aséptico...

Aunque, a decir verdad, algo sí desentonaba en toda aquella nube blanca... mi colcha con el símbolo de la paz formado por distintos estampados de colores diferentes, yo misma la había comprado en una tienda, pasé por delante del escaparate la vi y no pude evitar comprarla, era necesario un poco de color en la habitación, quería hacerla un poco más personal.

Me levanté de la cama y casi me tropiezo con la maleta abierta que estaba en el suelo, la aparté de una patada y cogí la ropa que tenía preparada en una silla, me la llevé conmigo al baño y me duché.

Cuando salí un rato después, con la toalla en la cabeza fui directamente a la cocina a por un vaso de zumo de naranja.

Por el arco de la cocina que daba al salón vi a mi madre leyendo una carta con los ojos llorosos.

—¿Qué pasa? ¿Qué dice? — le pregunté preocupada haciéndola sobresaltarse.

—No, nada, no te había visto— me dijo mientras volvía a meter la carta en el sobre y lo guardaba en una cesta que había encima de la mesa— En realidad no estaba leyéndola, estaba pensando en otra cosa.

—Parecías como... triste— le dije sentándome a su lado. —Es porque mi niña se hace mayor— me dijo sonriendo.

Lo que quiere decir es que nos vamos de viaje el fin de semana a un spa para celebrar mi veintitrés cumpleaños, además ya era toda una mujer pero estaba segura de que para mi madre siempre sería su niña, es más a mí me hacía ilusión seguir siéndolo, no me sentía preparada para enfrentarme al mundo yo sola.

Le pasé el brazo por los hombros y le di un beso en la mejilla.

—Pero vamos a celebrarlo— le dije sonriendo— Y será uno de los mejores días de nuestras vidas.

Miré a sus ojos marrones claros y algo dentro de mí me dijo que mi cumpleaños no era el único motivo que la había puesto tan triste...

Aunque... ¿Por qué darle más vueltas a todo aquello?

Mi madre nunca me había engañado, siempre había dicho la verdad, pensándolo bien ella

siempre había estado junto a mí, lo cierto es que siempre estábamos juntas, algo que no me importaba, ella era mi mejor amiga también.

El motivo era bastante sencillo o quizá no tanto, porque cuando yo tenía veinte años mis padres y yo tuvimos un accidente, en el que mi padre falleció y yo resulté gravemente herida.

Durante esos días en los que me movía en la semiinconsciencia, mi mente fue capaz de darse cuenta de trozos de conversaciones entre mi madre y su mejor amiga, Rebecca (a la que yo llamo Tía Becca), luego me dio la sensación de que mi madre dejó de visitarme bastante tiempo, pero como en esos días estuve casi todo el tiempo sedada no podría decir con exactitud si fue de verdad así.

Cuando desperté no era capaz de recordar nada anterior a ese momento, vi la mirada de mi madre y luego comenzó a contarme lo que había sucedido, los siguientes meses fueron bastantes complicados, ya que era incapaz de recordar nada, así que como no conseguía llenar esos huecos, ella fue ayudándome contándome pequeños trozos de nuestra historia, lo que hizo que aquello pasara más rápidamente.

Con todo ese lío de mi enfermedad su obsesión por mí se elevó al cubo y hasta no me dejaba encargarme de las tomas de mis pastillas, ya que ni yo misma recordaba, obviamente, que estaba enferma del corazón, pero comprendía porque lo hacía por lo que, cuando aún había veces que me lo recordaba, yo la miraba sonriendo y obedecía como si fuera una niña pequeña.

—Pero date prisa, Caitlin— me hizo levantarme del sofá y yo fui a peinarme al baño. Me quité la toalla de la cabeza y me miré al espejo, no era la primera vez que pensaba lo diferentes que éramos mi madre y yo, ni siquiera me parecía a mi padre, me daba pena no recordarle y había visto fotos, pero cuando le pregunté a ella me dijo un poco nerviosa que su madre era como yo, por lo que el tema quedó zanjado.

Mi madre era pelirroja, pero de una tonalidad más castaña, era obvio que el sol había aclarado su cabello, tenía los ojos marrones, una nariz pequeña y una sonrisa perenne en el rostro, era alta y delgada, era joven, así que asumí que quizá ella no se llevaba bien con sus padres porque fui un accidente adolescente, de todas formas, nunca me había atrevido a preguntar, ya que ella no hablaba casi nada de su familia.

Yo por el contrario era más bajita, rubia de un tono muy claro, casi platino, mis ojos eran de color azul claro siempre estaba pálida, muchas veces me encontraba deseando haber nacido más parecida a mi madre, ella se bronceaba muy fácilmente, sin embargo, si yo me ponía más de dos horas al sol, el único color que cogía era un dramático rojo cangrejo.

Mientras me peinaba, vino a mi mente un recuerdo de cuando tenía doce años, no recordaba ni como salió el tema de conversación, solo sabía que debía llevar un pastel al colegio y decidí hacer, junto con mi madre, un pastel de calabaza, además ni siquiera recordaba bien la escena, simplemente recordaba la voz de mi madre diciendo:

«—¿Dónde aprendiste a hacerlo? — le pregunté inocentemente, metiendo la punta del dedo en el bol de la masa.

—No hagas eso, calabaza— me regañó sonriendo— Me lo enseñó mi madre, aunque mejoré la receta un poco.

—Está rico— dije disfrutando del sabor de la masa.

—Dicen que es el mejor de todo Texas— suspiró cerrando los ojos— Aunque no es cierto, todavía necesita mejorar.»

Moví la cabeza de un lado a otro despejando mi mente.

« ¿Porque he recordado eso ahora?» me pregunté poniéndome un pasador en el pelo.

Me convencí de que el recuerdo no tenía importancia, negué con la cabeza y lo aparté en al

fondo de mi mente, ya tendría tiempo de analizarlo después.

Me tomé la pastilla para el corazón y salí del baño.

Mi madre ya me esperaba impaciente en la puerta, así que cuando me uní a ella, ambas salimos y emprendimos nuestro viaje.

Al principio, nos dedicamos a hablar de todo un poco, luego cantamos algunas canciones de la radio y nos reímos un poco de nuestra nefasta hipotética carrera como cantantes, no sobresaldríamos en ese mundillo, yo lo tenía asumido.

Además mi madre tenía suficiente con su profesión y era muy buena en ella, era una gran abogada, casi siempre ganaba los casos que le asignaban, me contó levemente lo difícil que había sido para ella cuidarme y estudiar a la vez, porque tuvo que dejar los estudios cuando nació y luego cuando enfermó con seis años del corazón, para retomarlos y terminarlos por fin cuatro años después de aquello.

En esa época, ella tenía dos trabajos para pagar mis medicinas y costear su carrera, además mi padre también trabajaba en dos sitios a la vez para poder pagar sus propios estudios y mantenernos, pero lo mejor de todo había sido que jamás faltaron a mis recitales o teatros escolares, sonreí mirando por la ventana.

Sin darme cuenta me quedé dormida y me desperté cuando habíamos parado en el parking.

—Vamos, despierta dormilona, ya estamos aquí— me dijo mientras me tocaba el brazo para sacudirme levemente.

Sonreí sin abrir los ojos y musité:

—Si no condujeras como una señora mayor, no me habría dormido— la escuché reírse y ambas salimos del coche.

Nos registramos en recepción y nada más dejar las maletas cogí mi traje de baño y me cambié para ir a la piscina climatizada.

El spa tenía un aire oriental muy relajante, daba a una playa privada que solo podían utilizar los clientes del lugar, era un sitio donde todo el mundo acudía para relajarse y disfrutar, allí no había cabida para preocupaciones, eso quedaba a dos horas de aquí, en la ciudad de Tallahassee, Florida, donde nosotras vivíamos...

Fue el mejor fin de semana de mi vida en verdad, con todos aquellos cuidados, mascarillas, baños, masajes... Me sentí una princesa, además tenía la mejor compañía del mundo, lo cierto es que no se me ocurría un sitio mejor donde estar, suspiré relajada mientras tomábamos el sol.

Por eso me dio tanta pena que el fin de semana terminara, había cogido un poco de color, pero mi madre se había puesto morenísima.

—Vas a ligar con algún abogado— dije sonriendo montándome en el coche. —Cállate, Caitlin — me regañó poniéndose el cinturón y arrancando el coche.

—Pero a mí no me importaría— no me miró, pero la vi enarcar una ceja— Es cierto, me gustaría que tu... Te enamoras y eso, ya sabes— contesté mirando por la ventana.

—¿Estás segura de que quieres hablar de hombres conmigo? — preguntó sonriendo. —No, bueno, no sé... Yo... ¿Todavía estas enamorada de papá? — sabía que era un tema doloroso para ella.

—Aun no estoy preparada para tener esa conversación... ¿me entiendes? Asentí y miré por la ventana.

—No importa— y era cierto, no importaba.

Miré por la ventana y en lo que duró un parpadeo se desató el comienzo de una pesadilla.

Al abrir los ojos me di cuenta de que no estaba en una situación normal, por lo que mi cabeza fue capaz de repasar los acontecimientos como si pasaran lentamente ante mis ojos.

Lo primero que vi fue un gran camión que parecía haber perdido el control y se dirigía sin piedad hacia nuestro coche, bueno en realidad se estrellaría frontalmente contra nosotras, sabía que no habría posibilidades para ninguna, por el otro lado había un acantilado, así que no había nada que hacer.

Miré a mi madre y por décimas de segundo ella me miró a mí, suspiré y vi que ella pegó un volantazo en dirección al acantilado.

«Esto es el final...» pensé mientras solo era capaz de escuchar el latir de mi corazón en el oído.

A partir de ahí todo sucedió muy deprisa escuché al camión estrellarse contra otros coches que había detrás nuestra y también noté un fuerte tirón hacia delante y luego hacia atrás porque mi madre colocó el brazo delante de mí.

Abrí los ojos respirando entrecortadamente y miré a mi madre que tenía unos los ojos abiertos por el miedo.

—Mama...— susurré mirando hacia delante y sintiendo como se balanceaba el coche hacia el lado de mi madre.

—Ssh... Caitlin, escúchame— contestó ella susurrando, como si el más mínimo ruido pudiera hacer que el coche cayera— No te muevas, tienes que hacerme caso, solo recuerda que te quiero y quiero que vayas a Landonville.

—No, yo me quedo aquí contigo— le contesté, sin hacer caso a lo que me estaba diciendo, no era tonta, sabía que mi peso era lo que mantenía equilibrado el coche, si yo me bajaba...

—No puedes, Caitlin, hazme caso, sal de coche— me suplicó ella medio regañándome. —¿Y tú? — le pregunté llorando.

—Saldré detrás— me prometió ella.

Un hombre se acercó a nosotras y habló por el cristal roto de mi puerta. —Ayude a mi hija a salir, por favor— le suplicó mi madre quitándome el cinturón.

Negué con la cabeza agarrándola de la mano, ella miró al hombre y él, que era más fuerte que yo, me agarró por las axilas y me sacó del coche por la ventana.

Él perdió el equilibrio y ambos caímos al suelo, escuché el sonido del coche cediendo hacia abajo para finalmente caer ante mis ojos dando vueltas imposibles y mortales, para llegar al suelo y explotar.

—¡Mamá! ¡Mamá! — grité llorando mientras el señor intentaba apartarme de allí. —Cielo, es mejor que no mires— me dijo él abrazándome.

—Pero tenemos que bajar a ayudarla— intenté deshacerme de su abrazo y finalmente lo logré.

Volví a mirar hacia abajo y luego al cielo cayendo de rodillas al suelo, el caos se desataba tras de mí, posiblemente habría muchos muertos y heridos, pero lo más importante para mí en esos momentos era rezar y suplicar por un milagro que yo ya sabía que era imposible.

Los tres días siguiente pasaron para mí como una especie de pesadilla, sentía que aquello no me estaba ocurriendo a mí, era como ver una película espantosa, pero que no tenía ningún final feliz, al menos que yo lo supiera.

Fui consciente del brazo protector de mi Tía Becca desde el mismo momento en el que llegaron al hospital aquel mismo día.

Me encontró sentada en el suelo de la sala de espera, ya me habían curado los pocos arañazos que había recibido, era muy paradójico que yo simplemente hubiera necesitado unas cuantas tiritas mientras que mi madre...

Mi tía me dijo que ella se encargaría de todo y así fue, sin darme cuenta de nada, me encontré frente a la lápida de mi madre, fue en ese momento cuando mi cabeza hizo una especie de clic y me sacó del shock, porque fue el momento en el que me di cuenta de lo que había pasado, de lo que había perdido...

Ni siquiera recordaba si había hablado esos días o cuando me había cambiado de ropa... Nada.

Era como si me hubiera transportado desde el hospital al cementerio sin nada por medio.

No me quería mover de allí, mis pies estaban pegados a la tierra y tampoco querían irse.

—Caitlin...— me dijo la Tía Becca pasándome un brazo por lo hombros. —No puedo dejarla aquí sola— susurré sin moverme.

Ví como la tía Becca miró a Ethan, su marido y él me agarró una mano.

—Tenemos que descansar, pequeña y tú también, venga— él tiró un poco de mi mano y comencé a andar, aunque no podía evitar mirar hacia el lugar.

Nos subimos al coche y Ethan condujo hacia la ciudad.

—¿Qué quieres de cenar, cielo? — me preguntó la Tía Becca mirándome. —No tengo hambre... Solo quiero ir a casa— dije mirando por la ventana. —Caitlin, cielo, es mejor que vengas a nuestra casa, mañana si quieres...

—No, te lo agradezco, Tía Becca, pero... quiero estar sola... Allí— dije mirándola mientras caía por mi mejilla una lágrima.

Ethan agarró la mano de tía Becca y asintió.

Ella no volvió a hablar del tema hasta que aparcó en la puerta de mi casa. —Caitlin, piénsatelo...

—Estaré bien, Tía Becca— la interrumpí saliendo del coche.

—Me llamarás sin necesitas algo, ¿verdad? — preguntó saliendo también. —Sí— le contesté, me dio un abrazo y luego se subió al coche.

Hasta que no entré en la casa, no escuché arrancar el coche y después se marcharon. Suspiré temblando, me costó unos minutos conseguir girarme y comenzar a andar en dirección al salón, las lágrimas brotaron de mis ojos al sentir su aroma en el ambiente, su huella en cada mueble, su risa en las fotos...

Toda lo que quedaba de ella era aquello, por eso quería estar allí, porque todo eso era lo que tenía, la única forma de sentirme más cerca de ella, cogí una de las fotos que había sobre una estantería, en ella salíamos juntas sonriendo ante el Partenón de Atenas, era una fotografía de las pasadas vacaciones, las últimas vacaciones...

Ella había dado su vida por mí... Pero no pensó en lo que sería de mi después de aquello, debió dejar que muriéramos las dos, porque me había dejado tan perdida, tan sola... No sabía qué hacer, como seguir...

Me sentía tan... abandonada...

Me tumbé en el sofá y le di una patada a la mesa auxiliar de pura frustración y rabia, cayeron el teléfono, la lámpara y una cesta donde mi madre guardaba algunos papeles.

Tardé un rato en decidirme en levantarme para recoger todo aquello, pero finalmente lo hice y me agaché para recoger.

Coloqué la lámpara y el teléfono, pero algunos papeles se habían salido de la cesta, los guardé todos en su lugar, miré hacia el sillón y vi que debajo había una esquina de otro papel, lo agarré y vi que era la carta que mi madre había estado leyendo la mañana de nuestro... viaje.

Recordé su mirada mientras la leía, aunque dijo que no era por la carta, la curiosidad pudo

conmigo y terminé abriéndola y leyéndola:

Querida Elizabeth:

Sé que hace bastante tiempo que no nos ponemos en contacto, pero quiero decirte que entiendo lo que dijiste en tu carta anterior y si llega el caso, haré lo que me pides.

Quedo a la espera de tu respuesta, de verdad que me gustaría que pensaras seriamente la posibilidad de hablar con ella y ser sincera, terminar de una vez por todas con esto, nunca se sabe si puede ser demasiado tarde.

Atentamente, Reverendo Harris.

Releí la carta tres veces más sin entender nada... Estaba todo como... Codificado...

Miré la dirección del remitente:

154 Castle Street, Landonville, Texas.

Recordé las palabras de mi madre antes de que me sacaran del coche... «*Ve a Landonville*»

Y allí solo había una persona que podía explicarme que misterio había en ese papel y ese era el famoso reverendo Harris.

«¿De qué secreto habla, mamá?» le pregunté como si pudiera contestarme. Texas, en mi recuerdo mi madre me dijo que decían que ella preparaba el mejor pastel de todo Texas, pero nunca había captado en ella acento texano...

Cogí mi móvil y puse en el GPS para calcular la distancia entre Tallahassee y Landonville...

Catorce horas en coche... Miré el reloj y calculé que si salía ahora para mañana por la mañana podría estar allí.

Quizá hice esa locura por el dolor que sentía, o porque quería saber, estar cerca de mi madre o quizá solo quería mantener mi mente ocupada, pero amontoné unos cuantos trapos en una bolsa y cogí las llaves de mi coche, que aún permanecía aparcado en nuestro garaje, dejé un recado en el teléfono de mi tía y conduje en dirección a Landonville, Texas.

Solo paré unas cuantas veces para llenar el depósito de gasolina y comprar algunos comestibles, por lo demás, recorrí la distancia sin pensar ni siquiera que me encontraría a mi llegada.

Welcome to Landonville

Nunca había hecho una locura así, quizá el haber perdido a mi madre de esa forma tan... impactante me había desquiciado un poco. Porque lo cierto es, que pensándolo bien, estoy segura de que no habría ido así de encontrarme en otras circunstancias.

Así que al día siguiente me encontré ante el cartel que daba la bienvenida a la ciudad texana de Landonville...

Aparqué mi coche a un lado de la carretera, junto al cartel y abrí la puerta.

A simple vista, desde mi posición, se veía un pueblo sencillo, parecía que sus habitantes se dedicaban generalmente a las tareas del campo, había también unos gallineros y se veía una señora que les daba de comer.

Además el olor era bastante fuerte, respiré hondo, notando el olor afanoso a campo y animales, pero no era desagradable, al menos era mejor que olor a gasolina y humo que se captaba en la ciudad.

Me costaba imaginar a mi madre viviendo en ese pueblo, ella adoraba la ciudad.

El pitido de una camioneta vieja que se paró a mi lado me sacó de mis pensamientos. Le miré, pero el sol reflejado en el cristal me deslumbró y no pude verle bien.

—¿Tiene algún problema?— me preguntó gritando la voz grave de un hombre con un fuerte acento.

—No, gracias— le respondí educadamente volviendo a entrar en el coche, pero decidí aprovechar la oportunidad y preguntar— ¿Sabe dónde está la casa del Reverendo...?—busqué la carta para mirar el nombre.

—¿Harris?— continuó el bajándose del coche.

—Sí— me giré preparada para defenderme en caso de que me atacara.

Se había acercado demasiado a mí y no me había dado cuenta, me miraba de forma muy penetrante, me ponía nerviosa.

—Todo recto, busque la iglesia, vive al lado— me explico, cuando por fin pude verle la cara y vi una cicatriz que le cruzaba la mejilla, vestía una camisa a cuadros roja con unos vaqueros y botas, en la cabeza llevaba un sombrero marrón.

Me alejé un poco de él con temor.

Estaba segura de que él lo había notado porque se alejó un paso de mí y frunció el ceño, se caló el sombrero hasta los ojos, lo que no me permitió ver de qué color eran.

—No se asuste, milady, hay por aquí mujeres más complacientes...

« ¿Milady?» ese apodo me sonó familiar, pero me encogí de hombros.

—¿Dis—disculpe?— me retiré aún más y pegué la espalda a mi coche poniendo entre nosotros el máximo espacio posible.

—Lo has entendido muy bien— sentí que quería decir algo más, pero al parecer se arrepintió porque volvió a subirse a su furgoneta y se marchó sin decir nada más.

—Grosero— le dije susurrando como si pudiera escucharme.

Volví a subirme al coche y arranqué adentrándome en el pueblo, bueno pueblo, en realidad, era una calle larga y ancha donde había algunas tiendas, incluso vi un restaurante, era todo muy del lugar, aparte de esos pocos establecimientos lo demás eran casas o alguna pensión, pero continúe buscando la iglesia, alcé la vista y vi la torre del campanario.

Decidí ir recorriendo calles hasta encontrarla, porque aunque hubiera querido no habría

podido preguntar a nadie, parecía que ese lugar estaba desierto...

Entre algunas casas había algunos callejones con algunas casas más y al final de la gran calle, había una pequeña plaza donde por fin encontré la iglesia.

Aparqué y salí del coche apartándome el sudor de la frente, me di cuenta de que aun llevaba el vestido negro del entierro...

Sacudí la cabeza sin dejarme llevar por esos pensamientos, me acerqué a la iglesia pero estaba cerrada.

Probé a llamar también a la casa de al lado, pero tampoco abría, así que decidí dar una vuelta y hacer tiempo, pero cuando iba a darme la vuelta para irme, escuché la puerta abrirse.

—¿La ayudo en algo?— me preguntó la señora, era una mujer bajita bastante pasada de peso, llevaba un delantal y el pelo blanco recogido en un moño bastante apretado.

—Estoy buscando al reverendo Harris— dije acercándome de nuevo.

Ella me miró y supe que adivinó que no era de por allí, era una extraña y eso hizo que la mujer me mirara con cierta reserva.

—No está— me informó rígidamente— Vuelva más tarde.

—¿Dónde puedo encontrarlo? Es urgente— dije apoyando la mano en la puerta.

—En la Feria, todo el pueblo está allí— refunfuñó ella como si yo fuera estúpida por no saberlo.

—¿Y dónde está eso?— pregunté cansada de tantas vueltas.

—En el terreno de los festejos, a las afueras del pueblo— me dijo colocando una mano en su cintura, parecía enfadada.

—Muy bien, gracias— me volví y anduve en dirección al coche mientras giraba los ojos con frustración.

Arranqué y vi que la señora estaba todavía en la puerta mirándome, giré por la única calle que tenía salida y cuando terminó, seguí por un camino de tierra.

Vi algunas salidas privadas que daban a algunos ranchos, me costó unos quince minutos llegar a una bifurcación, en uno de los caminos había una gran pancarta sujeta a dos árboles donde se anunciaba la famosa feria.

Me estaba hartando de tantos líos, si hubiera sabido que tendría tantos problemas me habría pensado mucho el venir, pero lo cierto es que toda esta aventura me había ayudado un poco a no pensar en nada más, así que prefería continuar con todo esto, porque la perspectiva de encerrarme en mi casa a llorar no me entusiasmaba en absoluto.

Supe que había llegado porque había una especie de parking improvisado con montones de camionetas de diferentes colores, había algunas personas acercándose a los diferentes puestos de comida, juegos, etc.

Si allí estaba todo el pueblo menos esa señora, la verdad es que era un pueblo bastante despoblado...

«Ese es un pensamiento demasiado snob» me regañé a mí misma.

En realidad no tenía nada en contra del lugar sino con las personas que lo habitaban, al menos dos de ellas que me habían hastiado.

Cogí mi bolso con el monedero y el móvil, me arreglé un poco el pelo en el espejo, miré mi vestido arrugado, después de llevarlo casi dos días puesto, y lo estiré un poco para arreglarlo, pero me encogí de hombros con cierto desapego, en realidad no me importaba mucho si parecía desaliñada.

Comencé a andar en dirección a los puestos mirando los distintos platillos que mostraban parte de la gastronomía del lugar, también otros puestos de juegos para niños, donde daban

regalos como premios por conseguir realizar ciertos retos, nunca había visto algo igual...

Pero parecía muy entretenido aunque mi cabeza no estaba muy por la labor de adentrarse demasiado en las costumbres locales.

Aunque en realidad en los puestos no había demasiada gente, porque todos estaban concentrados en la gran plaza que dominaba la mayor parte del espacio.

Había visto algunos espectáculos así en la televisión, sabía que esta prueba era una de las más peligrosas.

Consistía en que el jinete entrelazaba un pretal alrededor de su guante para ayudarlo a sostenerse en el animal; debía permanecer sobre el animal por ocho segundos, se apoyaban con un par de espuelas trabadas con un juego de medio centímetro para no dañar o cortar al toro.

Se usan unas chaparreras de cuero ligeras para lucir la monta, también se usa un guante de cuero para que la soga no te vaya a quemar o lastimar el brazo, igualmente se usa un chaleco protector y un casco; el chaleco es obligatorio y el casco es opcional si lo usas o se puede montar con un sombrero o texana.

Me abrí espacio como pude entre todas los espectadores para asomarme por las barras, para mirar entre ellas, y vi que en ese momento iban a presentar al siguiente concursante, mientras por otro lado sacaban al anterior jinete herido.

Era muy difícil escuchar entre tanto ruido de la gente, pero el hombre que hacía de presentador consiguió hacerles callar con unas cuantas voces.

—Bien, ahora que he conseguido recuperar su atención— dijo gritando por el micrófono— Vamos a presentar a nuestro último concursante, aunque en realidad no necesita presentación, ya sabéis a quien me refiero, desde el Rancho San Jorge,

¡JAYDEN MCDOWELL!

Todo el mundo se puso a aplaudir como locos, como si el tipo fuera una especie de celebridad local, supuse que así sería.

Me fijé en él pero no le vi la cara bien porque estaba un poco retirado, pero si acerté a ver que ese... salvaje no llevaba ningún tipo de protección, ¿estaba loco?

¿Se daba cuenta de que podría morir?

«A lo mejor es lo que quiere...» me dije mentalmente mientras le veía acomodarse en la montura del toro.

Nada más abrirse las puertas que mantenían al animal (con el toro bajo él) encerrados, ambos salieron y vi como el toro se sacudía fuertemente para tirar al jinete que llevaba sobre él.

Contuve el aliento los ocho segundos que duró esa especie de lucha, así que cuando hubo pasado el tiempo y el hombre no se cayó de su montura, todo el mundo comenzó a aplaudir, y fue el momento en el que él se desplomó al suelo.

De pronto se hizo el silencio hasta que el hombre se levantó de la arena y su público comenzó a vitorearle como a un héroe mientras se llevaban al toro entre siete hombres.

Reconocí al jinete loco en cuanto se quitó el sombrero para saludar levemente con él, aunque solo le había visto un poco, reconocí la cicatriz, esta vez la luz del sol me ayudó a verle mejor.

Percibí que era un hombre bastante atractivo, no muy guapo, pero tenía algo... Sus ojos eran de color miel y su cabello corto castaño, pero aunque era obvio que era su momento, no sonrió en ningún instante, no obstante, tampoco se avergonzaba de su rostro marcado, aunque con el gesto severo que se apreciaba, estaba segura de que nadie sería capaz de meterse con él, ni siquiera a sus espaldas.

Luego dieron unos premios y él fue el ganador, tres mujeres le entregaron un trofeo, una

botella de champán y un cheque, respectivamente, mientras se frotaban descaradamente contra él.

Al parecer su apariencia le daba un aire de tipo duro que a las mujeres les resultaba llamativo, ya que a mi alrededor varias mujeres (algunas incluso con sus hijos en brazos y sus maridos al lado) suspiraban por él.

Le miré una última vez y él miró en mi dirección, en ese momento no supe si fue a mí, pero sin sonreír se volvió a quitar el sombrero e hizo una especie de reverencia burlona.

No soporté más ese tosco espectáculo y salí del mogollón de gente a codazos prácticamente para encontrar al famoso cura.

Aunque ciertamente esta misión me estaba empezando a molestar, ¿dónde estaba ese cura?

Di la vuelta al rodeo sin prever que me encontraría con las escaleras de entrada y salida de la plaza, estaba el mismo tipo junto a tres hombres más que le continuaban felicitando, aunque si debo decir algo a su favor, lo cierto era que parecía que no quería que le dieran tanto bombo al asunto, no me vio, y si lo hizo, no me prestó atención cuando pasé junto a ellos, mientras giraba los ojos y bufaba silenciosamente.

Continué recorriendo la feria mientras se iba llenando de gente, ya que el espectáculo había llegado a su fin y todo el mundo volvía a repartirse por todas partes.

Una hora después me di por vencida, no iba a encontrar al cura entre toda esa gente, así que volví al aparcamiento para montarme en el coche.

Por un momento se me ocurrió la idea de volver a Tallahassee pero no, no iba a darme por vencida, quería saber, era lo único que me quedaba, luego pensaría en que podía hacer después.

Estaba caminando lejos del ruido de la multitud cuando escuché unos pasos detrás de mí, me paré para coger impulso y salir corriendo, pero antes de que pudiera hacerlo me agarraron fuertemente y me giraron.

Era un grupo de tres chicos jóvenes, quizá de mi edad que iban visiblemente borrachos.

—¿Dónde va tan deprisa, señorita? La fiesta continúa— me dijo acercando su asquerosa boca a mí.

—Suéltame— le dije con todo el valor que pude provocando la risa de los otros chicos. —¿Y si no lo hago? Podemos pasar un buen rato— comenzó a bajar su mano por mi espalda.

Justo en el momento en el que estaba preparándome para pisarle el pie, el chico fue apartado de mí y lo tiraron al suelo.

Los otros dos salieron corriendo y el hombre que había apartado de mí al chico, le cogió por las solapas de la camisa y le susurró algo que no alcancé a oír pero provocó que el chico repitiera el gesto de sus compañeros.

Cuando el hombre se giró y me miró, supe que planeaba regañarme a mí también, parecía enfadado, ¿pero que...?

—¡Parece que sigues siendo la misma inconsciente de siempre, nunca vas a madurar!— me gritó él quitándose el sombrero.

—¿Qué? No sé de qué me habla...— me aparté de él dando un paso hacia atrás. —No tienes que hablarme de usted, milady, entre nosotros eso está de más. Se acercó a mí y me agarró por la cintura apretándome contra él.

—Voy a gritar— le amenacé conteniendo el aire, pero de pronto él me soltó, se sacudió las manos como con asco.

—No hace falta, Arianne.

—Creo que se confunde de persona, yo no me llamo así... —le dije con voz más calmada, ya que al fin entendía algo de todo aquello.

—¿Qué...?— pero no pudo continuar porque se acercaba un grupo de personas hablando en voz alta y al reconocerle le llamaron.

Por lo que aproveché para marcharme de allí, me subí a mi coche y arranqué, borrando de mi mente toda la situación anterior, decidí hacer guardia en la puerta del cura callejero para poder interceptarle al entrar.

Esperé unas horas hasta que por fin le vi cruzar la plaza en dirección a la iglesia. Salí corriendo y llegué justo cuando él abría la puerta.

—Hola, buenas tardes— dije rápidamente y con voz entrecortada por la falta de aire de la carrera.

—Buenas tardes— me saludó sonriendo, era más joven de lo que pensaba, tendría más de cuarenta años, pero era pelirrojo y de ojos azules, su presencia transmitía mucha paz.

—Me llamo Caitlin Patterson— le dije atropelladamente, mientras a él se le borraba la sonrisa de la cara.

—No esperaba conocerte tan pronto, Caitlin— dijo él pausadamente, como pensándose mucho las palabras.

—Sepulté ayer a mi madre— le dije de golpe— Antes de morir me dijo que viniera a este lugar y yo encontré una carta suya.

—Pasa, Caitlin, no podemos tener esta conversación en la calle— él terminó de abrir la puerta y entró en la casa.

Yo le seguí mientras él iba encendiendo las luces, me ofreció algo de tomar, pero negué con la cabeza.

Luego volvió a salir del salón y cuando regresó me entregó una cajita. Me instó a abrirla, y lo hice, sin saber muy bien lo que me encontraría.

En el interior había otra carta y una medalla con una A rodeada por un círculo alargado de oro con pequeñas piedras incrustadas.

Abrí el sobre y había simplemente una nota.

Mi pequeña niña:

Si estás leyendo esto significa que ya no estoy por allí, y que he sido lo suficientemente egoísta como para no contarte nada personalmente. Espero que puedas perdonarme, ya que nunca quise hacerte daño.

Siempre te he querido como a una hija, y aunque no conozco la historia completa y me aproveché de los acontecimientos, me he comportado como una cobarde al no poder plantar cara a mis errores, aunque no los considere como tal, ya que no me arrepiento de nada.

Solo tú puedes llenar los huecos que faltan, pero lo que sí puedo decirte es que no eres mi hija, por desgracia no lo eres, nos conocimos por casualidad cuando mi marido y yo te recogimos en la carretera y aunque no contaste nada de lo que ocurría, supe que escapabas de algún lugar, dijiste que ojalá no tuvieras esa familia y fue en lo único que pensé cuando tuvimos el accidente.

Y luego el destino quiso que no recordaras nada de lo que habías vivido anteriormente, deseaba tanto tener a mi Caitlin conmigo o al menos alguien al que poder llamar así, que no pude evitar hacerte creer que eras mi pequeña.

Ese colgante es lo único que llevabas de tu vida anterior, espero que pueda serte útil, también sé que tu familia es de Landonville, porque tú misma lo dijiste aquella noche, siento no poder serte de más ayuda.

Me puse en contacto con el párroco de allí, ya que era en la única persona en la podía confiar para dejarle algo tan importante y ahora le tendrás frente a ti, le tuve que contar algo,

porque solo podía confiar en alguien como él, aunque él sabía que algún día se presentaría una muchacha llamada Caitlin no te conoce físicamente, es posible que pueda decirte algo más.

Siento mucho haberme aprovechado de ti y espero que puedas perdonarme.

Elizabeth.

Todo era... ¿una mentira? Arrugué la carta entre mis manos y cerré los ojos.

Estaba tan confundida llevaba pensando en mi como Caitlin Patterson desde hacía tres años y ahora todo era una mentira, yo no era Caitlin.

—¿Quién soy?— pregunté susurrando y levantándome de la silla— No... Entiendo nada— solté la carta como si quemara.

—Tranquilízate, ¿qué quieres decir?— preguntó agachando y cogiendo la carta. La leyó rápidamente y me miró sin decir nada.

—Dios mío... Nunca pensé que se tratara de algo... así— dijo él. —Ella dice que usted lo sabía— le dije con voz ronca.

—Me dijo que debía guardar esto hasta que vinieras a por la caja, pero no me contó nada de eso.

—¿Usted no... me conoce?— le pregunté un tanto insegura.

—No... Solo llevo en esta iglesia dieciocho meses y todo esto fue anterior— dijo el agarrándome de las manos.

—¿Entonces...?

Negué con la cabeza, ya que pensar esas cosas sería como aceptar la locura que decía mi madre... Tenía que hablar con Tía Becca.

Agarré la caja, el colgante y la carta, me dirigí a la puerta.

—¿Dónde vas, Caitlin?— me preguntó el reverendo siguiéndome.

—Voy a buscar una pensión para dormir un poco y a cambiarme de ropa y mañana... volveré a casa— le dije con una inclinación de cabeza y cerré la puerta tras de mí.

Ataque Fortuito

Conforme fui saliendo del pueblo fui fijándome más en los detalles de todo, pero no conseguía reconocer nada de aquello, se suponía que si yo había estado viviendo allí toda mi vida hasta los veinte años, debía recordar algo, pero no... Para mi aquel lugar era absolutamente nuevo, no era capaz de acordarme de nada, era como si fuera la primera vez que visitaba el pueblo.

No sé porque pero en vez de irme directamente del pueblo tras la fatídica visita al Reverendo Harris, me paré frente a una pastelería, me fijé en el cartel que había pegado en la puerta bajo el letrero de cerrado:

El mejor Pastel de Calabaza de todo Texas.

Mi madre dijo eso... ¿pero de verdad fue mi madre... Elizabeth? ¿O fue mi madre la... otra? Eso sería aceptar que lo que decía esa carta era cierto... ¿Pero porque mentirme? Tenía que ser verdad...

Iba a comprender todo esto aunque me fuera la vida en ello...

Volví a subirme al coche y salí de Landonville sin volver la vista atrás.

Conseguí hospedaje en un pequeño hotel y por fin pude quitarme el vestido, que prácticamente llevaba pegado al cuerpo. Me bañé pensando en todos los sucesos que había vivido desde que mi... Elizabeth había muerto.

Salí de Florida decidida a encontrar algo, no sabía muy bien el que, pero buscaba algo que me acercara a mi madre, pero en realidad había encontrado algo que me separaba de ella aún más... Porque no era mi madre...

Era obvio que mi madre no pegaba en un lugar así e imposible imaginármela viviendo allí, porque en realidad la que vivía aquí había sido yo...

Ya no sabía cuales recuerdos eran míos... ¿Sería coincidencia lo del cartel o sería algo que había recordado?

Recordaba que mi madre me llamaba calabaza, pero Elizabeth nunca lo había hecho, ni había cocinado nunca nada de repostería y lo poco que había hecho no podía ser llamado lo mejor de Texas...

Negué con la cabeza, no quería pensar en nada más, solo quería hablar con la Tía Becca... Ella no tendría más remedio que hablar y decirme la verdad, la miraría a los ojos y vería la verdad en ellos, no sería capaz de mentirme en mi propia cara, estaba segura de ello.

Me dormí enseguida del cansancio y me desperté al medio día del día siguiente.

Me duche y me vestí con unos vaqueros oscuros, una camiseta de una sola hombrera de color negro, me puse unas manolinas de color marrón claro, me cogí el pelo en una coleta y me marché del hotel después de pagar.

El viaje se me hizo mucho más largo que el de ida, pero al menos me sirvió para prepararme el discurso que pensaba soltarle a Rebecca cuando la viera, porque estaba segura de que ella lo sabía, muy segura.

Mi madre Elizabeth y ella eran amigas de toda la vida, casi como hermanas, no había nada que hiciera una sin que lo supiera la otra, si todo esto era cierto, y me inclinaba a sospechar que así era, seguro que ella lo sabía.

Paré unas cuantas veces, pero como tenía más apetito que la última vez me tuve que detener en un restaurante de carretera a comer.

Llegué a Tallahassee de madrugada y estuve a punto de ir a ver a Rebecca nada más llegar, pero decidí esperar al día siguiente.

Pasé por la casa y recogí toda la ropa que quedaba allí, el dinero y me fui a un hotel. Subí a la habitación del hotel y me duche, me tumbé y me dormí enseguida, pero soñé con Elizabeth, su accidente y su muerte, por lo que me desperté de madrugada y no pude volver a conciliar el sueño.

Nada más marcar la aguja del reloj las nueve de la mañana, ya estaba en la puerta de la casa de Rebecca preparada para llamar al timbre.

Me abrió ella vestida con una bata de motivos chinos y con el pelo peinado desordenadamente en un moño alto.

—¡Caitlin! ¿Dónde estabas? Llevo todo el fin de semana intentando dar contigo y no abrías a nadie— me preguntó abrazándome y haciéndome pasar.

—Estaba en Landonville— le dije seriamente mirándola a los ojos. Noté como cogía aire lentamente y sus pupilas se dilataban. «Ella lo sabe»

Le di la carta y ella la leyó rápidamente.

—Tú lo sabías— afirmé directamente a lo que ella simplemente asintió— ¿Por qué hizo eso?

—Porque... Su hija se escapó de su casa el año anterior, estaba obsesionada con encontrarla, no comía, no dormía... Llamaba a la policía a todas horas, no podía aceptar que su hija no quisiera estar junto a ella, que fue lo que en realidad pasó. Paul, su marido, le propuso hacer ese viaje para que se relajaran y poder conseguir un poco de normalidad, aunque continuaran buscando a su hija, pero cuando regresaban se encontraron a una muchacha de edad similar a la de... Caitlin. Me contó que no hablaste mucho, pero que dijiste que odiabas a todo el mundo o algo así, que ojala pudieras cambiar de vida. Entonces tuvisteis ese accidente y Paul murió... Era la cordura de Elizabeth, sin él, ella terminó de desviarse del todo y cuando despertaste sin recordar nada... Ni siquiera lo pensó... No pude hacer nada, amenazaba con suicidarse, necesitaba a alguien, había perdido a su hija y a su marido... Y tú estabas sola— terminó con los ojos llorosos.

—¿Cómo pudisteis jugar con mi vida de esa forma? Confundirme, ahora no sé quién soy... ¿Tú lo sabes?— le dije con voz dura. Ella intentó acercarse pero me aparté.

—¡No me toques, bastante daño me habéis hecho ya!— le grité llorando— Hubiera preferido estar sola a sentirme tan confundida, no teníais derecho... Fuera lo que fuera lo que hubiera pasado conmigo antes... ¡Os odio!— salí corriendo de allí y ella me persiguió, pero llegué antes al coche y me marché.

Llegué a las afueras de la ciudad y paré a un lado del camino y lloré desconsoladamente.

«¿Qué puedo hacer ahora?»

Una cosa estaba clara, no podía continuar viviendo la mentira que habían formado a mi alrededor esas personas... Tenía que averiguar quién era yo...

Y aparentemente solo conocía a una persona que sabía que era yo... antes... Él me dijo Arianne...

Así que di la vuelta y volví a la ciudad...

Esta vez iba a ir preparada, vendería mi coche, alquilaría una casa y me prepararía para viajar de nuevo a Landonville me encontraría a mí misma y hablaría con... Jayden McDowell.

Esperaba que él dijera algo, además parecía que me conocía... Todo era tan confuso...

Solo esperaba que esta confusión no durara mucho tiempo... Porque era posible que me volviera loca.

Fui a vender mi coche y me dieron veinte mil dólares por él, aunque casi estaba nuevo no pude regatear mucho más porque después de probar en seis sitios distintos, este fue el que más me dio.

Luego fui a una agencia inmobiliaria y espere sentada en unos de los asientos de plástico a que llegara mi turno.

Un cuarto de hora después me senté ante un muchacho joven de aspecto afable y sonreí para infundir confianza, parecía que era yo la que iba a venderle algo.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?— me preguntó con una sonrisa.

—Me gustaría alquilar una pequeña casa, pero no sé muy bien cómo va todo eso— le dije con mi mejor sonrisa.

—No se preocupe, aquí la ayudaremos, ¿en qué zona de la ciudad le interesaría?

—No, disculpe, es que no me he explicado bien, yo no la quiero en la ciudad, sino en otra... En realidad está en otro estado— le expliqué rezando para que me ayudara.

—¿En cuál?— preguntó arrugando el ceño.

—En Texas, se llama Landonville— crucé los dedos.

—No he oído hablar del lugar... Pero espere un momento, voy a ponerme en contacto con una de nuestras filiales en Austin— marcó un número de teléfono y se retiró a hablar en privado, un rato después volvió y se sentó de nuevo— Bien, recibiré para en unas horas los informes de las viviendas, si puede volver en... ¿tres horas? Podrá verlas.

Asentí y decidí que mientras compraría el billete de avión, porque estaba decidida a irme mañana, aunque tuviera que dormir en un banco del parque.

Los trámites para conseguir mi pasaje de avión no fueron muy complicados, además ocupó mi mente durante un rato del día que consiguió que dejara de pensar en todo el lío que tenía encima.

Cuando volví a la agencia tenía preparados los informes y escogí una pequeña cabaña que estaba a las afueras, podría encontrarla fácilmente, me había recorrido todo el pueblo la otra vez.

Tenía un salón-comedor con unos sillones aparentemente confortables y una mesa con cuatro sillas, un baño y una cocina equipados, había unas escaleras que daban a la única habitación que había en el lugar.

Volví al hotel a descansar porque esa misma noche cogería el avión de vuelta a Texas, luego a Landonville y de allí no saldría hasta saberlo todo.

Caitlin, Arianne o como fuera, quería saber incluso mi marca de ropa interior...

Costara lo que costara.

Intenté dormir durante todo el viaje pero no conseguí pegar ojo, estaba demasiado nerviosa, cuando me bajé del avión era por la mañana y a la salida del aeropuerto cogí un taxi, comencé a recorrer el camino hacia Landonville de nuevo.

Llegué una hora después a la cabaña, le pedí al conductor que cogiera calles no muy transitadas porque no quería cruzarme con nadie.

Cuando entré en la casa dejé la maleta en la puerta y revisé que todo estuviera correcto, después coloqué las cosas que había traído y me duché.

Me puse unos vaqueros claros, unas botas marrones y una camisa rosa, me recogí el pelo con una trenza y cogí el coche que había alquilado junto con la casa, era una camioneta bastante antigua por lo que me sorprendió que arrancara a la primera, como era la hora de comer decidí visitar el único restaurante del lugar.

Aparqué donde encontré espacio y me fijé que al ser un día de diario y ya no haber fiesta, había bastante gente recorriendo las calles del pueblo.

Al menos no estaba desierto, como temí la primera vez que lo visité.

Entré en la cafetería ruidosa, donde todo el mundo hablaba a la vez, no solo con la gente de su mesa sino entre otras mesas.

Me senté en un taburete, mientras leía atentamente la carta que había junto a mí, todo era muy

grasiento, muy fuerte para mí, una señora delgada y mayor, con el pelo gris recogido con una red, con las gafas sobre el puente de la nariz, me preguntó con voz ronca, supuse que era una fumadora empedernida, tenía voz como de camionera.

—¿Qué le pongo?— alcé la mirada de la carta y me quitó la carta de las manos— Vaya, vaya... Si es la chica de ciudad... ¿Qué se te ha perdido en el infierno para que hayas venido a deleitarnos con tu presencia?

Dijo todo eso gritando para llamar la atención de todo el mundo que estaba allí, noté los ojos de esas personas traspasándome, miré a mí alrededor deseando que a mis pies se abriera un gran agujero y que me absorbiera.

—Señora... No sé de lo que me habla...—me levanté del asiento. —¡Ah! La gran dama no lo sabe, ¿quién se lo va a creer Arianne? —¿Por qué me habla así?— le pregunté sin comprender.

Ella salió de detrás de la barra y comenzó a andar con el dedo alzado hacia mí, haciéndome retroceder.

—Ladrona, golfa y encima mentirosa, ¿cómo puedes tener el atrevimiento de regresar después de lo que hiciste?— cuando terminó el discurso ya estábamos en la puerta de la calle y le dio el broche final propinándome un guantazo en la mejilla que me hizo caerme al suelo— ¿Dónde has dejado a tu amante?

—¿¡Se puede saber qué hace!?!— le grité retrocediendo a rastras por el suelo, las otras personas del pueblo se arremolinaban a mi alrededor.

La vi agacharse para coger una piedra y como las demás personas, incluso los niños repetían el gesto.

—¿¡Están locos!?!— les grité cubriéndome la cara con el brazo.

Estaba preparada para la lluvia de piedras cuando escuché un disparo, no pude evitar alzar el brazo para ver si me había herido o a alguien, cuando vi que la gente daba unos pasos atrás soltando las piedras.

—¿Dottie te has vuelto loca?— le preguntó una voz de hombre, alcé la mirada y lo vi junto a la puerta abierta de su camioneta marrón con el logotipo de la oficina del sheriff, me tranquilicé cuando reconocí el traje de la autoridad.

—Por favor, ayúdeme...— le supliqué susurrando mientras me tocaba la mejilla e intentaba sin éxito ponerme en pie.

Él me agarró del brazo y me puso de pie, miré fijamente sus ojos verdes y él sonrió.

—No te preocupes, Arianne— me dio un pañuelo y lo colocó en mi cara.

Para entonces el grupo de verdugos que se había congregado a mí alrededor, se había reducido considerablemente.

—¿Cómo puedes defender a esta mujer, Logan? Se supone que eres la ley— dijo Dottie mirándome molesta.

—Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario— contestó sin que su sonrisa se apagara ni un milímetro.

—¿También le dirás eso a Jayden McDowell?— Dottie escupió a mis pies y entró en su local.

—¿Porque me odia todo el mundo?— me pregunté a mi misma, solo que Logan pensó que se lo preguntaba a él.

—No todo el mundo, al menos yo no— le miré, le vi sonreír, y lo hice también— La gente de por aquí es muy leal a los McDowell ya lo sabes, Arianne, no sé de qué te sorprendes.

—Es que no sé de me que están hablando... — él me miró a los ojos y vio algo en ellos que le hizo dejar de sonreír.

—¿A qué te refieres con eso? ¿Sabes quién soy, Arianne?— me preguntó lentamente. —Ni siquiera sé quién soy yo— susurré suspirando, ya que al fin, alguien en este infierno se dignaba a escucharme.

—Vamos a curar eso— dijo él instándome a caminar junto a él.

Dijo que me iba a llevar al consultorio del médico del pueblo, pero fue un camino que se me hizo muy largo, ya que sentía la mirada de todo el mundo sobre mí, era muy incómodo.

Me daban escalofríos.

Llegamos a un establecimiento en el que ponía un cartel que decía: Consultorio del Dr. P.Carson.

Al parecer ese hombre era el único médico en todo el pueblo, para algo más delicado habría que ir a Austin o San Antonio, giré los ojos escéptica, era algo de esperar, ese pueblo era tan minúsculo que ni siquiera tenía hospital.

—¿No sería mejor ir al hospital?— pregunté sentada en la camilla, antes de que entrara el médico.

—Aquí hacemos lo mismo, niña— masculló un señor calvo y bajito mientras entraba en el consultorio con... ¿un puro en la boca?

Le señale boquiabierto, pero no me prestó atención cogió unos papeles y se sentó frente a su escritorio, donde no había ningún ordenador.

Logan se rio ante mi perplejidad y dijo:

—Esto es Texas, señora— explicó inclinando su sombrero.

—Bien— por fin levantó vista y me miró fijamente— Vaya, niña, parece que has enfadado mucho a alguien— miró a Logan en busca de una respuesta.

—Dottie— dijo simplemente. —Lo suponía— y encima se rio...

—No le encuentro la gracia— le contesté enfadada y golpeando la camilla con los puños cerrados.

—Porque te han pegado a ti y a mí no me mires con los ojos arrugados, no te funcionaba con siete años y no lo hará ahora— se sacó el puro de la boca y lo dejó en el cenicero.

—¿Usted era... mi médico?— pregunté sin terminar de creérmelo.

Necesitaba recordar... urgentemente, me habían acusado de robo... y yo no podía defenderme.

—Sí, no sé por qué te sorprende tanto— se levantó y abrió un armario y sacó gasas y alcohol.

Se acercó a mí y apartó el pañuelo de Logan, me tocó la mandíbula.

—No está rota, te saldrá un moratón en la cara, pero nada serio— después sacó un montón de hielos de la nevera y los puso en un pañuelo y me lo colocó en la nariz— Al menos no se hinchara tanto.

Después rellenó una receta para unas pastillas por si me dolía la cabeza, este hombre era la única persona que me había ayudado, sin echarme nada en cara ni preguntar nada... Decidí que aunque sus métodos higiénicos en su consulta eran muy criticables, era una persona que merecía mi respeto y me simpatizó enseguida.

—¿Vas a ir esta noche al Landcruise?— le preguntó el médico a Logan cogiendo el puro y volviendo a encenderlo.

—No lo sé, hoy los chicos están de guardia pero nunca se sabe que puede pasar—contestó ayudándome a bajar de la camilla.

—¿Qué es el Landcruise?— pregunté mirando al médico como enarcaba las cejas. Sabía lo que iba a decir, pero miró a Logan que negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Es el bar del pueblo— contestó el policía en lugar del otro hombre.

«¿Estará allí Jayden McDowell?» me pregunté mientras el médico cogía una linterna.

Logan me instó a salir de la oficina mientras los hombres hablaban en voz baja, supuse que era sobre mí, porque me miraban de vez en cuando, luego se despidieron y Logan me acompañó hasta mi coche.

—Explícame porque me odia todo el mundo— le dije sin subirme al coche. —En otro momento, Arianne— me dijo mirando por encima de mi cabeza.

Asentí y me subí al coche, no miré hacia atrás, porque tenía ganas de encerrarme con llave y luego tirarla por el wáter, pero eso habría sido una cobardía y no podía permitírmelo.

Eran las doce de la noche y no podía parar quieta, no podía apoyar la mejilla en la almohada y tampoco conseguía coger el sueño, aunque mejilla no se me había hinchado mucho me dolía, así que me tomé una pastilla para el dolor de cabeza, me puse unos vaqueros y un jersey, cogí las llaves del coche y me marché hacia el Landcruise ese, lo peor que podía pasarme era que me apedrearan, pero... ¿qué digo? ¡Ya lo habían intentado!

En cuanto entré en el local quise marcharme, había un olor abundante de sudor, tabaco y alcohol, todo mezclado, era asqueroso, pero cogí aire del exterior y entré, había mesas de billar, juegos de dardos, algunos hombres jugaban a las cartas y las camareras vestían muy provocativas, iban con minifaldas y tops muy ajustados, cada una vestía de un color y se frotaban con todos los clientes.

Giré los ojos buscando al estimable señor McDowell y le encontré jugando en una de las mesas de billar, estaba sentado en una mesa, esperando su turno, en una mano tenía el taco y la otra en el culo de una mujer, tenía a una de esas... señoras sobre sus rodillas y le estaba besando en la oreja mientras él la acariciaba.

Sentí como una sensación de *dèjà vu* tan fuerte que incluso podía ver las imágenes de la escena anterior en mi mente...

«Estaba besando a Jay y él se lo estaba permitiendo, incluso le respondía a su beso, ¿dónde estaba aquello de que quería estar solo? Lo odié en ese momento, no pude contenerme y cogí a esa mujer del pelo, le pegué un guantazo, pero cuando ella iba a devolvérmelo, Jay la agarró del brazo y le dijo con voz que me ponía los pelos de punta:

—Ni se te ocurra o te la devolveré yo mismo— ella relajó la mano y la bajó. Yo me fui de allí corriendo y llorando.

Jayden Samuel McDowell me había vuelto a romper el corazón»

Me llevé la mano al corazón como si de verdad sintiera que lo tenía roto, había... recordado... Dios mío, ellos tenían razón... Di un paso hacia atrás pero me topé con un hombre enorme, le miré asustada.

—¿Qué hace una ratita como tú en este lugar?— me preguntó asfixiándome con su aliento de borracho.

—Ya me marchó— le contesté sonriendo, pero él me agarró fuerte del brazo.

—No tan deprisa, ratita, ya que has venido hasta aquí, vamos a divertirnos— me dijo sonriendo me dieron arcadas.

—La señorita ya se ha divertido suficiente por hoy, ¿verdad, *milady*?— preguntó una voz que empezaba a odiar profundamente.

Le miré con una sonrisa fría y sin pensarlo, dije:

—En realidad no, me encantaría divertirme— le dije al tipo. —No, no quieres— me agarró del brazo y empezó a tirar de mí.

—Sí, sí quiero, ¡suéltame!— tiré de mi mano para que me soltara.

—No me hagas sacarte a la fuerza— me amenazó fríamente, su cicatriz le daba un aire mucho más aterrador, pero no le preste mucha atención.

—La chica no quiere nada contigo, McDowell.

El hombre de antes le puso una mano en el hombro pero Jayden le contestó con un puñetazo en la cara y mientras comenzaban a pelearse entre todos, yo intenté escapar, aunque no llegué muy lejos porque Logan estaba allí para disolver el conflicto.

Al final acabé compartiendo celda con unos hombretones ensangrentados y con...

Jayden McDowell.

La Verdad

Me senté un poco apartada de todos ellos, aunque no me daban miedo, estaban todos demasiado borrachos y demasiado golpeados como para atacarme, este pensamiento me hizo sonreír, pero aun así me separé de ellos.

Los otros tres hombres terminaron saliendo de la celda unas horas después, por lo que nos quedamos solos Jayden McDowell y yo, suspiré.

Era miembro de una de las familias más ricas del lugar y continuaba encerrado...

Estaba segura de que eso significaba algo, pero no sabía qué.

Solo estábamos él y yo, y uno de los agentes mirando unos papeles, miré mi bolso y me levanté de golpe.

Llevaba desde el día de la... muerte de Elizabeth sin tomar las pastillas del corazón...

Bueno, en realidad no podría decir si las había tomado después... quizá Rebecca me las dio, pero estaba tan encerrada en mi misma que no podía recordarlo... Por lo menos llevaba casi una semana sin tomarla, eso si de verdad Rebecca me las había dado, de otra forma hacía más tiempo.

Jayden me miró al notar mi exaltación pero no se movió del lugar. Me acerqué a la reja y llamé al agente.

—Necesito mi bolso— él iba a negar con la cabeza pero le interrumpí— O deme solo el bote de pastillas, está en uno de los bolsillos laterales.

—Supongo que puedo hacerlo— él buscó donde le había dicho y sacó las pastillas.

Se levantó y se acercó a dárme las, pero una mano apareció de detrás de mí y le arrebató el bote.

Me giré enfadada, porque sin darme cuenta Jayden McDowell se había colocado detrás de mí.

—¿Para qué son?— preguntó leyendo la etiqueta, pero su cara se endureció antes de que pudiera decir nada— Espero por tu bien que no sean drogas, aunque conociendo a tu amigo, puede ser cualquier cosa...

—Devuélvamelas— le dije intentando cogerlas pero las apartó de nuevo.

—Responde— me ordenó sin hacerme caso.

—Son para el corazón, tengo un defecto congénito desde pequeña— le expliqué como si él fuera tonto.

Él se rio fuertemente, pero lejos de ser una risa amable o divertida, parecían más bien gruñidos.

—Eso es mentira, Arianne no estas enferma del corazón— dijo él sentándose de nuevo y jugando con el bote.

—¿Ah, no? ¿Y usted que sabe?

—Porque primero tendrías que tener uno— se guardó el bote en el bolsillo— Además tu juego de no me acuerdo me está aburriendo, así que vamos a hablar en serio, no sabes las ganas que tenía de verme frente a frente contigo.

—No es ningún juego, estoy diciendo la verdad— me quejé con frustración mientras veía que ni el agente me creía.

El me miró escéptico, sin creerme.

—¿Conoces al pintor Tyler Sanders?— me preguntó como si no importara. Aunque no apartó su mirada de mí, observando mi cara en todo momento. No pude evitar poner un gesto de desconcierto.

—¿Quién es ese? ¿Qué dice? ¿De qué habla ahora?— le grité harta de todo— No entiendo nada

y nadie me lo explica.

Él no dijo nada durante unos segundos, simplemente se dedicó a mirarme.

—Supongamos que creo en lo que dices— dijo subiendo los pies y tumbándose con la espalda apoyada en la pared.

—Gracias— dije irónica.

—En ese caso no tendrás problema someterte a unas pruebas con un médico de mi elección.

Le miré fijamente unos segundos.

—Cuando y donde usted quiera— dije sonriendo con suficiencia.

—Y dependiendo de eso, hablaremos— continuó como si no hubiera hablado.

Luego nos quedamos callados, me quedé cerca de la reja de pie, esperando a que nos dejaran salir, le miré sin querer y le descubrí observándome pero cuando se dio cuenta de que le había sorprendido se puso de pie y por fin nos dejaron salir.

Logan sonrió mientras nos hacía firmar para salir.

—Nombre... Arianne Char...—comenzó a escribir el policía.

—Caitlin Elizabeth Patterson— le interrumpí con una ceja enarcada.

—No le hagas caso, Logan— dijo Jayden mientras lanzaba el bolígrafo contra la mesa, ya que él había terminado de rellenar los papeles.

Él se encogió de hombros pero no me hizo caso. Puso que tenía veintiún años en vez de veintitrés.

—La edad está mal— susurré.

—No, Arianne, hace tres años que te fuiste del pueblo, tenías dieciocho.

—Imposible— « ¿De verdad Elizabeth también me había engañado incluso en eso? »—Yo... — sentí que las piernas no me sostenían y al final todo se volvió oscuro.

Me desperté en un lugar un poco incómodo y con un olor fuerte en la nariz, instintivamente me aparté de él.

—Toma un poco de agua— escuché decir a Logan mientras acercaba un vaso a mis labios.

Bebí lentamente un poco del líquido y miré a Jayden que se encontraba apartado, apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—¿Qué ha pasado?— me senté y miré a mí alrededor reconociendo el lugar, aún continuaba en la estación de policía.

Era un lugar bastante lúgubre, ya que ni siquiera estaban pintadas las paredes de las celdas.

—Te has desmayado— explico simplemente Jayden, mientras se acercaba. Luego me agarró de la mano y me obligó a ponerme en pie— Muy oportunamente he de decir.

Me entregó mi bolso con un gesto burlón y se marchó.

—¿Y debo creer que yo aguantaba a este... personaje? Cada vez estoy más convencida de que hay un error— musité tambaleándome un poco, pero manteniendo el equilibrio.

—No hay ningún error... Y no solamente le soportabas— dijo a modo de explicación Logan.

Le miré enarcando una ceja sin comprender nada, pero sabía que no iba a explicarme nada por lo que cogí mis cosas y me marché a mi casa.

Nada más llegar me duché y me tumbé a dormir, estaba tan cansada que ni siquiera recuerdo haber puesto la cabeza en la almohada.

Me despertaron unos fuertes golpes en la puerta, estuve a punto de no hacerle caso a quien fuera que llamara, pero siguió insistiendo, así que no me quedó más remedio que levantarme y bajar a abrir.

No me di cuenta de que ni siquiera me había puesto una bata, abrí la puerta y la persona que

había en la puerta me hizo despertarme del todo.

—Señor McDowell... No esperaba el desagradable placer de su visita— le dije impidiéndole la entrada.

—Yo tampoco esperaba encontrarte a ti hace unos días aquí así que estamos a mano—me apartó con firmeza y entró como si estuviera en su casa.

—¿Qué quiere?— le pregunté, ya que su visita estaba fuera de lugar.

—Vístete— miré hacia abajo y me di cuenta de que aun llevaba el pijama de pantalón corto y camisa de tirantes con conejitos estampados.

—¿Para qué?

—Has estado de acuerdo en ver a un médico, así que vamos, no tengo todo el tiempo del mundo— gruñó él sentándose en el sofá.

Le miré furiosa pero él no se inmutó, al final terminé haciendo lo que me dijo, aun en contra de mi voluntad.

Me puse un vestido de flores de tirantes con unas botas altas marrones con un bolso a juego del mismo color, cogí una chaqueta vaquera y para tardar más me hice una trenza de cascada, me pinté un poco los ojos para disimular las ojeras y me di un poco de color en las mejillas tapando un poco el golpe de la temible Dottie.

Bajé las escaleras veinte minutos después y noté que él ya estaba harto de esperar, sonrío complacida.

Me miró y enarcó una ceja.

—Voy a terminar por pensar que no eres mí... Que no eres Arianne, ella nunca se habría puesto un vestido a no ser que fuera una ocasión especial— me pregunté porque se habría interrumpido...

—Quizá no lo sea...— aunque yo misma no estaba muy convencida...

Mi madre... bueno, Elizabeth había dicho que no era Caitlin y que viniera aquí... y todas las personas me llamaban igual, no podía ser una coincidencia...

Él salió a la calle y se acercó a un BMW gris, no era la camioneta descolorida que conducía la primera vez que le vi, fijándome mejor, él mismo vestía de forma distinta, llevaba una camisa lisa de color verde claro con unos pantalones negros, pero continuaba llevando el sombrero.

—Si ya has terminado el repaso, podrías entrar de una vez— dijo abriendo la puerta del copiloto de su coche.

—Prefiero ir en el mío— sugerí dando un paso hacia atrás.

—Ya estoy harto de todo esto, o subes por tu propio pie o te subiré a la fuerza, tú eliges— dijo sin gritar, pero no me habría asustado tanto si lo hubiera hecho.

Le vi capaz de cumplir su amenaza, por lo que me subí al coche lo más digna que pude.

Él hizo lo propio y arrancó en dirección a la salida del pueblo. Llevábamos unos minutos en la carretera cuando decidí mirarle, e intentar hacer de aquello algo más fácil para ambos.

Le vi que sujetaba fuertemente el volante con las manos, inspiré hondo.

—Entiendo que... esto es algo... complicado— dije intentando suavizar el ambiente tenso.

—Ese debe ser el eufemismo del año— dijo como un gruñido.

—Estoy hablando en serio, desde que... —no sabía cómo continuar, bajé la mirada a mis manos— Yo entiendo o puedo imaginar... Estoy muy confundida y... nadie escucha nada de lo que le digo... Y nadie me cuenta nada— alcé la vista y le miré, al menos no tenía el gesto de la cara tan duro.

El coche se quedó en silencio como si él estuviera sumergido en sus pensamientos, creí que no iba a hablar, separó una mano del volante y vi que iba a tocarme, pero algo lo detuvo porque

volvió a colocarla en su lugar anterior y volvió a apretar fuertemente el volante.

—No apruebo lo que hizo Dottie y esa gente, pero tampoco te defenderé a ti— y con esto volvió a cerrarse en banda.

No volvimos a hablar nada durante el resto del viaje.

Cuando llegamos a una clínica privada, me llamaron enseguida y me hicieron distintas pruebas, un TAC, un electrocardiograma, análisis de sangre y orina...

Tardaron un rato en tener todos los resultados, pero se notaba que era una clínica cara y que hacía todo con eficacia y eficiencia, al parecer Jayden McDowell tenía prisa por saber, pero estaba segura de que no tenía tanta prisa como yo.

Estaba de pie dando vueltas por la sala de espera cuando nos llamaron para entrar. Nos sentamos ante la mesa del médico y también había allí cuatro médicos más, reconocí a dos de ellos que me había hecho las pruebas.

—Señorita Bakersfield tenemos los resultados de las pruebas médicas— me dijo, me costó unos segundos captar que la señorita Bakersfield era yo.

Le miré atentamente.

—Tengo los resultados del escáner neurológico que le hemos practicado— encendió una pantalla y se vio mi cerebro y señaló una parte más clara que la demás— He podido apreciar una lesión antigua que aún no ha sanado del todo, la medicación que usted ha estado tomando funciona a modo de inhibidor, además de que es posible que al principio sufriera amnesia psicogénica, que se sufre tras una lesión, además esas pastillas han estado bloqueando su memoria a largo plazo.

—¿Eso qué significa?— preguntó Jayden mirando al médico.

—Qué alguien sometió a la señorita Bakersfield a un tratamiento experimental sobre la memoria— luego me miró a mí de nuevo.

—Esas pastillas son para el corazón...— musité aferrando al único echo lógico de aquello.

—No, señorita, las hemos analizado, además al principio el tratamiento era más seguido, ¿verdad? Al menos siete pastillas al día durante el primer año, tres en el segundo y una a partir del tercero y de por vida, aparte de las continuas visitas al psiquiatra.

Me llevé la mano al pecho porque sentía que no podía respirar, era cierto, algunas veces le contaba a mi madre que tenía ligeros flashes muy fugaces sobre imágenes que se sucedían, como pequeños recuerdos, se lo decía emocionada con la posibilidad de recordar, y ella me llevaba junto al Dr. Mawsdley que hablaba conmigo, pero nunca podía recordar con exactitud de lo que hablábamos y las imágenes ya de por si confusas se volvían borrosas después...

—¿Quiere decir que no recordara nunca?— preguntó Jayden, mirándome preocupado. —En realidad es muy posible que sí, los recuerdos son muy fuertes, si se borrarán de por vida como al formatear un disco duro, no haría falta que se medicara de por vida, mientras no vuelva a tomarlas, los recuerdos irán regresando paulatinamente.

—Esa mujer ha destrozado mi vida...— susurré apretando las manos.

Escuché a los otros médicos mostrarme el estado de mi corazón que era perfectamente sano y explicaron los componentes de las pastillas, pero no les presté atención.

Salí de la clínica y sabía que Jayden iba a mi lado, pero no podía pensar en nada más que en esa señora que se había atribuido a si misma el papel de mi madre, pasando por encima de mi misma.

Me subí al coche con él, aun sin mediar palabra, pero a las afueras de San Antonio, dije:

—Ojalá nunca me hubiera enterado de nada...— musité mirando por la ventana, él frenó y

aparcó a un lado de la carretera y me hizo mirarle.

—¿Hubieras preferido continuar viviendo una mentira con esa desquiciada?— me agarró fuerte por los brazos.

—A lo mejor, no lo sé...— notaba como se me humedecían los ojos.

No esperaba que hiciera eso, ya que me agarró fuerte y me abrazo, instintivamente coloqué la cabeza en su hombro.

Y derramé unas cuantas lágrimas. Él me acarició el pelo y le sentí suspirar.

—Quiero volver a casa— susurré separándome de él.

—Llegaremos en un rato— me dijo él dándome un pañuelo.

—No hablo de Landonville... sino de mi casa— le expliqué sin mirarle. Él me cogió del brazo y me giró.

—No puedes irte, es más, no vas a irte— me ordenó sin más.

—Estaría loca si me quedara en ese lugar, lo más amable que me han hecho ha sido pegarme y nadie me escucha... Me odian todos y no sé por qué... Incluso tú me odias.

—Sí, es cierto, pero eso tiene una explicación. —Cual y que tienes que ver tu en mi vida. — Nosotros nos íbamos a casar, Arianne.

—¿Qué?— le miré atentamente— Mientes, lo sabría...

—No miento, nos íbamos a casar, pero me dejaste y junto con tu amigo el pintor me robaste.

—¿Te robe? ¿El que te robé? —Eso ya no importa...

—¡Sí, sí importa! Yo jamás robaría nada, por supuesto que no...

—No importa, dejémoslo, él cuadro es lo de menos, Arianne.

—A mí me parece importante, no soy una ladrona.

—Dado que no puedes demostrar tu inocencia con hechos, será mejor que no jures sin saber.

Me quedé callada sin saber que decir.

—¿Nos queríamos?— le pregunté intentando comprender.

—Tú decías que sí— me dijo con una sonrisa cínica— Pero visto lo que pasó, no estoy muy seguro de que fuera cierto... Luego supe que tenías aspiraciones muy altas y que por eso te fijaste en mí, porque me tenías... a mano, por así decirlo.

Me negué a creer eso, incluso sin recordar nada sé que jamás me casaría a alguien por su dinero, estaba segura de que debía estar enamorada, pero decirlo en estos momentos solo le habría enfadado y posiblemente dejaría de hablar, cosa que yo no quería, ni tampoco me convenía, ya que por fin estaba descubriendo algo... aunque la noticia no fuera muy halagadora.

—¿Y tú?— le pregunté esperando ansiosa su respuesta como si mi vida dependiera de ello.

—Me gustabas, me calentabas si quieres y eras lo más entretenido que había en ese momento por aquí.

—Eres un cerdo— le insulté pálida por su frialdad.

Él se encogió de hombros con desapego y sentí un dolor en el pecho.

«—Estoy segura de que eres lo suficientemente lista como para negarle a Jayden lo que quiere de ti, te has puesto un precio muy alto, niña— dijo con tono lastimero y se marchó dejándome sola en ese gran pasillo»

Esas palabras dichas hacia algún tiempo acudieron a mi cabeza de pronto y miré al paisaje que pasaba rápidamente junto a mí, sonreí esperaba que el recuerdo de mi delito estuviera cercano a mi mente...

—Pero no vas a irte, pasara lo que pasara ahora has vuelto y te vas a quedar— dijo como si nadie tuviera nada más que decir.

—¿Por qué no quieres que me vaya?

—A mí me da igual que te vayas, pero hay una persona que ha sufrido mucho desde que te fuiste.

—¿Quién?— le miré atentamente sonriendo. —Tu madre.

«El mejor pastel de calabaza de todo Texas»

Mi madre...

—¿Cómo es ella?— le pregunté sonriendo.

—Es mejor que la veas, no sabría explicarte— se encogió de hombros, cogió aire y dijo a regañadientes— Quiero olvidar todo aquello, antes de todo eso... Cuando eras pequeña, éramos... amigos.

—¿Crees que podríamos serlo de nuevo?— le pregunté sonriendo, él contestó a mi sonrisa con otra aunque más tenue y se encogió de hombros.

—Amigos no sé, no lo creo, pero podríamos aprender a soportarnos.

Asentí lentamente y pensé que irme solo serviría para aceptar una culpa que estaba segura de que no era mía, me quedaría el tiempo suficiente para demostrar mi inocencia y luego me largaría de ese infierno.

Pastel de Calabaza

Creí que me iba a llevar a la cabaña, pero cuando llegamos al pueblo, paró frente al restaurante de Dottie.

—No quiero estar aquí, arranca o me voy andando— le dije un poco histérica mirando por el cristal.

—Tengo hambre y supongo que tú también, vamos a comer y punto— se bajó del coche pero yo no lo hice.

Él abrió mi puerta y me sacó del coche, me mantuvo más tiempo del necesario en brazos y me sentí muy... cómoda, no comprendía ese sentimiento.

Suspiré, pero él me soltó y se apartó de mí, abrió la puerta del restaurante y me instó a entrar, cogí aire y pasé.

Nos sentamos en una mesa cercana a la puerta y todo el mundo se quedó callado, notaba sus miradas en mí, pero a Jayden parecía no importarle, así que decidí que a mí tampoco.

Dottie se acercó a nuestra mesa sin hacerme caso.

—¿Lo de siempre, muchacho?— le preguntó apuntando en la libreta.

—Sí y lo mismo para la pequeña Arianne— dijo con una sonrisa, pero yo noté que no le llegó a los ojos.

Dottie alzó la cara, me miró y se fue refunfuñando. Solo alcancé a oír: —... no aprenden nunca...

—Espero ser un gran entretenimiento— le miré y dejó de sonreír.

—¿Crees que es divertido para mí?— me encogí de hombros dando a entender que sí lo creía— Pues no lo es, si supieras todo entenderías porque hacen esto.

—Intento comprenderlo... Pero no creo haber cambiado tanto como para...— ahora fue su turno para mirarme escéptico— ¿Nunca me has dado el beneficio de la duda?

—No hubiera podido... Yo mismo te vi... Os vi— rectificó apretando las manos.

No pude controlarme y le agarré una de ellas olvidando el lugar donde nos encontrábamos, sin pensar en nuestro público.

—Sé que no sirve de mucho, pero lo siento... tanto— de verdad lo sentía, pero también sabía que si de verdad había hecho aquello debía tener una buena razón.

Él me miró y por primera vez noté una verdadera sonrisa.

—En realidad fue culpa mía— intenté preguntarle que quería decir, pero vino Dottie con unas grandes hamburguesas y patatas fritas con refrescos, los dejó frente a nosotros y se marchó.

—¿Yo me comía todo esto?— pregunté riéndome sin saber cómo agarrar la hamburguesa.

—No, siempre me comía la mía y mitad de la tuya— el agarró su hamburguesa y comenzó a comer.

Fui más lenta que él, pero durante la comida se estableció entre nosotros una especie de tregua no hablada, al menos nos reíamos y la gente a nuestro alrededor comenzó a hablar entre ellos de sus cosas y dejaron de estar pendientes de nosotros.

Entonces entendí que esa había sido la forma de Jayden de ayudarme, él pensó que si mi víctima, que era él, aparentemente no me tenía rencor, los demás lo también me perdonarían.

Cuando me dejó en la cabaña el ambiente estaba relajado entre nosotros, supuse que si no hablábamos del otro tema, podríamos soportarnos.

Le miré y de pronto el ambiente cambió, se percibía como electricidad, sin saber cómo nos encontramos sorprendentemente cerca el uno del otro.

—Creo que debería entrar...— susurré alargando la mano para abrir la puerta.

—Sí, es lo mejor— pero me agarró la cabeza y apoyó su frente contra la mía, suspiró—Es lo mejor— me soltó y se acomodó en el asiento.

Salí del coche y no esperó a que entrara en la cabaña, arrancó y se fue.

«Si se portara así algunas veces más, podría enamorarme de él» me sorprendí ante ese pensamiento y no quise darle más vueltas, por lo que me fui directamente a la cama sin querer pensar en nada.

Decidí quedarme en casa ese día, no tenía ganas de ver a nadie. Saqué de mi cartera una foto en la que salíamos mi ma... Elizabeth y yo, sonriendo, ajenas a todo lo que en realidad sucedía.

—¿Porque hiciste eso? ¿Y porque no puedo odiarte? Me cuesta tanto pensar que alguien así pudiera hacer algo tan... Pero creo que lo comprendo y me sigue doliendo mucho que no estés conmigo... Hubiera querido morir contigo y nunca conocer todo esto... Tu jamás hubieras creído lo que dice esa gente de mí...— me pegué la foto al pecho fuertemente intentando imaginar que ella me rodeaba con sus brazos— Eres la única madre que recuerdo.

Escuché unos golpes en la puerta y me limpié las lágrimas de los ojos, dejé la foto sobre la mesa y fui a abrir.

Al otro lado de la puerta había una mujer alta, rubia, llevaba el pelo recogido en un moño, tenía los ojos verdes y una sonrisa temblorosa, llevaba un vestido hasta las rodillas azul marino con puntos blancos, unos zapatos de tacón bajo de color blanco; en las manos llevaba una bandeja, pero no podía ver su contenido.

—Hola... ¿en qué puedo ayudarla?— le pregunté, vi como sus ojos y su sonrisa se apagaban un poco, pero habló con serenidad.

—Supe lo que te ocurrió en el pueblo, vine a ver qué tal estabas— algo me dijo que ella no venía a hacerme daño por lo que la dejé entrar.

Colocó la bandeja sobre la mesa y cogió la foto de Elizabeth, sin sonreír.

—¿Quién es?— preguntó mirándome.

—Mí... Mi madre— dije simplemente.

—Oh, ya en—entiendo— se quedó un poco pálida— Ya me voy, solo quería traerte esto, lo preparo yo... Espero que te guste— su sonrisa ahora era mucho más trémula, pero mantuvo la compostura hasta la puerta.

—Muchas gracias, ¿señora...?— le pregunté sonriendo. —Solo Nora— me interrumpió ella.

—De acuerdo, Nora— era una mujer muy agradable, una de las pocas que habría por allí.

—Si necesitas algo... Puedes decírmelo— asentí, ella se despidió con la mano me miró durante unos segundos como buscando algo en mi rostro, pero al no encontrar nada suspiró y salió.

La observé por la ventana, me parecía como... triste, se subió a un coche y se marchó.

Destapé la bandeja para ver que había y me inundó un olor a... ¿pastel de calabaza? Era un pastel redondo y brillante, parecía de juguete.

Miré hacia el lugar por donde se había ido la mujer y suspiré con aire culpable. Fui a la cocina y cogí un cuchillo, corté un trozo y lo mordí, se derritió en mi boca.

—La mejor de todo Texas— susurré mientras me pateaba mentalmente por no haberla

reconocido.

¿Cómo no me había dado cuenta del parecido? Al menos ya sabía que me parecía a mi madre...

¿Me perdonaría por no haberla conocido?

No pude aguantar encerrada en la cabaña todo el tiempo, me sentía muy culpable, aunque en realidad era algo lógico, no había reconocido a nadie, es más, aún no lo había hecho, era imposible que con ella fuera diferente, y todo por esas malditas pastillas.

Pero aunque ella era la culpable, no podía dejar de pensar en ella como mi madre, era tan sencillo como eso y complicado a la vez, por era la única madre que recordaba, para mí no había otra.

Salí de la cabaña y me monté en la camioneta conduciendo sin rumbo fijo por los caminos que conducía a los ranchos.

Sin saber muy bien porque me paré junto a una verja de alambre y me bajé del coche. Miré por el lugar sin saber muy bien lo que buscaba, hasta que encontré un agujero, me colé por él y comencé a correr en sin dirección fija o al menos eso pensaba, porque en realidad mis pies sí parecían saber dónde tenían que ir.

Llegué hasta un lago rodeado de piedras grandes y con un caudal bastante alto.

Jadeé en busca de aire ya que necesitaba recuperar el aliento después de la carrera y miré a mí alrededor.

Me acerqué a un árbol y leí:

J quiere a A.

Estaba tachado con saña, rocé las iniciales con los dedos y a mi cabeza vino la imagen de mi misma tachando la inscripción llorando.

Suspiré sintiendo de nuevo el sufrimiento que me llevó a hacer eso, recordaba perfectamente sentirme enfadada, cansada, triste y traicionada.

Pero no recordaba que motivo me había llevado a hacer eso...

—No has olvidado tu tendencia a invadir propiedad privada— me gritó Jayden desde el otro lado del lago montado en un caballo negro.

Vestía unos vaqueros desgastados y una camisa azul clara, llevaba su sombrero calado hasta los ojos, pero seguía notándose la cicatriz, en esa posición parecía un vaquero del oeste.

«¿Cómo se habría echo esa cicatriz?»

—Saldré enseguida— le grité de vuelta.

Miré por última vez el árbol y comencé a recorrer el camino de vuelta.

Él llegó a mi posición no mucho después y se bajó del caballo, comenzó a andar a mi lado agarrando las riendas del caballo.

—Antes algunos chicos nos dedicábamos a bañarnos desnudos en el lago, cuando no teníamos nada mejor que hacer y algunas niñas, tu entre ellas— sonrió sumergido en el recuerdo— Os dedicabais a espiarnos.

—No me lo puedo creer— sentía como mis mejillas se ruborizaban.

—Sí... Fue una buena época— suspiró él— Mis amigos escribieron eso para reírse de mí, pero cuando me viste besar a una de mis... amigas parecías un pequeño demonio rubio enfadado, y lo borraste— me explicó tocándose la mejilla donde tenía la cicatriz en un gesto descuidado.

—¿Echas de menos... esa época?— le pregunté un poco triste por no poder recordarlo, pero a la vez contenta por no hacerlo.

—Hasta hace poco no sabía cuánto— me miró como si yo tuviera que saber a qué se refería— Llevo un tiempo amargado, enfadado todo el tiempo, eso cansa demasiado, me siento un

viejo.

—Es cierto que... No sonrías nunca— dije sin pensar, pero me arrepentí porque no quería romper este pequeño clima de amabilidad que se había producido entre nosotros.

—Durante un tiempo tuve motivos para sonreír, pero luego todo se desmoronó—explicó él de forma críptica.

—¿Es por... tu...?— pregunté y desee morderme la lengua, porque al menos podría haber hecho la pregunta bien.

—¿Quieres decir cicatriz?— preguntó sonriendo de forma cínica, parecía más una mueca. Asentí— Me caí de un caballo mientras cambiábamos el ganado de prado para pastar, se me engancho una pierna en el estribo y me arrastro casi quince metros hasta que consiguieron frenarlo, caí hacia abajo y me arañe toda la zona del pecho y... la cara— lo contó con tanto desapego, como si estuviera contando el accidente de otra persona.

Puse un gesto de dolor y sin pensarlo, le abracé.

Él se quedó sin saber que hacer pero luego me apretó fuertemente contra él unos segundos, para después apartarme de forma brusca.

—No te lo he dicho para que me tengas lástima— dijo con voz dura.

—No te tengo lástima— me miró con una sonrisa molesta y giró los ojos— De verdad, se parece a lo que supongo que tu sentiste ayer con lo de mis pruebas.

—No tienes ni idea de... No importa, dejemos el tema, no vuelvas a preguntar— me ordenó.

—Muy bien, como quieras.

—El sábado voy a celebrar una barbacoa y tú vas a venir— me lo dijo informándome del acontecimiento sin preguntarme ni siquiera.

—¿Y porque si puede saberse?

—Porque quiero que todo el tema se olvide de una vez, te será más fácil recordar si te rodeas de gente conocida, escondida en esa cabaña no conseguirás nada— dijo más suavemente.

—¿Te preocupas por mí...?— susurré impresionada.

A él se le endureció el rostro de nuevo terminando totalmente con nuestro ambiente amable.

—Por supuesto que no, quiero recuperar ese cuadro y solo tú puedes decirme donde esta — y dicho esto se montó en su caballo, se marchó sin despedirse de mí.

—¡Ojalá lo haya quemado!— le grité pero estaba casi segura de que no me había oído. Pateé una piedra con rabia y me fui hasta el coche, volví a la cabaña y me puse a leer un libro para pasar la tarde.

Intentaba concentrarme en la lectura pero mis ojos se desviaban hasta la nevera donde estaba el pastel de calabaza, no podía quitarme de la cabeza la mirar triste de...

Nora, mirándome esperando un reconocimiento y que finalmente no llegó.

Me concentré en recordar algo especial o importante, pero no sucedía nada y por más que me esforzaba, solo conseguí un dolor de cabeza insoportable.

Aparté el libro y lo dejé sobre la mesa, salí al porche y me senté en un balancín que había, estaba anocheciendo y se veía los rayos de sol de color naranja, aunque parecía que no querían esconderse y luchaban por salir de nuevo.

Ojalá mis recuerdos hicieran lo mismo, lucharan por salir de donde fuera que estaban...

¿Cómo podría amar a un hombre que solo estaba conmigo porque le calentaba? ¿De verdad quería casarme por su dinero? ¿Le querría de verdad? No podía imaginarme a mí misma tan joven y tan perversa... No, me negaba a creerlo, tenía que haber algo más.

Si acepté casarme con él, estaba segura de que debía quererle, ¿entonces qué papel jugaba el famoso amante? ¿Y el cuadro?

Algo faltaba en todo eso... Había dos personas que debían saber la historia completa, el famoso pintor y... yo.

Y solo podía fiarme de la segunda, porque del primero no quería saber nada...

Pero no podía evitar pensar en Jayden y...

Es cierto que mientras estuve en Florida nunca nadie me había llamado la atención, había veces que me encontraba buscando algo entre la multitud, aunque a lo mejor no era algo... Sino alguien.

Había salido con tres hombres, nada demasiado serio, porque siempre les encontraba algún defecto y me sentía incomoda.

En ese momento me di cuenta de que en todos mis encuentros con Jayden McDowell nunca me fijado en alguna cosa que no me gustara de él y había montones de fallas... Su carácter, era demasiado impulsivo, brusco, cortante... Me hablaba mal, pero me sentía cómoda a su lado...

Durante mis citas siempre me había sentido algo incomoda, con la sensación de que lo que hacía estaba... como mal.

Negué con la cabeza, era posible que... ¿continuara enamorada de Jayden McDowell sin saberlo siquiera?

Lo cierto es que me sentía cómoda entre sus brazos, pero él me aborrecía y siempre que podía aprovechaba la oportunidad para soltarme alguna pullita.

Además él mismo me había dicho que solo le atraía...

¿Habría estado tan loca por él que con tal de tenerlo conmigo me habría conformado con eso?

¿De verdad me había querido tan poco a mí misma?

Era posible que aún le quisiera, no sabría decirlo, pero no iba a permitir que jamás lo supiera.

Por unos segundos desee de verdad no haberlo querido, que fuera solamente interés lo que me acercó a él, haberle robado y que ese pintor fuera mi príncipe azul, pero conforme iban acudiendo esos pensamientos a mí se iban desmoronando solos, porque sabía que no era posible.

Yo me iba a casar con Jayden McDowell porque le amaba y me sentía cómoda con él porque aunque él me odiaba la masoquista que había en mí, seguía amándole.

Había perdido tantas cosas... ¿qué más daba perder también el corazón?

Una cara conocida

Al día siguiente recibí una nota firmada por el mismo Jayden en la que ponía que la barbacoa era al medio día, simplemente decía la hora.

«No se molesta en malgastar palabras...» pensé sonriendo.

Decidí por hacerme una trenza de cascada y no pintarme mucho, prefería ir más natural, ya que iba a meterme de cabeza en la jaula de los tigres.

Como no sabía que ponerme y nadie me había dicho lo que debía llevar, me decidí por una falda con vuelo de flores y una camiseta de tirantes blanco roto con un cinturón de cuerdas marrones, a juego con unas sandalias y un bolso pequeño largo.

Me sentía nerviosa, porque no sabía con quién podría encontrarme allí, pero la imponente presencia de Jayden McDowell estaría presente por todas partes, además era su casa...

¿Cómo se llegaba? Estaba segura de que nadie me ayudaría a encontrarla, si me iba a costar mucho dar con ella quizá lo mejor era emprender el camino de una vez.

Abrí la puerta y me choqué directamente contra un pecho masculino, me aparté un poco para poder mirar a los ojos a Jayden sin tener que alzar a cabeza.

—Al menos esta vez no voy a tener que esperar— enarcó una ceja al revisar mi atuendo. —¿No voy bien?— su mirada me hizo hacerme sentir insegura.

—Como sea— apretó los puños y un momento, se giró hacia su camioneta.

Él vestía como un verdadero ranchero, una camisa a beige y una chaqueta negra, llegaba unos vaqueros oscuros y unas botas marrones a juego con el inseparable sombrero.

Me senté en el lado del copiloto y él arrancó. Me sentía incomoda en el silencio, además era preferible que nos soportáramos al menos.

—Siempre llevas el mismo sombrero— dije intentando comenzar una conversación.

—Si lo que insinúas es si soy un roñoso, la respuesta es no— contestó bruscamente.— No necesito despilfarrar para demostrar nada— mirándome dando a entender que era el motivo por el que yo vestía así.

—No estoy insinuando nada, todo lo que digo te lo tomas como un ataque directo y ya estoy harta. Fuera lo que fuera que te hice ya pasó, supéralo de una vez y déjame paz— le miré fijamente respirando alterada— No te necesito para nada, puedo valerme por mi misma... Yo sola... Eres tú el que me necesita para encontrar el dichoso cuadro, no al revés— y no le presté más atención en todo el trayecto.

Él tampoco dijo nada más, pero de reojo vi que sujetaba el volante que fuerza aunque aparentemente parecía que mi pequeño discurso no le había importado.

«No es lo mismo cuando lo callan a uno» pensé complacida.

No presté mucha atención a la forma de llegar, pero llegamos a una reja sobre la que había un cartel que decía "San Jorge", él entró tecleando un código que había junto a la puerta para que se abriera.

Condujo por un camino parecido al de antes y después de unos diez minutos llegamos a la casa.

Aparcó en una zona de gravilla junto a un árbol. A la casa se accedía subiendo tres escalones, la fachada estaba recubierta de piedra de color marrón, calculé que tendría tres plantas y a unos metros había otro edificio del mismo material.

La entrada estaba rodeada por macetas y había un columpio colgado del árbol.

A unos cuantos metros vi las mesas, la barbacoa y a bastantes personas, que disimulaban pero era obvio que esperaban mi llegada.

—Parece que ya has traído al bufón espero no decepcionar a tus invitados— dije irónicamente.

—No seas dramática, además nadie te va a decir nada.

—¿Quieres ese placer para ti solo?— me solté cuando ya estábamos juntos a todo ellos— Buenas tardes— saludé con una sonrisa, demostrando más confianza de la que en realidad sentía.

Respondieron algunos y asintieron otros, pero luego de unos segundos incómodos retomaron sus conversaciones.

Jayden no se apartó de mí, me estaba empezando a agobiar, me fue pasando por los diferentes grupos que se habían formado.

Descubrí que era un gran actor, porque disimuló muy bien que no me aguantaba, me trataba como un caballero.

Sonreía, había veces que me tocaba fugazmente el brazo y aunque la gente me miraba con reserva al menos me hablaban y no se agachaban a coger la primera piedra que encontraran para lanzármela.

Intenté disimular que no sabía muchas cosas, me dolía la cara de tanto sonreír.

En el fondo sabía que todos sabían que estaban allí para callarles la boca y terminar con las habladurías, pero se comportaba como si él y yo...

No entendía nada, ¿cuál sería su plan? Seguro algo que restituyera su orgullo dañado hacía tres años.

Jayden había conseguido que dejaran de hablar delante de mí, pero sabía que seguirían cuchicheando, era algo obvio.

Una chica morena de ojos azules vestida con un vestido amarillo, se acercó a nosotros y saludó a Jayden muy efusivamente. Apreté la correa de mi bolso molesta, al darme cuenta de mi gesto lo aflojé inmediatamente.

Le besó cerca de la boca, vi que a él no le agradaba el saludo pero no calmó mi enfado, entonces por fin, ella se giró para mirarme.

—Cuanto tiempo, Arianne— me saludó, aunque sonreía enseguida noté cierto rechazo hacia ella y supe sin ningún género de duda que su alegría era falsa. Asentí imitando su sonrisa— En realidad quería presentarte a alguien, Jayden, si Arianne no tiene inconveniente.

«La odio»

—No tengo tiempo, Violet— se apartó de ella. Ella hizo un puchero de lo más ridículo.

—No, por favor, no es educado por mi parte acaparar la atención del anfitrión— dije con una sonrisa más deslumbrante que la suya— Ve con ella, no pasa nada.

Él se lo pensó demasiado pero no le quedó más remedio que acompañarla, además yo misma necesitaba alejarme un poco de toda esa gente y sobre todo de él...

Me acerqué a la mesa y cogí un plato colocando sobre él algunos aperitivos de manera mecánica, sin pensar en mucho.

Iba a agarrar el único canapé de salmón que quedaba, pero en el momento en que iba a hacerlo otra mano imitó mi movimiento.

Alcé la mirada a la vez que la persona y me encontré con unos conocidos ojos verdes que me hicieron sonreír inmediatamente.

Jim Henderson era un abogado especializado en derecho mercantil, que trabaja en el bufete donde trabajaba mí... Elizabeth.

Era un muchacho joven que ella, de unos treinta años rubio, alto y fuerte, vestía unos pantalones chinos grises y una camisa verde clara, con unos zapatos náuticos.

Habíamos salido alguna vez, pero siempre le había dejado claro que solo podía ofrecerle mi amistad y lo cierto es que él lo aceptó de buen grado.

—Caitlin, ¿cómo te encuentras? Intenté llamarte después... Ya sabes, pero Rebecca me dijo que te sentías mal y no quise molestarte— me saludo él mientras nos dábamos dos besos.

—Bien, intento hacerme a la idea...— le dije suspirando— Ya sabes, ¿y tú? ¿Qué haces aquí?

—He venido de acompañante, pero si te soy sincero eras la última persona que esperaba encontrar aquí... —vi en su cara su incompreensión.

—Me lo imagino, me gustaría hablar contigo, Jim— le pedí bajando la voz y mirando a nuestro alrededor, suspiré más tranquila ya que la gente no parecía pendiente de nosotros.

—Claro, dime, ¿qué pasa?

—No, aquí no... Hay demasiada gente, dame tu tarjeta, es que he perdido el móvil— le mentí sin pensar mucho en ello.

—¿Hay alguien que no se puede enterar?— él sacó su cartera y dejó la tarjeta sobre la mesa.

—Algo así— la cogí con disimulo, pero no pude guardármela en el bolso.

—¿Interrumpo?— me giré y vi a Jayden tras de mí— ¿No nos vas a presentar?

—James Henderson— se presentó Jim alargando la mano a modo de saludo.

Jayden miró la mano como si fuera una serpiente y la apretó fuertemente, vi a Jim disimular un gesto de dolor.

—¿De qué se conocen?— continuó preguntando como si fuera un interrogatorio.

—Caitlin y yo somos de la misma ciudad, su madre trabajaba en mí mismo bufete, ella acaba de morir y le estaba dando el pésame— se explicó de nuevo Jim, como si quisiera justificarse, parecía un niño atrapado por su padre en medio de una travesura.

Jayden guardó silencio unos segundos meditando lo que le había dicho Jim y luego dijo:

—Violet le estaba buscando Henderson, será mejor que se reúna con ella si no quiere que le monte una escena— era obvio que Jayden se quería deshacer de él y Jim no fue muy valiente como para negarse por lo que aceptó la salida que le ofrecía y se marchó.

—Tengo que ir al baño— dije apretando la tarjeta en mi mano.

—Te acompaño— dijo él cogiéndome del brazo y llevándome hasta la casa.

—No hace falta— me quejé intentando poner resistencia pero no sirvió de mucho.

No me contestó, entramos a la casa por la puerta de atrás, la que daba a la cocina y cruzamos por un pasillo hasta una sala de estar.

Me metió dentro y cerró la puerta con llave.

El salón era acogedor y tenía una chimenea, frente a ella había un sofá de color chocolate y dos sillones de color blanco, la pared estaba pintada de color verde oscuro, había también una mesa redonda con cuatro sillas y junto a este un bar.

En la pared de enfrente a la puerta había un gran ventanal que daba a la parte lateral.

—Este no es el baño— dije sin saber que más decir.

—De que hablabais, Arianne— dijo sin hacerme caso.

—Ya te lo ha dicho él— le dije sin entender su comportamiento.

—No te creo, ¿qué tienes en la mano?— se acercó a mí, me sujeto la mano y me quitó la tarjeta.

—No tienes ningún derecho, devuélvemela— le dije alargando la mano.

—¿El qué? ¿Esto?— y rompió la tarjeta ante mis ojos.

—¿Porque has hecho eso?— dije sin terminarme de creer lo que acababa de ver con mis

propios ojos.

—¿Os habéis acostado?— preguntó parecía un loco.

—¡Por supuesto que no! ¿Se puede saber qué te pasa?— le pregunté

—Te he perdido de vista diez minutos y ya estabas coqueteando con otro hombre, en mi propia casa, en mis narices— me gritó mientras se le hinchaba la vena del cuello.

—Yo no estaba coqueteando— dije la palabra con retintín— además aunque lo estuviera haciendo, no es asunto tuyo.

—Todo lo que tiene que ver contigo es asunto mío. ¡Todo!— me cogió de la cintura y me acercó a él— Eres mía, siempre lo has sido y para desgracia tuya y mía siempre lo serás.

Agachó la cabeza y me besó con rudeza, parecía que quería castigarme, por lo que en un principio intenté apartarle de mí, pero finalmente acabé devolviéndole el beso con la misma fuerza que él.

Por lo que, cuando notó que no intentaba separarme, aflojó su agarré y el beso cambió hasta hacerse mucho más cálido, convirtiéndose en una caricia más que en un castigo, pero noté impaciencia en él, su hambre.

A mi mente acudió la comparación de un hombre sediento en el desierto, al que le ofrecen una botella de agua.

Jayden me agarraba de la misma manera y me acariciaba como si temiera que desapareciera.

«Michael se acercó a mí y sabía que iba a besarme, pero lo cierto era que no quería que él fuera el primero que lo hiciera, pero alguien tendría que ser y el que yo había escogido no quería... Sonreí un poco apenada.

De pronto la puerta del coche se abrió y me vi arrastrada fuera de él. Jayden me apartó y se asomó por la ventanilla.

—Largo de aquí y si quieres conservar los dientes no volverás a acercarte a ella— le susurró ferozmente, haciendo que Michael asintiera y arrancara, marchándose rápidamente.

—¿¡Se puede saber qué haces!?— le pregunté golpeándole la espalda.

—Dándote a respetar ya que tú no lo haces— me dijo tranquilamente agarrándome las manos.

—Te odio.

—No, no lo haces... ¿Dónde has estado estos días? ¿Porque no has traído el pan al rancho?

—Me dijiste que te dejara en paz y lo he hecho— sonreí perversamente. —No pienso comprarlo si tu no lo llevas.

—¿Porque? ¿Me has echado de menos?— dije coquetamente.

—Lo cierto es que sí— dijo sorprendido, como si no terminara de creérselo.

—Pues no me importa, además debes disculparte con el pobre Michael.

—No, nunca, ha estado a punto de robarme algo que me pertenece.

—¿El qué?

No contestó, pero me agarró me besó profundamente haciendo que me temblaran las piernas.

»

Como él ya no me apretaba contra él, pude apartarme. Me di cuenta de que estábamos medio tumbados en el sofá y Jayden parecía haber olvidado su enfado, intenté levantarme pero él no me lo permitió y comenzó a besarme en la sien.

—¿Qué te pasa?— me preguntó con voz ronca. —Creo que... He recordado algo...

—¿El qué?— preguntó besándome le cuello y agarrándome más fuerte.

—Pues... Era de noche y estaba con un chico... Michael, creo, pero tú llegaste y discutimos

sobre ¿pan?— él asintió y sonrió un poco— Y me besaste, como... ahora.

—Mmm... Sí, sé de lo que hablas, ¿no recuerdas que me pegaste una patada? —No, solo el beso — sonreí sin podérmelo imaginar.

—Tenías muy mal humor— me apartó un mechón de la cara y me besó en la frente.

Sin pensar alargué la mano y le rocé la cicatriz con la yema de los dedos, él cerró los ojos y suspiró, se le veía tan relajado, tan cómodo, parecía como si...

«—*Me gustabas, me calentabas si quieres y eras lo más entretenido que había en ese momento por aquí.*»

Esas palabras acudieron a mi mente y fueron como un cubo de agua fría sobre mi cabeza.

Me removí entre sus brazos y me dejó levantarme.

—¿Qué pasa?— levantándose a su vez.

—Acabo de recordar que... Tus invitados siguen fuera y nosotros llevamos mucho tiempo aquí — le dije inventándolo sobre la marcha y acercándome a la puerta.

—Mientes, pero me lo contarás luego, por ahora fingiré que te creo porque tienes razón— abrió la puerta y me ofreció su brazo— ¿Vamos?

Lo acepté y salimos de nuevo con esa gente.

La reunión no se alargó mucho más, Jayden no se separó de mí, ni me dejó acercarme a Jim de nuevo.

Cuando se estaban marchando todos, Violet me agarró y me apartó:

—¿No lo has entendido todavía? Jayden no te quiere, solo te está utilizando, y tú has caído en su trampa— me dijo ella con una sonrisa patética.

—Entonces estamos a mano porque a ti tampoco te quiere, pero al menos tengo la oportunidad de estar con él, sin embargo tu agarras a un hombre para pasarlo frente a él, resultas tan patética ya que ni eso le importa— le contesté atacando sin conocer muy bien el terreno.

—¿Patética yo? ¿Y tus pobres intentos de parecer sofisticada? Llevas la ropa que llevas, nunca dejaras de ser lo que eres— me miró fingiendo lastima por mí.

—Pero ese es mi problema— le dije encogiéndome de hombros— y de Jayden— terminé alejándome de ella.

Luego se acercó a Jim que se despidió con un gesto de la cabeza y se marcharon. —Yo también debería marcharme... —dije mirando al reloj— Es tarde.

—No, quiero que te quedes a cenar, además no he olvidado nuestra conversación pendiente.

—No tiene importancia... además preferiría marcharme.

—Te he dicho que no... ¿O es que has quedado con tu amigo el abogado?

—No, y deja de portarte como si yo te importara— le dije empujándole y caminando hacia la entrada.

Él me siguió y le fue fácil alcanzarme, me agarró y me obligó a mirarle.

—Me importas.

—No decías eso... antes— dije intentando librarme de su agarre.

—Antes no importa... Me has dicho que no había superado el pasado, a lo mejor era cierto... Antes, pero ahora, ahora no me importa, soy masoquista— se encogió de hombros— Prefiero ser un idiota y sentirme vivo a ser un hombre listo pero amargado.

—No entiendo lo que quieres decir— susurré sin saber que más decir.

—Que no te marchas, Arianne, no voy a dejarte escapar... Esta vez no— me besó y ya no pude resistirme más.

«No importa si es por amor o por obsesión, yo le quiero de cualquier forma» y en ese momento entendí porque aunque él no me quería, incluso de joven le había perseguido.

Me cogió por la cintura y me elevó un poco.

—Di que te quedarás conmigo— me susurró contra mis labios.

Todo parecía tan sencillo, solo tenía que decir que sí. Pero tenía tantas dudas... ¿sería lo correcto? Yo sentía que así era pero ¿y si luego resultaba que solo quería vengarse de mí?

—Pero... — dije susurrando y bajando la mirada.

—No aceptaré ningún pero, ni una negativa, solo di sí— continuó él con su tono más persuasivo, noté que él se controlaba bastante, sospechaba que si él se hubiera dejado llevar por sus impulsos ya estaría dentro de la casa.

—No tengo muchas opciones— dije con una pequeña sonrisa.

—No quiero que las tengas, vas a quedarte, solo quiero escucharte decir sí— contestó sonriendo también, pero más ampliamente.

—Sí, pero...

—Sin peros.

—Después prométeme de que me llevaras a casa— continué como si él no hubiera hablado.

—Lo hablaremos— negué con la cabeza.

—Si no aceptas me iré andando ahora mismo.

—Muy bien, como quieras, te prometo que si después quieres marcharte a tu casa, yo mismo te llevaré— noté en sus ojos un brillo de triunfo que no pudo esconder.

Aunque no me importó, porque yo quería quedarme, decidí no darle más vueltas a mis dudas, necesitaba arriesgarme, quería estar con él, ese día era especial y no quería que terminara.

Comenzamos a andar abrazados en dirección a la casa.

El me odia

Después de cenar, nos quedamos en el salón, me quité los zapatos y me tumbé colocando la cabeza en el regazo de Jayden.

Suspiré de placer y cerré los ojos imaginando que podríamos estar allí para siempre, mientras me acariciaba el pelo.

—¿Cómo era ella?— le miré sin entender a quien se refería— La mujer con la que has vivido— explicó él— ¿Cómo era esa vida?

—Lo cierto es que era muy buena, dio su vida por mí— él me miró escéptico—Literalmente, cuando ella murió podría haber muerto también... Lo deseaba tanto y luego cuando ella no estaba, ella que se había convertido en todo para mí... Tenía una vida o creí que tenía una vida montada a su alrededor y cuando de pronto todo eso se desmoronó, me sentí muy confusa, la primera vez que vine fue el mismo día de enterrarla, no podía pensar en encerrarme en esa casa sin ella y luego pasó todo lo demás.

—Aquí varias personas no habrían podido soportar que murieras— « ¿Tu hubieras estado entre ellas?» tuve tantas ganas de preguntárselo, pero no pude hacerlo, no podría haber soportado escuchar lo que tanto temía.

—El otro día conocí... a Nora— dije sin poder llamarla mamá, ya que por ahora ese puesto estaba cubierto para mí.

Yo seguía sintiéndome Caitlin y la madre de Caitlin era Elizabeth, si alguna vez conseguía recordar todo y volver a sentirme Arianne quizá podría llamar mama a Nora.

—A tu madre, Arianne, porque ella si es tu madre— dijo él con resentimiento.

—No la conozco, no sé cómo es... No la reconocí, ni sentí nada especial al verla, solo recordé el pastel de calabaza, por eso supe quién era, me gustaría hablar con ella, pero no sé cómo acercarme.

—Cuando lo hagas no será tan difícil, ya lo verás— afirmó él.

—Me gustaría recordarlo todo, pero a la vez tengo miedo... ¿y si no me gusta?

—A mí tampoco me gustan algunas cosas que he hecho y sin embargo prefiero recordarlo— en ese momento comenzó a sonar el teléfono.

Me levanté para que él pudiera contestar.

—¿Sí? ¿Ahora?— me miró y suspiró— Muy bien— se apartó el auricular y dijo— Tardaré unos minutos, ahora vuelvo.

Asentí y volvió a colocarse el auricular en la oreja, fui a la cocina a por un poco de agua para darle intimidad.

Me llené un vaso y me lo bebí, salí al pasillo y caminé hasta el final y abrí una la puerta, era un despacho, las paredes de color azul claro, había una ventana que daba al exterior, donde había un huerto, a la derecha de la puerta estaba el escritorio y sobre él un ordenador de última generación, un fax, varios teléfonos, parecía que desde allí se podía controlar un imperio, aunque en realidad era muy posible que ocurriera eso, pero la pared que estaba frente el escritorio había una vitrina y dentro de ella un árbol de plata.

Me acerqué y vi que la vitrina estaba cerrada con llave, observé que de algunas de las ramas colgaban unos pequeños cuadros que simulaban ser sus frutos.

Conté diez enganches para nueve cuadros, mostraban diferentes escenas, aunque no entendía a que se referían.

Las miniaturas tenían un cuadro del mismo material del que estaba hecho el árbol. Admiré la dedicación del artista que las realizó, ya que obviamente había tenido mucho trabajo al realizarlas y dedicación.

—Son las diez fabulas de Esopo que más inspiraron a mi tataratarabuela en toda su vida, fue una pintora reconocida, aunque anónima, cuando ella murió su marido descubrió esto y mandó hacer el árbol con plata de Taxco de Alarcón en México, lleva en mi familia desde hace más de ciento cincuenta años— su voz me sobresaltó, ya que no le esperaba tan cerca de mí, no le había oído entrar.

—Pero... falta una... ¿no? ¿Dónde está?— pregunté confusa.

—Eso tienes que decírmelo tu— contestó sin apartar la vista del árbol.

—¿Yo?— al principio no entendí nada, pero conforme fui entendiendo a que se refería me aparté del lugar— ¿Quieres decir que eso fue lo que te robé?

—Sí, no hace falta que lo digas en ese tono, puedo vivir con ello— contestó como si estuviera haciéndome un favor aceptando que soy una ladrona.

—A lo mejor tú sí, pero yo no, además, está cerrado con llave, ¿rompí el cristal de una patada?— pregunté irónicamente.

—Yo mismo te dije dónde estaba la llave— dijo cruzándose de brazos.

—Pues no quiero saberlo, y llévame a mi casa, estoy cansada— salí del despacho, le escuché andar detrás de mí.

—Arianne, espera— consiguió atraparme y me hizo mirarle— No llores, sabes que lo odio— dijo limpiando unas lágrimas que bajaban por mis mejillas, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

—En realidad, no, no sé nada. Te comportas como si fuéramos los mismos... Pero yo no lo soy.

—Para mí sí, sigues teniendo tus manos, pequeñas y suaves, tu cabello tan rubio que casi parece blanco y esos ojos... Ni siquiera sé qué decir de ellos, me dejan sin palabras, esos labios tan adorablemente dulces que me piden que los bese...— me hizo mirarle a los ojos— Te llevaré a la cabaña, si quieres... Pero antes quiero que sepas que no me importa esa estúpida miniatura... He vivido sin ambas tres años y solo he deseado recuperar a una de vosotras, ahora que te tengo no puedo consentir que esa pintura vuelva a separarnos.

Quizá le creí porque era lo que de verdad deseaba escuchar, por lo dejé que me besara y respondí gustosa, aferrándome a él.

Me apretó contra él sin dejar de besarme, le acaricié la cara mientras le daba pequeños besos en la mejilla, le pasé las manos por el cuello y él me cogió en brazos, subió las escaleras conmigo aun entre sus brazos, solo me dejó sobre mis pies cuando llegamos a su habitación.

Vi que había dejado la puerta abierta, se acercó a mí de nuevo y me besó suavemente.

—Si no puedes seguir, vete ahora, porque después no voy a permitírtelo— susurró sobre mis labios.

Me estaba dando la opción de escoger, era libre de decidir lo que hacer, me separé de él y me acerqué a la puerta, cogí la manivela y cerré la puerta.

Le miré y me apoyé en la puerta, sonreí.

—Acabas de sellar tu futuro— me agarró de la mano y tiró de mí acercándose a él. Me apartó el pelo de la cara y me la agarró con las manos.

—Me has embrujado— me besó profundamente y bajó sus manos por mis hombros bajándose los tirantes de la camiseta, me ayudó a quitarme la camiseta dejándome solo con el sujetador.

Me giré y cerré los ojos sintiendo sus labios bajar por mi cuello y posteriormente en mis hombros.

Se apartó un momento y le vi quitándose la camisa, le interrumpí.

—Yo lo hago— susurré.

Él sonrió y comencé a desabrochar uno a uno los botones de su camisa, cuando terminé le quité la camisa y le acaricie el pecho, y las diferentes cicatrices que marcaban también su tórax, me acerqué y las besé una a una lentamente, haciéndole suspirar.

Puso su mano bajo mi barbilla y alzó mi cabeza para besarme, mientras bajaba las manos por mi espalda y las metía por dentro de la cintura de la prenda para bajármela.

Se coló de rodillas besándome el vientre, pero terminé imitando su postura.

Me tumbó sobre mi espalda y le desabroche el cinturón y el botón de pantalón, que él terminó de quitarse con alguna dificultad.

Notaba el aire a mi alrededor que era bastante espeso, solo se escuchaban nuestras respiraciones aceleradas mientras nos abrazábamos y nos besábamos como si lleváramos meses negándonos la comida.

Estaba tan concentrada en tocarle, en besarle y acariciarle, a la vez sentía como el me tocaba, me besaba y me acariciaba, que no me enteré de cuando me quitó el sujetador.

Me besó los pechos lentamente haciéndome jadear, notaba su erección intentando escapar de sus calzoncillos pero la sentía rozarme.

Mis manos cobraron vida propia y las metí en la cinturilla de sus calzoncillos quitándoselos.

Él sonrió contra mi cuello, me tocó en mi feminidad haciéndome abrir los ojos y jadear de la impresión.

De pronto me giró y me colocó sobre él, metió las manos dentro de mis braguitas tocándome el trasero, mientras le besaba la barbilla y me movía pausadamente sobre él.

Jayden gimió y escuché el sonido de la tela de mis braguitas al desgarrarse, me giró y me colocó de bajó de él y comenzó a abrirse paso dentro de mí.

Nos acoplamos fácilmente el uno al otro, como si mi cuerpo conociera al suyo, solo me dejé llevar, no pensé en nada más.

Sentía que estaba como en la cresta de una ola, que subía y bajaba, hasta que llegó la última subid, un sentí pequeña explosión dentro de mí y no pude evitar darle un pequeño mordisco en el hombro, mientras sentía que de nuevo volvía a caer de esa ola, mientras él me seguía también y se liberaba.

«Te amo» le dije mentalmente, ya que no me atrevía a decirlo, mientras sentía su respiración contra mi cuello y su frotaba mi mejilla contra su hombro, sintiéndome cansada.

Él me besó de nuevo profundamente mientras respiraba, se levantó conmigo en brazos y nos tumbamos en la cama.

Y todo comenzó de nuevo.

Me desperté y al principio no supe donde me encontraba, conforme fui despertando, fui consciente de un cuerpo cálido a mi espalda, sentía algunos músculos agarrotados e intenté estirarlos, también sentía una ligera incomodidad.

No me arrepentía de haberme entregado a él, solo el simple hecho de pensar que en algún momento podría perderle, era lo que me daba miedo. Él no había dejado en claro que sintiera algo por mí aparte de una simple atracción. A lo mejor estaba condenada a estar eternamente enamorada de él, pero ser simplemente su entretenimiento. Pensar eso me hizo sentirme incómoda y me removí inquieta.

Pude observar la decoración de la habitación, era muy masculina, los muebles eran de roble oscuro y las sábanas negras, las paredes estaban pintadas en color blanco, era una habitación muy masculina y eso sirvió, en parte, para relajarme un poco, ya que quise creer que Jayden no solía

dormir con sus... amigas allí, así que debía sentir algo más especial por mí ¿no?

Noté un beso en la nuca y sus brazos me apretaron fuertemente contra él, le escuché murmurar algo.

—Ojalá pudiéramos estar todo el día en la cama— susurró en mi oído.

—Pero no debemos— dije sentándome en la cama— Además debería irme.

Él me miró sin comprender, pero me dejó levantarme, agarré la sábana para taparme pero le dejé a él a la vista, aunque no pareció importarle.

—¿No deberías... taparte?— le pregunté dándole la espalda.

—Me parece absurdo, estar desnudo es lo de menos, además tú y yo no tenemos nada que escondernos, nos conocemos completamente— y tiró de la sábana arrebatándomela entre mis manos.

—Devuélvemela— dije cruzando los brazos sobre mis pechos

—Ven por ella— dijo sonriendo pícaramente.

Resoplé y alargué la mano, pero él me la atrapó y me tumbó sobre la cama de nuevo.

—Tengo que irme— repetí.

—No, en realidad no, primero nos ducharemos y desayunaremos, después te llevaré a la cabaña, pero estoy seguro de que desearas volver conmigo.

Me cogió en brazos y me llevó a la ducha.

Jayden paró el coche delante de la cabaña, la miré con antipatía, pues lo cierto era que hubiera preferido quedarme eternamente con él, pero sabía que lo mejor era darnos un tiempo para pensar, al menos yo lo necesitaba, todo había ocurrido tan deprisa, estaba feliz, triste, confundida...

—Quiero invitarte a cenar— dijo y sonreí ante su incapacidad para proponer algo en vez de ordenarlo, pero sin esa parte de él no sería Jayden, mi Jayden.

—Y yo quiero aceptar, pero no sé si sea lo adecuado— le dije sin mirarle, para evitar que me convenciera.

—¿Y porque no? A mí no me importa lo que diga la gente, y a ti tampoco debería de importarte, a mí no importa el pasado y no hay nada más que decir— me besó.

—Pero vayamos a otro lugar, fuera del pueblo— le pedí cogiéndole la cara. —Como quieras, estate preparada a las siete y media— asentí y salí del coche. Le despedí con la mano y cuando se perdió de mi vista dije:

—Te quiero— mientras me llevaba una mano al corazón, me giré y entré en la cabaña.

Después de llegar y de ponerme cómoda, me tumbé en el sofá durmiéndome sin darme cuenta.

Cuando me desperté al mediodía, me sentía un poco inquieta, había dormido con Jayden, aparte de otras cosas y se había sentido tan bien... que el simple hecho de no poder estar junto a él era lo que más miedo me daba.

Pero ¿qué pasaría cuando recordara? ¿Seguiría siendo todo igual o resurgirían los mismos problemas de antes? ¿Era esto una pausa para prepararme para la tormenta?

Aún quedaban unas horas para que Jayden llegara, no tenía nada de comer, miré el frigorífico y se me ocurrió la excusa perfecta para ir a la panadería de mis... padres.

Asentí para mí misma y me puse unos vaqueros, una camiseta amplia de color naranja, me puse un pañuelo en el cuello para tapar las marcas que habían dejado los besos de Jayden y me hice una coleta al lado.

Me subí a la camioneta y conduje en dirección a Landonville.

Conforme fui llegando vi todo de otra manera, como si lo que la primera vez me resultó un pueblo aburrido, era más bien tranquilo.

Aparqué cerca de la panadería, pero fui andando, algunas personas que pasaban junto a mí me saludaron y todo, sonreí internamente, ya que al haberme perdonado el gran Jayden McDowell todos lo habían hecho también.

Vi a Dottie en la puerta de su restaurante barriendo y decidí acercarme antes de ir a ver a mis... padres.

Quería retrasarlo lo más que pudiera, puede parecer cobarde, pero no sabía cómo podrían salir las cosas, además tenía una cuenta pendiente con Dottie...

—Hola— la saludé acercándome, ella me miró por encima de sus gafas y arrugó el ceño, pero siguió barriendo— Señora Dottie, ¿podríamos hablar?— pero ella se rio a carcajadas.

—¿Señora Dottie? Nadie me había llamado así nunca, niña, además tienes agallas...—meditó unos segundos— Habla.

—Quisiera... disculparme si alguna vez la ofendí, yo... Lo siento mucho.

—¿Tu lo sientes? ¿Yo te pegué y tú lo sientes?— dijo impresionada, como si fuera incapaz de entenderlo.

—Bueno, no he podido olvidarlo...— dije tocándome la mejilla— Pero yo la perdono, puedo intentar comprender porque lo hizo.

Me miró fijamente unos segundos mientras sonreía más sinceramente.

—No digas tonterías, niña. Tú debes perdonarme a mí, aquí somos fieles a los McDowell, Jayden es como un hijo para mí... Todos lo hemos visto estos años, tan... cambiado, fue demasiado fácil culparte a ti.

—Yo siento mucho todo aquello, aunque no sé muy bien...— me encogí de hombros. —Sí, ya lo sé, me lo ha dicho Logan... Además, yo no necesito ni quiero que me expliques nada— y sin más continuó barriendo sin prestarme atención.

Sonreí para mis adentros, ya que al menos Dottie no parecía un nuevo enemigo para mí.

Entonces me giré y comencé a andar en dirección a la panadería. Era una señora bastante peculiar, parecía una amable ancianita pero había que tener cuidado con ella, ahora que parecía haberme aceptado no quería volver a enfadarla... Solo esperaba que el encuentro con mis padres, no fuera tan agrio con la primera vez que vi a Dottie...

Antes de entrar cogí aire y abrí la puerta.

Me recibió un olor intenso a pan recién hecho, era un lugar pequeño y acogedor, había un mostrador blanco donde estaba una caja registradora de broce estilo antiguo, por detrás había unas barras de metal con unos enganches donde estaba colgadas las cestas con el pan y a cada lado del mostrador había dos vitrinas donde había diferentes pasteles, a algunos de ellos les faltaban porciones que supuse ya se habrían vendido.

Las paredes eran de color blanco también y había un pequeño pasillo que daba a la cocina.

«Donde siempre está mama y que conecta la casa con la panadería»

Había un hombre haciendo unas cuentas, con un lápiz en la mano, dijo sin alzar la cabeza:

—Enseguida le atiendo— me acerque al mostrador.

Él me miró y nada más reconocerme se oscureció la mirada, apretó fuertemente el lápiz.

—¿Qué haces tú aquí?— me preguntó alzando la voz de más.

—He venido a verles— susurré mientras me temblaban las manos.

—Llegas tres años tarde, además sigues siendo una vergüenza para mí— se le rompió el lápiz entre las manos— No te quiero aquí.

—¿Qué pasa, Art...?— preguntó Nora saliendo de la cocina, con un mandil y una red en la cabeza— Arianne...— sonrió inmediatamente.

—Así que márchate— terminó sin prestar atención a Nora.

—¿Cómo puedes decirle eso a tu propia hija, Arthur? No te reconozco.

—No es mi hija, yo no críe a mi hija para ser una ladrona— dijo y se volvió a mirarla—Tu puedes hacer lo que quieras, pero yo no quiero volver a verla.

Y se metió en la cocina dando un portazo.

—No le hagas caso, cielo— dijo Nora saliendo de detrás del mostrador. —Siento mucho lo del... otro día— le dije sin querer pensar en ese... ese señor.

—No pasa nada, lo entiendo... Jayden ya nos explicó... Yo solo quiero verte, hablar contigo, si no te importa— dijo pasándome un brazo por los hombros.

—A mí también me gustaría— le dije abrazándola— Me gustaría mucho.

—¿Porque está enfadado ahora, el tío Arthur?— preguntó una chica saliendo de la cocina.

Nora se limpió las lágrimas con la mano y la miró.

—Arianne ha venido a vernos, Heather— le dije sonriendo.

Miré a Heather y la vi ponerse nerviosa, y sonreír, era rubia y con los ojos azules como yo, era también más mayor y sonrió con cierta ¿frialdad?

Salió de detrás del mostrador y se acercó a abrazarme, pero no me sentí cómoda junto a ella, por lo que me aparté en unos segundos.

Algo me decía que no era de fiar, no entendí muy bien de donde salían esos sentimientos, ella debió notarlo, pero decidió hacerse la loca.

—Somos primas, me vine a vivir con vosotros cuando mi padre murió, hace unos diez años— explicó ella— Te hemos echado de menos, Arianne— « ¿De verdad?»— Éramos como hermanas y espero que podamos volver a serlo.

—Sí, claro— dije sin prestar mucha atención a la desconfianza que ella me provocaba—Pero me tengo que ir— dije separándome un poco de Heather.

—¿Tan pronto?— preguntó Nora desilusionada.

—Sí— miré hacia la cocina— Es lo mejor, pero volveré.

Nora me hizo jurárselo incluso y después de unos momentos conseguí marcharme. «Heather... Si éramos como hermanas ¿porque siento rechazo...?» no entendía que pudo haber pasado para que me sucediera esto, pero era algo a tener en cuenta.

Fuego y Humo

Durante los siguientes días comencé a sentirme más cómoda aún en Landonville, pasaba todo el tiempo que podía junto a Jayden y por las noches... Me sonrojaba solo de pensarlo...

Junto a él me fui a pescar, a montar, a nadar, me llevaba a cenar... y fui dejando a un lado mi obsesión por recordar, comenzando a desear todo lo contrario, no quería saber.

Me daba miedo que fuera muy horrible...

En esos días también me sentía un poco observada, no como antes, que era perseguida por la mirada de todo el pueblo, esta sensación era distinta... Mucho más escalofriante, pero supuse que era cosa de mi imaginación, aunque no por ello lo hacía menos incómodo, ¿debería ir a un psiquiatra?

También iba a visitar a mi madre, aunque me quedaba más tiempo cuando no estaba Heather porque no me gustaba su compañía, además siempre intentaba sacar a Jayden en la conversación y no quería pensar en... que ellos...

« ¡Basta!»

Esa tarde estaba a punto de entrar en la panadería como era ya mi costumbre cuando sentí a alguien a mi espalda, estaba tan preocupada por esa manía persecutoria que me estaba entrando que me giré sobresaltada.

Me llevé la mano al corazón. Pero no había nadie detrás de mí.

«Me estoy volviendo loca...»

Bufé por lo bajo al ver a Heather fuera del mostrador limpiando los cristales.

—¿Interrumpo?— dije tras una tos y sonriendo.

—Oh, hola, Arianne, en realidad no interrumpes, no te preocupes. Nora no está, ha salido— me dijo con una sonrisa que no me creí en absoluto.

—Hum, sí, vale, entonces volveré luego— me giré y fui a salir de la panadería bastante molesta.

—Pero... ¿Tienes un minuto? Me gustaría hablar contigo— no era lo que más me apetecía en ese momento, pero habría sido una falta de educación negarme.

—Sí, claro, dime— contesté mirándola.

—Por mucho que te creas que has ganado, no ha sido así... No has sido la única que ha disfrutado el placer de estar con Jayden McDowell— dijo como saboreándolo.

—Creo que prefiero no saber a qué te refieres— ya sabía porque no me caía bien esa garrapata... Mi sexto sentido me había avisado.

Salí de la tienda y comencé a andar hacia mi camioneta.

Alguien colocó su mano sobre mi hombro y me giré alterada, pero solo era Jayden. —Estaba esperándote, sé que vienes sobre esta hora a ver a tu madre— me explicó él con una sonrisa, que solo consiguió molestarme más.

—Tengo que irme— fui a girarme pero volvió a impedírmelo.

—¿Qué te pasa? — preguntó serio.

—¿Heather y tu sois muy... amigos?— pregunté con retintín sin poder evitarlo.

—¿Estás celosa?— volvió a sonreír— Entre Heather y yo no ha ocurrido nada, Arianne.

—¿Celosa? ¡Por supuesto que no!— «¿Lo estoy? ¡Claro que sí!»— Solo estoy cansada y quiero volver a casa— por fin conseguí llegar junto a mi camioneta y abrirla.

—Y también estas celosa, no lo niegues, no es algo malo... Yo siempre estoy celoso, en el

momento en el que desapareces de mi vista, he aprendido a vivir con el sentimiento.

—¿Os habéis acostado?— le pregunté sin pensar y él no contestó, le miré a los ojos y algo me dijo que así había sido.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Ella?— asentí— Pues miente.

—No lo creo— me subí al coche y cerré la puerta con el seguro, él golpeó el cristal mientras yo intentaba meter las llaves en el contacto, pero me temblaban tanto las manos que lo tuve que intentar tres veces hasta que lo conseguí.

—¡Arianne, baja, tenemos que hablar!— gritó mientras seguía golpeando el cristal que terminó rompiéndose.

Grité asustada, miré al asiento del copiloto y pude ver a Elizabeth pidiéndome salir del coche... Sacudí la cabeza haciendo desaparecer esa imagen de mi cabeza, pues no podría conducir si pensaba en ello.

Metí la llave en el contacto aunque él intentaba quitármela de las manos, pero fui más rápida.

—¡Déjame! ¡Quiero estar sola!— arranqué y me fui sin mirar atrás.

Nada más llegar a la cabaña me bajé del coche sin cerrar la puerta y quitar la llave y entré corriendo cerrando la puerta con el seguro.

Apoyé la espalda en la puerta y acabé sentada en el suelo abrazada a mis rodillas llorando.

¿Cómo había podido...? Ni siquiera quería pensar en ello... Ellos dos juntos...

¿Habría sido antes o después de irme?

Todo aquello dolía tanto, pero sabía que dolería aún más si hubiera sucedido antes, imaginaba que Jayden habría estado con otras mujeres después de mí, era algo obvio, no era un monje, además él me odiaba en ese entonces, pero pensar en ellas en abstracto no era lo mismo que ponerle cara... Y más aquella cara.

—¡Arianne!— sentí el golpe que le había dado a la puerta contra mi espalda y me aparté— ¡Abre la puerta o la echo abajo!

—¡Hazlo!— le grité a través de ella— ¿¡Qué te lo impide!?! ¡Ya has demostrado que eres capaz de hacerlo!— dije pensando en la ventana de mi coche.

Supuse que algo en mi tono debió decirle como me sentía porque la siguiente vez que habló lo hizo en un tono más razonable.

—Arianne, pequeña, abre y hablemos como personas normales— dijo en un tono más persuasivo.

—No quiero hablar, ni como persona normal, ni como nada. Por favor, vete— le supliqué.

Le escuché suspirar y dar una patada a la puerta.

—Muy bien, te daré unas horas para que te calmes y volveré, más te vale seguir aquí—después escuché su coche arrancar y alejarse.

Estuve allí sentada un buen rato, la habitación comenzó a oscurecerse conforme fue anocheciendo.

Me levanté y sentí los músculos agarrotados, me estiré un poco para desentumecerlos. Me asomé por la ventana y vi una sombra junto al árbol, estaba tan oscuro fuera, que solo se veía la silueta y que llevaba un sombrero.

« ¿Jayden? »

Abrí la puerta y salí, pero ya no había nadie. Escuché un crujido a un lado de la cabaña.

—¿Jayden?— dije caminando en esa dirección.

Llegué hasta el árbol donde antes estaba la sombra y mire a mi alrededor. De pronto salió una mano de detrás de mí y me tapó la boca con un pañuelo que olía muy mal, pero me hizo desorientarme y comencé a ver borroso.

Las piernas no me sostenían y esa persona me puso sobre su hombro y caminó en dirección a la cabaña, pude ver sus botas de cowboy.

—¿Jay...den?— pregunté desorientada.

Pero no me respondió, me sentó en el suelo y se agachó junto a mí, me ató las manos con cinta aislante que yo no había visto, intenté resistirme pero mis brazos casi no me respondían, después hizo lo mismo con mis pies.

No podía mantener los ojos abiertos y solo le veía caminar delante de mí, las luces estaban apagadas y yo tenía mucho sueño.

—¿Dónde está el cuadro?— me susurró al oído, pero no reconocí la voz, estaba como distorsionada.

—No... Lo sé...— todo estaba tan confuso.

Él se rio y me besó mordándome el labio, para posteriormente amordazarme. «Jayden no huele así» fue el único pensamiento que acudió a mi cabeza antes de apartar la cabeza de él o intentarlo al menos.

—Tú lo has querido— intenté mirarle pero no podía alzar la mirada.

Noté un olor a gasolina a mi alrededor y de pronto todo se llenó de luz y calor, el hombre se fue riéndose y cerró la puerta.

Comencé a ahogarme, no podía respirar y tenía mucho sueño, por lo que terminé dejándome caer...

Abrí los ojos tumbada sobre una manta en el patio de mi casa, en Tallahassee, me senté y miré a mi madre que estaba arreglando los setos que bordeaban la reja del jardín.

—¿Mamá?— le pregunté, ella se giró y me miró con una sonrisa con las tijeras de podar en la mano.

—¿Qué haces aquí, Caitlin? No te esperaba tan pronto, es más no debes estar aquí, no todavía— dijo levantándose y sentándose junto a mí.

—¿No quieres que me quede aquí contigo?— le pregunté mientras ella me cogía de la mano.

—Por supuesto que quiero, mi niña, pero no puedes quedarte, tienes muchas cosas que hacer, que descubrir...— dijo ella apartándose el pelo de la cara.

—Pero quiero quedarme aquí contigo, para siempre... Como antes— la abracé— Por favor...

—Qué más quisiera yo, pero debes volver... —negué con la cabeza— No seas cobarde, Caitlin, nunca lo has sido.

—Pero...

—Pero nada, vuelve y disfruta de la vida, al fin y al cabo, yo siempre te estaré esperando aquí.

—¿Lo prometes?

—Con todo mi amor— y me dio un beso en la frente.

Abrí los ojos y después de un pitido, escuché mucho alboroto a mí alrededor, comencé a toser desesperadamente, en busca de oxígeno, notaba que la garganta me quemaba y alguien me sujetaba la mano fuertemente, eran unas manos manchadas de negro, que sujetaban la mía entre ellas.

—Por fin has vuelto, preciosa— Jayden al escuchar que el paramédico me hablaba alzó la vista y me abrazó fuertemente contra su pecho.

—Jayden, suéltala, necesita aire— él me soltó un poco, pero se sentó tras de mí, mientras me colocaban la mascarilla.

—Intenta coger aire despacio— dijo el paramédico girando los ojos en dirección a Jayden— Respira lentamente— y se marchó.

Eché un vistazo a mí alrededor sin poder dejar de toser, había mucho humo y yo estaba en la

carretera tumbada, me dejé caer un poco sobre el pecho de Jayden.

Miré al frente y vi a un montón de gente intentando apagar un fuego, la cabaña...

Recordé mi enfado con Jayden, la sombra, el olor del pañuelo, la cinta aislante...

«Habían intentado matarme...»

—Rebecca... Quiero irme a casa... — susurré con voz ronca mientras continuaba tosiendo.

—Ssh... Mi vida, tranquila... —me susurró Jayden al oído mientras me balanceaba. —Vamos a trasladarla al hospital— dijo el mismo paramédico de antes, venía con otro y una camilla.

Jayden se levantó y me cogió en brazos para colocarme sobre la camilla.

—Rebecca...— susurré mientras se movía la camilla con Jayden junto a mí— Rebecca...

Llévame a casa... Sálvame...— dije mientras sentía que se me cerraban los ojos— Han intentado matarme...

Y todo volvió a ponerse oscuro.

Me desperté y miré hacia el techo blanco que había sobre mí, las paredes también eran blancas, como las sábanas de la cama, todo era blanco, aséptico, frío...

Se escuchaba un pitido constante junto a mi cabeza, levanté mi mano y vi que tenía unos cables enganchados, miré a mi derecha y vi un respirador que se conectaba a la mascarilla que llevaba en la cara.

«Es un hospital...» me dije a mi misma, intentando incorporarme.

—Caitlin, cielo, es mejor que te quedes tumbada— mire hacia donde veía la voz y suspiré tranquila al ver que era mi tía Becca.

Entonces entendí que todo aquello había sido solo una pesadilla: Landonville, la carta de mi madre, Jayden, mis otros padres, Dottie, Logan, el médico del puro, incluso Heather... Habían sido producto de mi imaginación.

Debí perder el conocimiento en el accidente...

—¿Cómo está mi madre?— le pregunté sentándome poniendo gesto de dolor, sin hacerle caso.

—¿Tu madre?— dijo ella poniendo cara de confusión— ¿A qué te refieres?

—Al accidente, tía Becca, he tenido una pesadilla horrible, mi madre no era mi madre y entonces iba a un pueblo donde todo el mundo me odiaba y me decían cosas muy extrañas, que ella me había mentado, que yo no me llamaba Caitlin, sino Arianne... Y había un hombre, que decía que le había robado, que me odiaba y luego me quería, y me odiaba...— ella hizo un gesto con la mano para que dejara de hablar.

—Cariño... Tranquilízate...— se levantó y se paseó por la habitación, como pensando sus palabras muy bien— Tienes que tomarte las cosas con calma...

—¿Calma? ¿Porque? ¿Mi madre está muy... mal?— le pregunté inocentemente.

—No, cariño...— se sentó en la cama con cuidado y cogió aire, limpiándose una lágrima— No ha sido una pesadilla, estamos en San Antonio Regional Hospital, de San Antonio... Texas.

Me tapé la boca con la mano y se me saltaron las lágrimas, a mi cabeza acudieron imágenes del incendio, recordé que por un momento creí que había sido Jayden la sombra, pero luego recordé el olor de ese hombre, no se parecía en nada al suyo.

Sentí que volvía a perder a mi madre por segunda vez, me dolió igual que la primera.

Negarme la verdad era una pérdida de tiempo.

—¿Entonces cómo... tu... aquí?— le pregunté entrecortadamente.

—El señor McDowell me localizó y me reservó un billete en un avión, me contó lo que te había pasado y dijo que me llamabas— me contó ella limpiándose las lágrimas con un pañuelo— Es un buen muchacho, me ha costado muchísimo conseguir que se bajara a comer... Se ve que debe

quererte muchísimo.

—Él no me quiere, tía Becca... Solo quiere que le devuelva un cuadro que dice que le robé— le conté agarrándola de la mano.

—¿Qué? No me puedo creer que piensen que tú has podido robarte algo... Es impensable... Yo pensé que... Bueno no importa, no te preocupes— sonrió, me hizo sentir tan cerca de mi vida segura, de mi vida normal...

En ese momento se abrió la puerta y entró Jayden con aspecto agotado, me miró y su cara cambió totalmente al verme despierta.

—Por fin— se acercó a la cama y me agarró la cara para besarme, pero logré volver la cara y solo alcanzó a besarme en la mejilla. Se levantó y le dijo a Rebecca— ¿Nos puede dejar solos?

Ella me miró pero asintió y salió.

—¿Sigues enfadada?— preguntó apartando el pelo de mi cara y haciéndome mirarlo.

—¿Porque te acostaras con Heather?— le pregunté mientras se me saltaban las lágrimas, solo de pensarlo.

—No me acosté con Heather, Arienne... No voy a negar que han habido otras durante estos años, no tantas como imaginas, pero nunca Heather— me dijo mientras me obligaba a mirarle.

Le miré fijamente a los ojos y le creí, a lo mejor mentía, pero me daba igual, quería creerle.

—De acuerdo... Yo... Estaba celosa...— me costó un poco admitirlo— No me gusta, es una sensación muy fea— le dije haciéndole sonreír.

—Ya lo sé, te he dicho que tengo que convivir con ellos día a día, controlarse es muy difícil, hay veces que es imposible.

—¿Cómo el día de la barbacoa?

—Por ejemplo— me besó y dejé de pensar en nada más, cuando las cosas se empezaron a calentar, Jayden se separó de mí, mientras ambos sonreíamos.

—Gracias por traer a Rebecca, Jayden. Ha sido un bonito detalle— le dije acariciándole la mejilla.

—Ha sido contra mi voluntad... Ya sabes lo que pienso de esas... Señoras— dijo él molesto.

—Gracias de todas formas, Jay— le dije y él me miró serio— ¿Qué pasa?

—Nada... Hace mucho tiempo que no me llamas Jay, solo eso. Repítelo— me pidió cerrando los ojos y apoyando su frente contra la mía.

—Jay— «...te amo»

Después bostecé un poco y él se rio.

—Duérmete, anda— me dijo aun sonriendo.

—¿Te quedarás?— le pregunté tumbándome.

—Sí, no me voy a mover de aquí— me acarició la frente y cerré los ojos sumergiéndome en un tranquilo sueño profundo.

«Llegamos a un gran patio con un árbol en medio de la entrada, abrí los ojos impresionada, imaginándome viviendo en un lugar así, que para mí era un castillo como de princesa.»

Mamá y yo salimos del coche, ella me pidió que me quedara allí mientras hablaba con la dueña de la casa, una mujer muy guapa, con una ropa muy bonita, con el pelo marrón, que nos esperaba sentada en la entrada de la casa.

Comencé a pasearme por el gran patio delantero mientras mamá hablaba con la señora bonita.

Cuando salió de un lugar donde había caballos, un niño alto con el pelo marrón también.

—Hola— le saludé sonriendo mostrando mis dientes, bueno, faltaban algunos, los dos

delanteros.

Él me saludó con la cabeza y se subió al columpio.

—Me llamo Arianne Charlotte Bakersfield— le dije acercándome un paso, como era nueva allí quería hacer amigos— Mis papis acaban de abrir un lugar donde se hace pan y pasteles.

Él no contestó, siguió balanceándose.

—Mi mami dice que si no contestas cuando alguien te habla es porque eres un maleducado— le dije haciendo un puchero.

Él alzó la cabeza y me miró enfadado.

—Los McDowell no somos maleducados, somos unos caballeros— contestó él dándole una patada a una piedra.

—¿Entonces no eres un McLowell?— pregunté intentando pronunciar el apellido.

—Mc—Do—well— separó las silabas para que intentara repetirlas— Y por supuesto que lo soy— dijo enfadándose más.

—Como sea— dije haciendo un gesto con la mano— Entonces dime tu nombre, ¿no? — Jayden— contestó poniéndose serio otra vez.

—No me gusta "Jayden" es complicado de pronunciar... Te llamaré Jay— le dije sonriendo mostrando mis dientes.

—Da gracias a que eres pequeña y una niña, si fueras un chico te pegaría una patada... "Jay" parece nombre de niña— se quejó Jay mientras se columpiaba.

—Pero a mí me gusta... Además no soy pequeña, tengo siete años— dije poniéndome de puntillas para hacerme más alta.

—Eso es ser pequeña, yo tengo catorce, casi quince. Monto a caballo y ayudo a mi padre a cambiar el ganado de prado.

—Guau... Sí que eres grande... ¿Me dejas columpiarme?— le pregunté saltando haciendo que mis coletas se balancearan.

—No, es mi columpio— dijo él balanceándose más fuerte.

—Eres malo— le dije mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

Entonces él me miró, se bajó, me cogió de la cintura y me montó en el columpio.

—No quiero que llores, no me gusta— dijo él— Eres más guapa sonriendo— dijo enfurruñado.

Gracias... ¿me empujas?— le pregunté y él suspiró, se puso detrás de mí refunfuñando pero comenzó a empujarme, mientras yo reía. »

Un poco de Felicidad

Me desperté y sonreí, estaba segura de que había recordado cuando nos conocimos, miré a mi derecha y vi a Jay junto a mí, estaba dormido con la cabeza apoyada en el colchón de la cama.

Le acaricié el pelo, recordándome en ese momento tanto al niño que había visto en mi sueño...

Me hacía feliz recordar esos... Pequeños detalles de nuestra relación, pero también temía que llegara el recuerdo que más me atemorizaba de todos...

No quería descubrir que era una ladrona, estaba segura de que yo amaba de verdad a Jay, pero de lo otro no podía estar al cien por ciento segura, porque dependiendo de las diferentes situaciones que se presenten en la vida, una persona podía escoger el camino equivocado...

—¿Dónde estará esa miniatura?— murmuré en voz baja.

«—¿Dónde está el cuadro?— me susurró al oído, pero no reconocí la voz, estaba como *distorsionada*.

—No... *Lo sé...*— todo estaba tan confuso.

Él se rio y me besó mordiéndome el labio, para posteriormente amordazarme.»

—¿El cuadro!— dije gritando sin querer y despertando a Jayden.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?— preguntó asustado medio dormido y despeinado.

—Sí, siento haberte asustado— dije cogiéndole la mano.

Él se la llevó al corazón mientras suspiraba se echaba hacia atrás en la silla. —Casi me da un infarto... ¿Has recordado algo?

—Sí, pero no, no de lo que crees... Un hombre, el que prendió fuego a la cabaña...

—¿Recuerdas quien fue?— preguntó apretando mi mano.

—No, no le vi bien, pero me preguntó por el cuadro, Jay— le dije mirándole— Sea quien sea, cree que aún lo tengo...

—Todo el pueblo cree que lo tienes, pero dudo mucho que alguno de ellos incendiara la cabaña, pero nunca se sabe... Se lo contaremos a Logan— me acarició la mejilla— No te preocupes, no voy a permitir que te ocurra nada.

—Me he quedado en la calle, mis cosas, mi ropa... —suspiré apesadumbrada.

—Solo son objetos, además no estás en la calle... Vendrás conmigo, a mi casa— me susurró antes de besarme.

—No estaría... bien— susurré medio convencido.

—No me importa— pero nos tuvimos que separar porque llamaron a la puerta. Entraron Nora, Heather, Rebecca y... ¿Arthur?

Nora me abrazó, medio llorando, mientras Heather se acercaba a Jayden, diré en su favor que él no le hizo caso y salió para darme unos momentos con mi familia.

Miré a Rebecca que sonrió un poco.

—No te preocupes, hemos tenido tiempo de hablar— me dijo Nora colocándome algunos mechones de pelo tras la oreja.

—¿Viste quien... fue?— preguntó Heather como si no le interesara, pero parecía nerviosa...

—No, no vi nada— mentí para tranquilizarla, pero su comportamiento me resultó algo sospechoso.

—¿Qué pena! así podrían atrapar más fácilmente a ese desgraciado— se quejó como si le importara.

—Dejemos que se ocupe la policía de eso, Heather— dijo Arthur seriamente, mirándome

fijamente.

Le observé más atentamente que la última vez, era alto, con el pelo entrecano y los ojos azules, vestía unos pantalones negros, con una camisa granate, tenía las manos metidas en los bolsillos y se veía bastante incómodo, aunque no tan hostil como antes.

Heather se dedicó a quejarse todo el tiempo, pero nadie le hizo mucho caso. Estuvieron un rato conmigo, y mi... padre no volvió a hablar, ni se movió, pero notaba como me observaba de vez en cuando.

Quizá no era lo suficientemente tarde para nosotros...

Cuando por fin conseguí que se marcharan, me quedé un rato sola pensando en esa reacción tan extraña de Heather...

¿Y si...? Pero no era posible, vale que no nos llevábamos nada bien, pero tampoco podía creer que fuera capaz de algo así... ¿O sí?

Necesitaba pruebas para poder acusarla, pero ¿cómo podría conseguirlas?

Además no podría decir nada sobre ella, porque era probable que la creyeran, al fin y al cabo, era yo la aparente culpable...

La entrada de Jayden en la habitación cortó mis pensamientos, los dejé a un lado y sonreí.

—¿Llevas mucho tiempo sola?— preguntó cerrando la puerta con el pie, ya que tenía café en la mano.

—No mucho... —me tumbé, mientras él se sentaba en el sillón.

Me agarró la mano mientras con la otra se bebía su café y me quedé dormida.

Salí del hospital tres días después, mi habitación se llenó de globos, flores, al parecer la gente de Landonville ya no me odiaba tanto, porque todos se alegraban de mi recuperación, eso me hizo llorar como una tonta.

Rebecca había vuelto el día anterior a Tallahassee, pero habíamos quedado en estar en contacto, no podría olvidar esa pequeña etapa de mi vida, quería seguir unida a ella por medio de Rebecca.

El día de mi salida, estaba preparando mis cosas mientras Jayden arreglaba los papeles para mi alta, cuando escuché que se abría la puerta.

—¿Ya? Has tardado muy... — me giré y me callé ya que no pude continuar, porque no era Jayden quien había entrado... si no mi... padre.

—¿Me concedes unos minutos?— me preguntó paseándose por la habitación un poco nervioso.

—Claro— dije sonriendo sintiéndome nerviosa también, sentándome en la cama. —Siento mucho no haberme comportado como un padre, Arianne— me dijo sentándose junto a mí— Debí creer lo que decías, desapareciste, todo te señalaba, de verdad creí que volverías, pero cuando no lo hiciste comencé a preocuparme aún más, me moría solo de pensar que podría haberte ocurrido algo... Pero no soy un hombre cariñoso... No quería mostrarme débil, pero eres mi niña, mi princesa. Debí defenderte, por favor, Arianne— me agarró las manos— ¿Podrás perdonar al tonto de tu padre?

No pude decir nada, sentía un nudo en la garganta, las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos y le abracé.

Él también me abrazó fuertemente...

«—¡No me sueltes!— le grité a mi papá mientras pedaleaba con temor en mi bicicleta.

—Tranquila, yo te sujeto— me prometió con una sonrisa. De pronto me sentí libre...

¡Lo había conseguido! ¡Estaba montando en bicicleta!

—¡Papá!— miré hacia atrás y vi que él me había soltado y estaba muy lejos de mí. Me asusté y giré el manillar demasiado rápido, cayéndome al suelo.

Comencé a llorar mientras miraba mi rodilla raspada.

—Ten más cuidado, Arianne— me dijo mi padre mirándome la rodilla— Vamos a desinfectar eso— me cogió en brazos.

—Me duele mucho, papá— me quejé abrazándole.

—A mí también— dijo él limpiándome una lágrima. »

Lloré al recordar la sensación de protección que sentí en ese momento junto a él...

Junto a mi padre.

Nos separamos y sonreímos a la vez.

—Puedes volver a casa, Arianne— me dijo él sin soltarme las manos.

—En realidad, Arthur, Arianne va a vivir conmigo— dijo Jayden entrando en la habitación, mirándolo de forma que no entendí.

—Supongo que... dadas las circunstancias, es lo mejor, pero mi deber era ofrecerlo— se levantó de la cama y yo hice lo mismo.

—Iré a visitaros, si no te importa— le ofrecí sonriendo. —No dejes de hacerlo— se despidió y después se marchó. Jayden se acercó a mí y me abrazó diciendo:

—Parece que nuestros problemas se están resolviendo poco a poco— sonreí porque él dijo nuestros problemas, aunque en realidad era yo la que los había tenido... Luego recordé que todavía quedaba el más importante y dejé de sonreír— ¿Qué te pasa?

—Aún falta saber lo del cuadro y los pocos recuerdos que he tenido no tienen nada que ver...— musité con tristeza.

—¿Has recordado algo?— me preguntó cogiendo las pocas cosas que tenía. —Sí— asentí mientras salíamos de la habitación y andábamos por el pasillo.

—¿El qué?— parecía emocionado, lamente desilusionarle, ya que aún no recordaba lo que él quería.

—Cuando nos conocimos y cuando mi padre me enseñó a montar en bicicleta— le conté y él sonrió disimulando muy bien su desilusión.

—Eso es genial, Arianne, dentro de nada podrás recordarlo todo—« ¿Y cuándo te diga que fue del cuadro? ¿Me querrás igual? Aunque nunca me has dicho que me quisieras»— ¿Porque tienes esa cara? Deberías estar feliz.

—Y lo estoy, solo estoy preocupada por el incendio y todo eso... Supongo que es normal.

Me miró escéptico pero no insistió más.

Cuando llegamos a la casa de Jayden, me cogió en brazos y me llevó al salón, se sentó junto a mí en el sofá y apoyé la cabeza en su hombro. Y guardamos silencio bastante rato, mientras mirábamos el crepitar de las llamas de la chimenea.

—Arianne, cástate conmigo— me dijo como si llevara mucho tiempo pensándolo y al fin hubiera encontrado el momento.

Me levanté y le miré unos minutos pensando muy bien mis palabras.

—Me gustaría tanto decir que sí— le dije sonriendo mientras caían las lágrimas por mis mejillas, haciéndole torcer el gesto.

—Dilo, nada te lo impide— dijo limpiándome las lágrimas.

—No puedo... No por ahora, no hasta que no encuentre el cuadro y sepa que tuve que ver en ese asunto— le expliqué y él se levantó enfadado.

—¡Estás loca si te crees que voy a aceptar esa tonta excusa!— me gritó molesto.

—No es una excusa, es cierto— le expliqué con tono conciliador.

—¿Y si no aparece nunca ese maldito cuadro!?!— me gritó molesto.

—Entonces no nos casaremos nunca— dije mientras sentía que se me rompía el corazón.

—Me niego a aceptar esa respuesta, Arianne. No la aceptó, por lo que a mí respecta tu y yo nos vamos a casar, la otra vez me dijiste que sí, y dado que no me devolviste el anillo, seguimos comprometidos y como comprenderás después de tres años me gustaría que nos casáramos por fin — dijo con una sonrisa triunfal y retándome con la mirada a negarme.

—Dado que no recuerdo haber aceptado, no me considero tu prometida, si aceptas mi negativa o no, me da igual, pero es mi última palabra— me marché del salón corriendo.

Entré en el despacho y me acerqué a la vitrina del árbol y miré una a una las miniaturas, mientras escuchaba la voz de Jayden enumerarlas años antes:

«—Mi abuelo se enteró del hobby de su esposa cuando ella murió, aunque intentó recuperar todas sus obras, no pudo hacer nada, solo le quedaba esto de ella y decidió mandar a hacer el árbol simulando la vida de su esposa, siendo las miniaturas sus frutos.

—¿Cómo se llamaba tu abuela?— le pregunté sin dejar de mirar las miniaturas y sobre todo una de ellas...

—Era de madre francesa, su nombre real era Marie Delphine Beaumont D'Orleac, pero firmaba bajo un pseudónimo, Delphine D'Orleac.

—Me es familiar... ¿Cuáles son las fábulas?— le pregunté mirándole. Comenzó a señalar una a una las miniaturas contándome cada fabula...»

Las miré una a una, quería saber cuál era la que faltaba...

—Bóreas y Helios... El león enamorado... El hombre, el niño y el burro... El pastor mentiroso... La rana que quiso ser buey... La zorra y las uvas... Los tres amigos... Zeus y la serpiente... La liebre y la tortuga...— fui buscándolas conforme iba recordando cada nombre, hasta que por fin supe cuál de ellas faltaba— El viejo y la muerte— sonreí.

Podía ver claramente la imagen que faltaba ante mis ojos, un dibujo de un anciano en los huesos, pidiéndole a la muerte que le ayudara a cargar la leña para sus hijos y su mujer...

Me levanté y me giré, vi a Jayden apoyado en el marco de la puerta, mirándome.

—No quiero que peleemos, pero ese tema aún no está concluido— me avisó acercándose.

—Mi respuesta será la misma mientras no aparezca la miniatura— le dije mirándole a los ojos.

Él me besó y me abrazó, caímos al sofá, la ropa comenzó a estorbarnos y comenzamos a desnudarnos frenéticamente, esta vez fue mucho más rápido, pero ninguno de los dos quería perder el tiempo, solo queríamos estar lo más juntos que se pudiera...

Al menos eso me ocurría a mí.

No quería abrir los ojos, me sentía tan cómoda y tan feliz, tenía la cabeza apoyada en el pecho de Jay, mientras él me acariciaba la espalda con movimientos pausados.

Él suspiró y me levantó la cabeza para obligarme a mirarle.

—No nos puedes negar esto, Arianne— unió nuestras manos y las alzó— Tenemos que estar juntos.

—Sé que tienes razón, pero no puedo casarme contigo, Jay. Nada de lo que digas podrá hacerme cambiar de opinión... —llevaba puesta su camisa, así que me levanté y me puse de rodillas— Así que tú decides, con mis términos o con los tuyos.

—Aceptaré lo que dices... Por ahora— se sentó también— Pero conseguiré hacerte cambiar de opinión, ya lo sabes— sonrió y casi pude ver los engranajes de su mente, ideando un plan.

Le respondí con otra sonrisa, rezando para ser tan fuerte como mis palabras y continuar negándome.

Nos fuimos a comer, la comida que había preparado, Rosa, la señora que Jayden había contratado que se encargaba de mantener la casa limpia y que le cocinaba, aunque no vivía allí, ella solo estaba hasta las cinco de la tarde y durante mi anterior visita no tuve tiempo de fijarme en ella.

Era una mujer agradable, con el pelo negro, de ojos rasgados, hablaba con un ligero acento sudamericano adorable, era muy amable y siempre tenía una sonrisa en la cara.

Me sentí más cómoda junto a ella cuando descubrí que ella solo llevaba trabajando para Jayden dos años, por lo que fue más sencillo hablar con ella sin la presión de saber que me conocía de antes.

Jay me contó que también tenía bastantes trabajadores que estaban con el ganado, pero que salvo muy contadas excepciones, nunca acudían a la casa.

Después de cenar nos sentamos bajo la sombra de un árbol que estaba muy alejado de la casa, Jay me llevó allí y me senté junto a él.

Estuvo callado unos segundos mientras veíamos el sol desaparecer por el horizonte. —Durante estos años, siempre que quería recordarte me sentaba aquí y era el único lugar en todo el mundo donde no sentía amargura, rabia, celos... Solo calma... Paz—musitó suspirando con los ojos cerrados.

Por lo que no me vio el gesto de dolor en la cara, solo de pensar en haber provocado esos sentimientos me llevaba a recordar lo efímera que podía ser esta paz que había entre nosotros...

—¿Porque?— le pregunté en un susurro para no romper la calma del momento. —Cuando mis padres murieron yo tenía dieciséis años, recuerdo el día del entierro, todos los adultos me preguntaban si estaba bien, si quería comer, dormir, que debía llorarles... Pero no podía, ¿sabes? Me sentía muy triste pero no podía llorar.

Me imagine a un joven Jayden, tan serio y solitario, esquivando las miradas de los adultos e intentando llevar el duelo por sus padres a su manera, le agarré de la mano, apoyé la cabeza en su hombro y él suspiró.

—Entonces conseguí escapar y me senté aquí, para tener unos segundos de paz...

Llevaba unos minutos aquí cuando saliste de la casa y me viste, te acercaste a mí, te sentaste a mi lado, así como estas ahora, agarrando mi mano y con la cabeza apoyada en mi hombro, no dijiste nada, solo te quedaste junto a mí... Y lloré— lo dijo como si fuera la cosa más maravillosa y rara del mundo— Solo contigo, porque eres especial.

—Tú también eres especial, Jay, el mejor de todos— le dije besándole y él me abrazó como si no quisiera soltarme nunca.

¿Podría dudar para siempre del el motivo por el que estaba conmigo?

«Él dijo que le calentaba y que era entretenida era posible que me siguiera encontrando igual, la otra vez sentía eso y me pidió que me casara con él... No puedo hacerlo, necesito estar cien por cien segura de que me quiere, que me quiere de verdad y solo podré saberlo cuando ese cuadro aparezca»

Pasamos juntos los mejores días de mi vida, al menos de la vida que recordaba, decoramos la casa para Navidad, aunque me costó un poco convencerle, utilicé toda mi capacidad de persuasión para convencerle.

Invitamos a casi todo el pueblo, ya que era lo bueno de un lugar pequeño, al menos no tenías que hacer ningún desplante por falta de sitio, porque la casa era enorme.

Visité la casa de mis padres, mi habitación y tuve algunos recuerdos sobre mi vida junto a ellos, aunque todavía no les llamaba mamá y papá, me sentía cercana a hacerlo, pero el recuerdo que

más me obsesionaba se negaba por acudir a mi mente...

Llegué a creer que mi miedo a lo que fuera, era lo que evitaba que lo recordara, pero no podía evitar sentir miedo, era parte de mí, al menos de momento.

Observaba a Heather, para ver si notaba algo extraño, pero siempre que iba a ver a mis padres ella se iba o no estaba, eso me parecía sospechoso, pero seguía sin pruebas para acusarla de algo y me sentía una paranoica por dudar de todo, pero no me quedaba más remedio.

Mis padres me enseñaron fotos de mis cumpleaños y mis fiestas, me contaron algunas anécdotas, pero no se metieron en lo que ocurrió esa noche, nadie quería hablar de ello, todo el mundo lo había dejado en el pasado.

Todo el mundo menos yo.

Una sorpresa muy especial

El día de la fiesta por fin había llegado, tantos preparativos por fin iba a dar su fruto, lo cierto era que tenía ganas de que llegara, me apetecía rodearme de toda esa gente, quería dejar de obsesionarme con que seguían pensando mal de mí.

Pero también había otro motivo por el que quería celebrarla...

Aunque Jayden había impuesto el voto de silencio en todo el pueblo, se le había escapado que todo aquello sucedió el día de una fiesta... El de nuestra fiesta de compromiso.

Me negué a creerlo, era impensable que yo me hubiera aliado con un hombre para robarle a mi prometido el mismo día que se celebraba nuestro compromiso, era de locos...

Además... ¿Robar una miniatura cuando tenía a mi alcance la posibilidad de aprovecharme de la fortuna McDowell?

Por eso quería reunir a la gente, rezaba para que al verme rodeada por casi la misma gente y en un entorno similar, por fin llegara a mi cabeza ese tan ansiado recuerdo.

Estábamos desayunando en la cocina, como siempre pero me sentía especialmente contenta, esperaba no estar haciéndome demasiadas ilusiones que luego terminaran en nada.

—Pareces muy feliz— me miró frunciendo el ceño con aire sospechoso.

—¿Te molesta?— le pregunté sin sonreír.

—No, solo que me gusta más estar a solas contigo... Estar rodeado de gente nunca ha sido mi fuerte.

—Cuando fui a verte a la feria me pareciste muy cómodo— le dije riéndome.

—Soy un buen actor— se encogió de hombros con una sonrisa.

«¿Cómo de bueno?» pensé con ansiedad « ¿También actúas cuando estás conmigo?»

Me removí incomoda en la silla.

—Conseguiste engañarme— asentí con un sonrisa forzada. Él me cogió de la barbilla y me besó.

—Quiero que llegue mañana, para darte tu regalo de Navidad.

—No deberías haberte molestado... Yo no tengo nada para ti...— le dije con un mohín.

—Todo esto— dijo abrazándome— Es mi regalo— apoyé la cabeza en su hombro y me imaginé que me amaba.

Sonreí con los ojos llorosos, pero me recuperé un poco antes de apartarme.

—Eres muy bueno conmigo, Jay— le dije acariciando su mejilla— Y no sé si lo merezco.

—¿A qué te...?— puso cara de confusión pero no pudo terminar de hablar porque Rosa entró con algunos miembros del catering para preparar todo para la fiesta. Me separé de él, pero me cogió de la mano.

—¿Vais a ayudar?— preguntó Rosa con las manos en la cintura.

Ambos negamos con la cabeza sabiendo que era la respuesta que esperaba, asintió complacida.

—Pues no molestéis— y con eso nos echó a ambos de la cocina, sin importarle nada.

—Le da igual que yo pague las facturas— dijo Jayden medio sonriendo resignado, me reí, pero él se puso serio— Quiero que me expliques lo que has querido decir.

—No era nada importante, Jay, de verdad— le besé— Olvídalo.

—Como quieras— dijo no muy convencido.

—Vamos a divertirnos— me colgué de su cuello dándole pequeños besos en los labios— ¡Mañana es Navidad!

—Todavía queda bastante para la fiesta...— masculló él mientras me besaba y me agarraba por la cintura— ¿Qué podemos hacer?

—Tengo una idea...— comencé a subir las escaleras hacia la habitación.

Me puse un vestido con la falda de gasa verde agua, la parte de arriba tenía unos dibujos con pedrería, la espalda estaba abierta en forma de pica y con un lazo en la cintura que daba forma al vestido.

Me hice unos tirabuzones por todo el pelo y me lo dejé suelto, como accesorios decidí ponerle unos pendientes de perlas y el colgante de la A.

Al parecer desde que Jayden me lo había regalado en un cumpleaños no había vuelto a quitármelo.

Decidí que había llegado el momento de volver a llevarlo, aunque en realidad no lo sintiera mío, quería... deseaba que esa noche sirviera de algo.

Juntar a la gente que había ese día, en una fiesta similar...

Estaba harta de asustarme con solo imaginar lo que podría haber ocurrido, necesitaba saberlo, bueno o malo, pero quería saberlo ya.

Jay entró cuando me estaba dando los últimos retoques al poco maquillaje que llevaba.

Él silbó por lo bajo y yo me ruboricé sonriendo, le miré y él silbó de vuelta. Vestía un traje gris perla, con una camisa negra y una corbata azul cielo.

—¿Y el sombrero?— le pregunté pasándole los dedos por el pelo.

—Mañana te contaré la historia del sombrero, pero ahora vamos— le cogí del brazo y crucé los dedos.

El ambiente era calmado, me dediqué a sonreír y acercarme a cada uno de los distintos grupos de invitados que se habían formado, también estaban mis padres, Logan, el médico, Violet y sus padres, Frederick y Joanne, que no se parecían en nada a su hija, había invitado incluso al cura, junto con muchas personas más del pueblo, con los que no tenía el gusto de haber convivido, pero que aparentemente me conocían, bueno en realidad se conocían entre todos y se llevaban entre ellos como buenamente podían, porque Dottie y una tal señora Spears —que era la peluquera del pueblo— no se hablaban desde hacía años y al parecer su enemistad era legendaria, cuando me enteré de esto sospeché que quizá seríamos testigos de una pelea en vivo y directo, pero ambas se controlaron bastante bien y procuraron no cruzarse mucho.

Me sorprendió la ausencia de Heather, suponía que ella sería la primera en aparecer para amargar la fiesta.

—¿Y Heather? ¿Viene luego?— le pregunté a Nora mientras cuando llegaron.

—Está enferma, al parecer ha tomado algo que no le ha sentado demasiado bien— me dijo— Pero prefiero que no haya venido— dijo aliviada.

Pero no pudimos continuar la conversación porque mi padre comenzó a hablar de otras cosas.

El problema fue que conforme fue avanzando la celebración no ocurría nada... Y cuando digo nada, me refiero a... NADA.

Estaba hablando con Dottie y mis padres, ella describía mi cara en el momento que llegó Logan para salvarme de que me lapidaran, yo sonreía pero aún recordaba el temor que sentí de que pudieran hacerlo y eso no era gracioso, pero supongo que tampoco podría estar molesta por ello eternamente, aunque tenía razones para ello, prefería olvidarlo.

Noté que tiraban de mi falda hacia abajo y vi a un niño pequeño que me llamaba, lo reconocí, el hijo más pequeño de uno de los rancheros amigos de Jay.

—Hola, pequeño, ¿qué te pasa?— le pregunté cogiéndolo y apartándome del grupo.

—El señor me ha dicho que vengas al huel—to— me dijo con dificultad el niño.

—¿El señor? ¿El amigo de tu papá?— le pregunté sonriendo.

—No, mi papá no sabe cómo se llama el señor— dijo confundido.

«¿De qué señor habla entonces?» miré a mí alrededor buscando a Jayden pero no estaba por ninguna parte, a lo mejor el niño estaba confundido.

Lo dejé en el suelo y fui por detrás de la casa donde me había dicho el niño, no había visto esa parte de la propiedad, estaba un poco apartado de la casa, pero allí no había nadie.

—¿Jayden?— pregunté en voz alta, caminé entre los árboles frutales y me agarraron del brazo.

De pronto me encontré frente a unos fríos ojos azules que me miraban perversamente.

—¿Te acuerdas de mí, Arianne?— preguntó y me golpearon en la cabeza.

«¿Dónde se había metido Jayden? Me había prometido que no me dejaría sola...

Decidí separarme un poco de la fiesta para buscarle, sentía que todos me estaban observando y pensaban algo así como después de once años al fin ha conseguido lo que quería, sabía que todos pensaban que mi amor por Jayden no era tal, sino simple interés... ¿No podían entender que lo que sentía por él era especial?

Fui al huerto y escuché unos murmullos, me escondí detrás de un árbol, pero como estaba muy oscuro solo se veían las siluetas.

—¿Y entonces porque te vas a casar con ella?— era claramente la voz de Violet Green, giré los ojos.

—Ese es mi problema, Violet— le contestó Jay bruscamente.

—Pero no la quieres— afirmó ella triunfante.

—No, no la quiero— contestó él.

Me tapé la boca para no decir nada y me aparté de allí corriendo sin hacer ruido. Entré en la casa por la parte de atrás, entré a un baño para calmarme un poco.

Me limpié las manchas y miré el anillo de mi dedo, el diamante parecía burlarse de mí, me lo quité enfadada.

Fui a guardarlo en el bolso pero me di cuenta de que no lo llevaba, recordé que lo había dejado en el despacho.

Abrí la puerta pero había dos hombres que reconocí como conocidos de Jayden, estaban saliendo del salón con unas bebidas en la mano.

—Debe ser buena en la cama— dijo uno de ellos— Si no, no me explico porque Jayden se va a casar con ella.

—A lo mejor está embarazada, recuerda que siempre ha ido detrás de él— escuché mientras se alejaban.

No soy buena en la cama... He llorado las dos veces pensé saliendo y yendo al despacho más decida aun a marcharme.

Abrí la puerta y me encontré a Heather con su amigo Tyler mirando la vitrina del árbol de Marie Delphine y ambos se giraron nerviosos.

—¿Qué hacéis aquí?— les pregunté acercándome al sofá y cogiendo mi bolso.

—No he podido evitar deleitarme de nuevo con esta maravillosa obra de arte— dijo Tyler sonriendo.

—A... Jayden— me costó mucho decir el nombre— No le gusta que nadie entre sin su permiso— guardé el anillo y me acerqué a la vitrina— Falta uno, ¿dónde está?— les pregunté.

—¿Nos estas acusando de algo, Arianne?— preguntó Heather alzando las cejas.

—En realidad, no. Lo estoy afirmando— les dije mientras veía como Tyler sacaba la

miniatura del Viejo y la Muerte de su bolsillo.

—No se lo digas a nadie, Arianne, solo queríamos irnos juntos, empezar en otro lugar— me dijo Heather pretendiendo darme pena con su mala actuación— No lo volveremos a hacer.

—Lo colocaremos en su lugar y no pasará nada, ¿verdad, Arianne?— dijo Tyler buscando la llave de la vitrina, donde yo misma le había dicho hacia dos semanas que estaba.

Era la favorita de su tataratatarabuela, conformé lo pensé, se me vino a la cabeza lo que Jayden le había dicho a Violet y lo que decían esos hombres de mí, no quería seguir aquí...

—No lo hagas— le detuve sin pensar, solo me dejé llevar por el dolor y el rencor que se estaba formando en mi interior.

—¿Qué?— preguntó Heather sin comprender, mientras Tyler me miraba formándose una sonrisa en su rostro.

—Yo también quiero empezar en otro lugar— vi que iban a preguntarme, pero les detuve— Sin preguntas, yo la guardaré.

—Tyler, no podemos fiarnos de ella, se lo dará a Jayden— le dijo Heather histérica. Tyler no le hizo caso y me miró fijamente.

—Si se dan cuenta de falta os revisaran a todos, pero a mí no, luego la venderemos y dividiremos el dinero entre los tres— les dije desesperada por salir de allí.

Ambos se miraron y Tyler me entregó la miniatura que guardé en el bolso. Decidimos salir por tiempos para que no sospecharan, Heather salió primero hacia la fiesta.

—Espero que no sea un juego, Arianne— me avisó Tyler. —Te lo juro— le aseguré temblando. Él se acercó hacia mí con una sonrisa perversa en el rostro.

—¿Que—que haces, Tyler? ¿Dónde vas?— le pregunté apartándome, pero tropecé con el sillón y caí sobre él.

Tyler formó una especie de jaula con sus brazos sobre mí.

—Jugar— me besó y yo intenté resistirme, pero él me agarró la cabeza.

Escuché abrirse la puerta, Tyler se apartó y pude ver a mis padres, Logan... Jayden que me miraban entre decepción, sorpresa y rabia.

No pude aguantar su mirada enfurecida, era un cínico, aproveché ese momento en el que nadie sabía qué hacer para escapar por la ventana corredera que daba a la otra parte de la casa y salí corriendo hacia el bosque.

Con mi bolso aún en la mano... »

Me desperté con un fuerte dolor de cabeza, noté que estaba atada a un pilar de madera, pero no abrí los ojos, recordé las fiestas... la de hoy y la pasada... Entonces el peso de la culpabilidad cayó sobre mi cabeza como un jarro de agua fría y dolía más que el propio golpe.

Mis grandes temores se habían hecho realidad... Jayden no me quería y yo le había robado la miniatura... en complicidad con Tyler y Heather.

Miré a mí alrededor y me di cuenta de que estaba en un pajar, no lo reconocí, pero no me importó mucho, ahora que sabía la verdad...

Escuché unos pasos y alcé la vista, me encontré de nuevo con la mirada malévola de Tyler Sanders.

—Cuanto tiempo, Arianne... —me saludó el poniéndose a mi altura— Supongo que te haces una idea de lo que quiero...

—Ligeramente— le dije sin dejar de mirarle.

—Me alegro, porque así nos ahorraremos explicaciones innecesarias— dijo sonriendo complacido.

—Pero lamento decirte que no sé dónde está la miniatura— le contesté apartándome de él.

—Algo he oído— me dijo sentándose junto a mí— Me he arrepentido mucho de aquello... Darte la miniatura fue un error.

—Yo también me arrepiento— le dije sinceramente.

—Ambos estamos en esto y tú me vas a dar lo que vale esa miniatura, sea como sea, por suerte para ti me vales más viva que muerta— se levantó y salió del granero.

«¿Me encontrarán a tiempo? ¿Se habrán dado cuenta de que no estoy?» pensé rezando porque así fuera.

Un rato después entró ¿Heather?, ¿me habían encontrado? La vi sonreír de una forma escalofriante y me di cuenta de que debía seguir aliados... Como antes.

—No sabes lo bien que se ha sentido golpearte— dijo riéndose— Lo único que lamento es que Tyler no te matara cuando incendió la cabaña... Cuando pasó aquello y desapareciste me alegré bastante de deshacerme de ti, intenté conquistar a Jayden pero lo único que hacía era pelearse y beber... ¿Qué tienes tú que no tenga yo?

—Heather... Somos familia, te prometo que si me ayudas no diré que tú estabas también involucrada en esto— intenté convencerla con voz suave.

—En realidad esa estúpida miniatura no nos importa— dijo sonriendo como una loca sin hacer caso de lo que había dicho— Vamos a pedir un rescate por ti— dijo como si fuera el plan del siglo.

—¿A quién?— ella enarcó una ceja— ¿A Jayden McDowell?— me reí como una histérica— ¿De verdad crees que pagará?

—Pague o no tu final va a ser el mismo— me dijo Heather. —Tyler ha dicho...

—Ha ido a por leña al bosque, le diré que intentaste escapar— sacó una pistola y apuntó hacia mí— Vas a morir, Arianne... ¿Qué se siente al saberlo? No sabes las ganas que tenía de que llegara este momento, el dinero ya me da igual es la satisfacción personal.

La vi sonreír y supe que iba a morir... Esta vez sí... Cerré los ojos y escuché el disparo.

Juego Macabro

Mantuve los ojos fuertemente cerrados, mientras esperaba que comenzara el dolor, pero conforme fueron pasando los segundos no sentí nada...

Abrí los ojos de golpe y vi a Heather tumbada boca abajo delante de mí con un agujero de bala en la cabeza...

Miré hacia la puerta y vi a Tyler acercándose a mí mientras se guardaba la pistola, se paró y le quitó la suya a Heather para guardársela también.

—La... has... matado... —tartamudeé, él se acercó a mí enarcando una ceja y se agachó, me intenté apartar gritando y pataleando, pero él solo me desató.

—Ella te habría matado a ti y no le habría temblado el pulso— me dijo sin ningún remordimiento, me obligó a apoyarme contra el pilar donde había estado atada.

Me aparté cuanto pude de él, pero sin prestar atención a mi gesto él se acercó a mi oído y susurró:

—Ahora me debes la vida— y me dio un beso en la oreja, mientras yo intentaba controlar las arcadas.

—Eres un monstruo... Un asesino— le susurré temblando, pero él simplemente se encogió de hombros con una sonrisa.

Se levantó y me cogió una mano para levantarme.

—Ponte su ropa— me ordenó mientras giraba el cuerpo de Heather y comenzaba a desnudarla.

Pensé en aprovechar y escapar pero sin dejar de realizar su tarea, dijo como si me hubiera leído la mente:

—Te arrastraría de vuelta aquí y ya has visto lo que soy capaz de hacer... Pero antes me divertiría un rato...— palidecí al comprender— Ya veo que sabes de lo que hablo, así que si en algo aprecias tu vida, te estarás tranquila y serás una buena chica además de una buena compañera de viaje, porque suelo aburrirme bastante durante los viajes largos, así tendrás tiempo de pensar y decirme dónde has puesto la miniatura— terminó con la camiseta, me la lanzó y comenzó a quitarle los pantalones— Vamos, no tenemos toda la noche.

Me bajé el vestido y lo saqué por los pies, me puse la camiseta, los pantalones y las botas de Heather.

Me obligó a quitarme los pendientes y el colgante.

La dejó allí tirada, desnuda... No le importó, yo no me llevaba bien con ella pero nunca habría podido desearle un final así, aunque al parecer ella sí me lo había deseado a mí...

Maldije mi propia estupidez, mi impulsividad... Jamás debí hacer tratos con ellos, debía haber gritado, aunque Jayden no me quisiera, no se merecía lo que le había hecho... Así Heather estaría viva todavía...

«Una mujer despechada es un mal enemigo» y que cierto era.

Solo podía agradecer que los únicos castigados por esto, hubiéramos sido los mismos culpables de provocarlo.

Un coche estaba aparcado junto a la salida del granero, me di cuenta de que estaba a punto de amanecer, era el día de Navidad... Sacudí al cabeza alejando esos pensamientos de mi mente, ya que solo servirían para entristecerme y ahora necesitaba tener todos los sentidos alerta.

Tyler me llevaba agarrada fuertemente del brazo, miró en la puerta abierta de la parte del conductor y sacó unas esposas.

Pegué un tirón que él no se esperaba y conseguí liberarme, corrí todo lo rápido que pude pero

me agarró y caímos al suelo.

Mientras yo intentaba escapar de nuevo, él intentaba atraparme hasta que finalmente consiguió reducirme y colocar una esposa en mi mano izquierda, para posteriormente colocar la otra en su mano derecha.

Me agarró de la cara para obligarme a mirarle:

—Si vuelves a intentarlo, te mataré, ¿entendido?— solo pude asentir.

Me obligó a levantarme y me hizo acompañarle mientras esparcía bidones de gasolina alrededor del granero para posteriormente prenderle fuego.

Mientras nos alejábamos en el coche, vi por el retrovisor como se incendiaba el granero con el cuerpo de Heather en el interior.

Me quitó las esposas y me obligó a conducir durante tres horas, cogiendo carreteras secundarias y atajos, supuse que en esos momentos mis padres ya se habrían enterado de mi desaparición y estarían buscándome... incluso Jayden lo estaría haciendo también.

Se me escaparon unas lágrimas al pensar en todos ellos...

«Dios mío, sé que posiblemente no lo merezco, pero ayúdame... Por favor...» recé mirando hacia el cielo.

—¿Adónde vamos?— le pregunté un tiempo después.

—Vamos a cruzar la frontera por supuesto— explicó como si fuera idiota— Pero si mi plan no resulta como lo he pensado, Heather nos dará unos días de ventaja.

—¿Qué?

—No sé cuánto tiempo tardaran en darse cuenta de que no eres tú, mientras tanto dejaran de buscar, la única persona que sabía que yo había vuelto era Heather, pero ella no dirá nada.

—Jamás creerán que soy yo, le harán la autopsia, miraran fichas dentales— le dije triunfante.

—Pero esos trámites tardaran unos cuantos días, el estimable sheriff Logan no dispone del material necesario para agilizar los trámites, mientras se cubren todos los requisitos tú y yo haré bastante tiempo que habremos llegado a México, mientras piensas donde colocaste mi miniatura, Arianne. Entonces volveremos cuando todo esté calmado y sabremos donde buscar.

—¡No te vas a salir con la tuya...! ¡Jayden me va a encontrar!— le grité dije dando un volantazo.

—Yo me calmaría, Arianne, no te va a hacer bien ponerte histérica... Ni matarnos en el intento... Además yo también tengo ganas de encontrarme con McDowell, me debe unos cuantos golpes...— murmuró para sí mismo mientras se frotaba la mejilla.

—¿A qué te refieres?— le pregunté mirando hacia la carretera.

—Cuando saliste corriendo del despacho, no pude hacer lo mismo... McDowell me agarró y casi me mata, tuvieron que apartarlo de mi entre tu padre y Logan... Mereció la pena por ver su cara cuando le dije que estábamos juntos desde hacía un tiempo... Pero en cuanto tuve la oportunidad tuve que largarme del pueblo... Me mantuve en contacto con Heather, hasta que me dijo que habías vuelto y me dediqué a seguirte...

«Al menos no me estaba volviendo loca cuando creía que me seguían, eso era un alivio»

—¿No sientes nada de arrepentimiento por haber asesinado a Heather?— le pregunté sin poder comprender como podía estar tan tranquilo.

—¿Arrepentimiento?— se rió, negó con la cabeza como si estuviera diciéndole una locura— No, para nada, en realidad siento... Paz. Esa loca me estaba hartando, pero en su momento fue necesaria, nos conocimos por casualidad en una discoteca, ella habló de ti... y de Jayden McDowell, nada más oír el apellido pensé en las miniaturas de Marie Delphine, lo demás como se dice, es historia.

—¿Y Heather? ¿Cómo conseguiste que te ayudara?

—Solo se quejaba de tu familia y sobre todo de ti, aproveché ese odio para decirle que me ayudara y así nos marcharíamos juntos, lejos de todo y la muy estúpida me creyó porque ella odiaba la idea tu boda con McDowell, ella no quería estar en el pueblo ese día, solo estaba el problema de la llave, nadie sabía dónde estaba, había que ser un McDowell para tenerla, pero inocentemente tú lo solucionaste dos semanas antes, sin querer me dijiste que estaba en el jarrón y voilá.

—No puedo entender como una estúpida miniatura puede ser más valiosa que la vida de una persona — le dije con aplomo y odiándolo con toda mi alma.

—Cada una de esas miniaturas vale veinte veces el árbol de plata en el que está enganchada... Pero no podía llevármelas todas... Mi abuela estaba obsesionada con esa fabula... El viejo y la muerte, “*Aun estando sufriendo grandes penalidades más amamos la vida...*”— recitó— Mi abuela olvidó esa moraleja...— se encogió de hombros— Pero te metiste en medio y todo se desbordó, solo intento poner las cosas en la perspectiva que debían haber tomado hace tres años — me guiñó un ojo— Es el karma. Dime dónde está y salvaras tu vida.

—¡No sé dónde está!— le grité mirando al frente. <<Y aunque lo supiera no te lo diría”

Paramos en una gasolinera, aproveché cuando él estaba cogiendo unas cosas y cogí prestado un bolígrafo del mostrador con disimulo, convencí a Tyler para que me dejara entrar al baño. Escribí en un trozo de papel de baño unas palabras que esperaban sirvieran de algo en mi causa.

“*Me llamo Arianne Charlotte Bakersfield, he sido secuestrada en la ciudad de Landonville, Texas. Por favor, ayúdeme y llame a la policía.*”

Lo deje en el mostrador muy enrollado en el tapón del bolígrafo y recé para que el vendedor lo encontrara pronto.

Poco antes de cruzar la frontera, en McAllen, el pueblo más al sur de Texas, nos encontramos con un control de carretera, Tyler se puso nervioso y sacó la pistola para apuntarme al estómago y la tapó con una chaqueta.

—Si se te pasa por la cabeza escapar, te mataré... ¿entendido?— asentí agarrando el volante fuertemente entre mis manos.

Uno de los policías dio unos golpes en la ventana y yo la bajé.

—Buenos días, ¿hacia dónde se dirigen?— me preguntó mirándome por encima de las gafas de sol.

—Vamos a ver a unos familiares aquí mismo— dijo Tyler con una sonrisa. El policía le miró asintiendo y preguntó:

—¿Pueden darme sus nombres?— preguntó mirando su tablet.

—Caitlin Elizabeth Patterson— le dije mirándole fijamente mientras decía moviendo los labios: Ayúdeme.

—Erik Henderson— dijo Tyler apretando el cañón de la pistola contra mi vientre.

El policía se acercó a su compañero, nos miraron alternativamente y luego volvió el mismo policía.

—¿Pueden darme sus identificaciones?

—Sí, espere un momento— dijo Tyler sacando la pistola y apuntando al policía— ¿La ve?— y disparó.

El hombre cayó muerto al suelo...

Un grito se escapó de mi garganta mientras Tyler abría la puerta del copiloto, el otro policía y él se dispararon.

Me tumbé entre los dos asientos para cubrirme, escuché el grito de dolor de Tyler cuando le

hirieron en un hombro.

—¡Sal!— me gritó y yo me arrastré hacia su puerta abierta.

Me colocó delante de él a modo de escudo y me apuntó en la cabeza.

—¡Si no deja que nos marchemos la mataré!— le amenazó gritando mientras se me escapaban las lágrimas por los ojos.

Al policía no le quedó más remedio que bajar el arma.

—Láncela aquí— dijo Tyler señalando mis pies.

El hombre hizo lo que Tyler le dijo y anduvo hacia atrás conmigo aun delante de él en dirección al bosque que había a nuestras espaldas.

Cuando lo perdimos de vista me obligó a correr durante mucho rato hasta que su herida lo debilitó tanto, que no pudo continuar corriendo. Se dejó caer en un árbol, obligándome a sentarme junto a él.

Me pasó un brazo por el cuello.

—Tendremos que quedarnos... por aquí hasta que pueda... volver a moverme— dijo respirando trabajosamente— Cúrame— me ordenó apuntándome con la pistola.

Le descubrí el hombro y observé con pesar que solo había sido un rozón, luego me arrepentí de haber deseado que su herida fuera más grave, ya que no quería ser un monstruo como él... Pero en realidad se lo merecía.

Rompió su camisa en trozos y se la limpié como pude.

—Coge las esposas que están en el bolsillo de mi chaqueta y pónetela como la otra vez— me puse una alrededor de mi muñeca izquierda y la otra en su mano derecha, la contraria a la herida de su hombro— Buena chica— cogió las llaves las lanzó lejos de nosotros.

—¿Porque has hecho eso?— le pregunté llorando, mientras me obligaba a tumbarme junto a él.

—Porque nuestro amigo el policía ya habrá dado parte... Nos encontraran y no pienso separarme de ti... Nunca.

No me gusto como sonó eso...

—Ahora cállate— se le estaban cerrando los ojos y se quedó dormido.

« ¿Cómo podía dormir tan tranquilo después de todo lo que había hecho?»

Miré a mi alrededor y me fijé en el tronco del árbol, junto a mi había una frase tallada...

Rachel quiere a Kyle para siempre. 14-05-2008

Me recordaron a otras... las rocé con la yema de los dedos y entonces lo vi claramente ante mis ojos...

«Corría por el bosque buscando un poco de paz... ¿Cómo podía Tyler haber hecho algo así? ¿Y que más le daba a Jayden? Él no me quería, ¿con que derecho se creía él para mirarme de esa manera?»

Te odio Jayden Samuel McDowell, no vas a volver a jugar conmigo...

Corrí y corrí dejándome guiar por mis pies, desconociendo el rumbo que habían decidido tomar.

Llegué hasta el río y me apoyé en el árbol...

Vi nuestras iniciales tachadas y me alegré de haberlo hecho, no debí haberme ablandado, no debí aceptar su propuesta de matrimonio, no cuando nunca me había dicho nada que me alentara a pensar que él sentía lo mismo que yo...

Había perdido casi toda mi vida detrás de un hombre que nunca me había querido...

Las pruebas siempre habían estado ahí, pero siempre me negué verlas, a creer lo que me decían los demás... Que Jayden McDowell era demasiado para la hija de los panaderos...

Abrí mis manos, sin darme cuenta de que aún tenía la mano apretada contra mi bolso, así que

al abrirla se cayó todo el contenido al suelo...

El anillo... y la miniatura...

—No puedo venderlo... No quiero deberle nada a... él y tampoco puedo dárselo a Tyler...— me dije mirando ambas cosas.

Alcé la vista hacia el árbol y con las manos excavé en la tierra, junto a las raíces, y encontré un hueco en la parte baja del árbol, metí todo de nuevo en el bolso y lo introduje hasta el fondo del tronco.

—Marie Delphine no habría querido que una de sus miniaturas abandonara nunca su tierra— susurré en voz alta levantándome.

Regresé caminando a la casa, cuando estaba a punto de entrar mi padre me agarró del brazo y me metió dentro a la fuerza.

—¿Cómo has podido enredarte con ese pintor entrometido?, además de ser una ladrona, ¿qué clase de monstruo he criado?— me golpeó en la mejilla— ¿Dónde está la miniatura?

Decir que sabía dónde estaba la miniatura habría sido aceptar una culpabilidad que no estaba preparada para asumir, tenía mucho miedo, así que no dije nada, podía ser culpa de mi edad, de mi inmadurez pero no me sentía capaz de hacer frente como un adulto, aunque en el fondo sabía que me estaba comportando como una niña, aunque ciertamente lo era.

Me dije que yo no había robado nada, porque para ello la miniatura debía haber salido del rancho y nunca lo había hecho, era un problema de matices en realidad, porque la miniatura seguía en la propiedad de los McDowell.

Así que aguante el tipo mientras mi padre me echaba de su casa y de sus vidas, mientras mi madre no hacía nada por impedirlo. »

«La miniatura sigue en San Jorge...» me llevé una mano a la garganta «La miniatura sigue en San Jorge...»

Sonreí, estaba demasiado lejos de aquí para que las garras de Tyler Sanders la tocaran...

Al menos eso limpiaba mi conciencia, no había sido tan ruin como para llevarla conmigo y perderla en el accidente que tuve con Paul y Elizabeth Patterson.

Lo que me entristecía era haberlo recordado aquí, con ese chalado...

Estaba tan cansada, se me cerraban los ojos, aunque no quería dormirme...Pero me quedé dormida llorando...

Tyler me despertó cuando pegó un tirón de mi mano para levantarnos.

—¿Qué pasa?— le pregunté asustada y medio dormida mientras me ponía delante de él y miraba por todas partes.

—He escuchado un ruido— eso me hizo despertarme del todo mientras él comenzaba a andar hacia atrás conmigo sujeta todavía— He dormido demasiado tiempo— se quejó enfadado.

—¡Alto! ¡No se mueva!— de pronto de entre los árboles salieron varios hombres armados, con uniformes de policía, apuntando hacia nosotros— Estás rodeado, Sanders.

Les miré uno a uno...

—¡Arianne!— escuché la voz de Jayden y no pude evitar sonreír aliviada, me había encontrado...

Eso sí que era un buen regalo de Navidad...

—Vaya, vaya... Pero si es el señor McDowell...— ronroneó Tyler sin dejar de andar hacia atrás.

Ví que Logan estaba junto a Jayden y que evitaba que se acercara a donde yo me encontraba, pero se escapó de su encierro y se puso entre los policías armados y nosotros.

—Suéltala, Sanders, te daré lo que quieras— le dijo Jayden con voz firme. Todos se movían

lentamente siguiendo el ritmo que marcábamos Tyler y yo.

Terminamos saliendo de entre los árboles y Tyler paró cuando llegamos casi al borde de un precipicio, y los demás imitaron el gesto.

—¿Crees que voy a creerte, McDowell?— miró a los policías con una sonrisa petulante—Tus amigos me mataran en cuanto la tengáis... Yo he asumido que no veré la luz de mañana— dijo con una risa monstruosa— Pero Arianne tampoco lo hará.

Pegó su cabeza a la mía y apuntó con el arma en su cabeza. Jayden palideció y creo que yo también...

—Jayden...— susurré mientras se me escapaban las lágrimas y vi como a él también. Escuché el disparo, pero no tuve tiempo de pensar porque Tyler se desplomó muerto hacia el vacío, arrastrándome con él por las esposas.

Sentí mi hombro crujir y desencajarse, y aunque todo pasó en segundos, para mí fue como si pasaran horas...

Alguien cayó encima de mí, haciendo peso, mientras alguien gritaba, bueno en realidad yo gritaba y sentía todo el peso de Tyler tirar de mí hacia abajo, lo único que evitaba que cayera, me di cuenta, que era el peso de Jayden sobre mí, sujetándome al suelo.

—Ssh... Tranquila, princesa, todo está bien— me tranquilizó Jayden hablándome al oído.

No podía dejar de mirar a Tyler, tenía un agujero en el corazón... Literalmente.

Uno de los policías se acercó a nosotros y forzó la cerradura de las esposas, liberándome por fin de Tyler y soltándolo hacia el vacío.

Jayden me abrazó fuertemente contra él y ambos lloramos de alivio.

No es tan sencillo

Esta vez no hubo un shock que me ayudara a sobrellevar mejor esta situación, aun podía ver el cuerpo de Tyler colgando solo sujeto a mi brazo, tanto que me había me lo había dislocado, tuvieron que llevarme al centro médico para recolocármelo y me escayolaron, ya que aparte del hombro me había desencajado el codo, astillando el cubito y el radio, además de romperme la muñeca.

En todo ese proceso, no pude decir otra cosa que gritos de dolor y quejidos, no me sentía con fuerza de hablar, todo ese horror había terminado...

Bueno, no del todo, porque cuando devolviera la miniatura a su legítimo dueño, tendría que pensar en donde vivir, de que...

No quería pensar en ello todavía, pero no me quedaba más remedio.

Jayden no se separó de mí en todo momento, me mantuvo junto a él con mi mano entre las suyas y acariciándome la cabeza para tranquilizarme, tomé el gesto de modo fraternal, ya que no quería emocionarme inútilmente.

No me tuve que quedar internada, por lo que cuando terminaron me dejaron salir. En la puerta estaba Logan que sonrió cuando me vio y se acercó a nosotros.

—Eso tiene mala pinta...— me dijo con un silbido— Tienes que rendir declaración, Arianne.

—¿No podéis esperar, Logan? Ni siquiera se ha recuperado del shock— dijo Jayden enfadado, acercándome a él con cuidado.

—No, no, quiero hacerlo ahora y pasar página— insistí seriamente. —Arianne...—comenzó Jayden supongo que querría disuadirme.

—No, es necesario— dije con voz firme.

Logan asintió y nos acompañó a la estación de policía.

Esperamos unos quince minutos y me llamaron, Jayden se metió y no pudieron sacarlo, así que permití que se quedara.

—Bien— le miro el sheriff molesto con el invitado indeseado— Cual es su nombre. Cogí aire y lo solté lentamente.

—Arianne Charlotte Bakersfield— Jayden me miró alzando las cejas, ya que sabía qué hacía unos días habría dicho algo muy distinto y nunca había dicho mi nombre en voz alta, aunque había contestado siempre que me llamaban por él.

Pero yo era Arianne, no Caitlin, era el momento de dejar de refugiarme detrás de otra persona.

—Bien, Arianne, va a relatarnos los acontecimientos acaecidos desde el día 24 de diciembre de 2015, a las 23:25 hasta la tarde del día 25 de diciembre de 2015 a las 18:45, responda a las siguientes preguntas lo más precisa que pueda— asentí— ¿Cuándo conoció al señor Sanders?

—Hace tres años, casi cuatro, en la puerta de mi casa, era amigo de mi prima, Heather Nicols— le dije sin parpadear.

Entonces por el rabillo del ojo vi que Jayden me miraba expectante, ya sabía que yo lo recordaba todo.

Y así respondí una a una las preguntas del sheriff, cosas como me había encontrado, quien me había dicho que Tyler estaba allí, como me habían cogido, como había muerto Heather, que les relatara el viaje...

Intenté contarle todo lo más exacto que pude, pero deseaba no volver a repetirlo.

Cuando al fin termine una hora y media después, la firmé y parecía que por fin todo había

terminado.

Logan se marchó en su coche patrulla y yo me subí al coche de Jayden. Cuando salimos del McAllen, me cogió la mano buena la besó, miré hacia la ventana tragándome el nudo que se había formado en mi garganta.

—Pronto estaremos en casa— me prometió con una sonrisa. «Yo no tengo casa» pensé, pero me limité a asentir.

Estuvimos unos minutos en silencio y pensé que sería al ambiente que reinaría durante todo el viaje, y me quedé dormida, por fin un sueño tranquilo y sin sobresaltos.

Cuando me desperté estábamos llegando a Landonville y no pude evitar echarme a llorar.

—No llores, pequeña— dijo él aparcando el coche a un lado de la carretera, al lado del cartel que daba la bienvenida a Landonville, como yo hice la primera vez que fui, parecía que había pasado mucho tiempo de aquello y sin embargo solo habían sido varias semanas, era como si el círculo se estuviera cerrando, aquí volví a verle y aquí sería la última vez que le vería. Paró el coche y me abrazó contra él.

—Ya estas a salvo, nunca me perdonaré que pasara esto...

—No ha sido tu culpa, Jayden— le dije separándonos un poco— En realidad es solo mía, me gustaría quedarme con mis padres— continué separándome del todo.

—¿Qué te pasa, Arianne?— me preguntó endureciendo el gesto. —Nada, solo estoy cansada— le contesté mirando por la ventana.

—Lo entiendo, supongo que no pasará nada porque te quedas con tus padres— aceptó a regañadientes.

Llegué y mis padres me recibieron con los brazos abiertos, me abrazaron y no se despegaron de mí, nadie habló de Heather en ese momento, solo lo habría estropeado, porque ya sabían que había sido cómplice de Tyler Sanders.

Al día siguiente me encontraba en mi antigua habitación, era de color amarillo y tenía un tocador de color blanco, como la cama y las mesillas, había una puerta que daba al armario —dónde de pequeña creí que había un monstruo—.

Mirando a mí alrededor, podía recordar donde estaba cada cosa, cada adorno, cada libro... Las cosas a las que jugaba allí... Se sentía normal y raro a la vez, normal porque al fin y al cabo era mi vida, mis recuerdos... Raro porque todavía me costaba un poco juntar en mi cabeza dos vidas tan distintas...

Estaba sentada en mi cama, con las rodillas abrazadas, cuando mi madre entró con dos tazas de chocolate caliente...

—¿Puedo?— dijo moviendo un poco la bandeja, asentí y ella se sentó a mi lado en la cama dejando la bandeja en la mesilla— ¿Cómo te sientes, Arianne?

—Extraña, no sé es... diferente— me encogí de hombros.

—Ha vuelto a llamar y me ha dicho que si no le devuelves la llamada vendrá en una hora— no hacía falta que me dijera quien llamaba.

El pueblo se había portado muy bien conmigo, más de lo que me merecía, pero se lo agradecía de todo corazón, sobre todo sabiendo todo lo que sabía ahora.

Me encogí de hombros mientras se me saltaban las lágrimas.

—Yo le quiero, mamá— le dije apoyando la cabeza en su hombro.

La noté suspirar lentamente y supe porque lo hacía, la había llamado mamá, pero era así, era mi mamá.

—¿Entonces cuál es el problema, mi niña?— me preguntó con la voz ronca de la emoción.

—Qué él a mí no— le dije rompía a llorar.

Ella solo me abrazó, pero cuando una hora después escuché le timbre y a Jayden hablar, ella consiguió que no subiera, se lo agradecí con todo mi corazón.

Una semana después me encontraba mucho mejor, aunque aún no me habían quitado la escayola, me sentía con otro ánimo.

Ayudaba a mis padres a hacer pan y pasteles, aunque no eran los mejores de Texas, se podían comer.

Jayden solo me dio una semana de margen, porque cuando estaba colocando unos carteles en la puerta vi una sombra detrás de mí y supe inmediatamente quien era.

—Arianne, tenemos que hablar y esta vez no te vas a deshacer de mí— me amenazó Jayden, se le veía cansado, un poco más delgado y también enfadado.

—Sí, tienes razón, tenemos que hablar... —miré a mi alrededor— Pero no aquí, espera. Entré a la panadería y avisé a mi padre de que salía con Jayden, él sonrió asintiendo, como diciendo ya era hora.

Salí de nuevo a la calle y él no se había movido ni un milímetro, fuimos hasta su camioneta y me dijo:

—Dónde.

—En el árbol— él se encogió de hombros pero sabía a qué árbol me refería.

No volvimos a hablar hasta que llegamos al árbol junto al río, vi nuestras iniciales borradas y me arrodillé bajo él, mientras Jay hacia lo mismo, comencé a excavar con la mano buena y él me ayudó.

Cuando vi el hueco, metí la mano y saqué un trozo de tela sucia, era mi bolso, lo abrí y al volcarlo con cuidado salieron el anillo y la... miniatura.

Él cogió la miniatura y me miró, yo cogí el anillo.

—Yo la robé, Jayden— le expliqué suspirando.

—¿Qué? ¿Porque?— me preguntó.

—Porque esa noche me enteré de que... —me costó unos segundos decirlo en voz alta— No me querías.

—¿De qué demonios estás hablando?— preguntó enfadado levantándose y caminando de un lado a otro.

—Te oí, se lo decías a Violet... — y continué relatándole todos los acontecimientos de esa noche.

Él me escuchó sin decir nada, pero no dejó de mirarme en ningún momento, atento a cada una de mis palabras.

—Solo estabas conmigo para encontrar la miniatura y ahora ya la tienes— me levanté con dificultad y le di el anillo— Esto también es tuyo.

Él lo agarró y se me quedó mirando, parecía... no podía definir como parecía.

—¿Y crees que devolverme esto hará que te libres de mí?— preguntó con voz grave— Te perseguiré donde vayas, Arianne y te traeré de vuelta una y mil veces hasta que aprendas que tu lugar está aquí, conmigo.

—Tu dijiste que te calentaba, que te entretenía, que solos querías encontrar la miniatura que no te importaba, que no me querías...— pero no pude terminar de hablar porque me interrumpió.

—¿Y tú te lo creíste?— gritó enfadado muy cerca de mí— ¿De verdad pensaste que estuve tres años, cuatro meses, una semana y tres días buscándote por todas partes porque me entretenías y no te quería?

—Yo... Tu nunca...

—Me tuviste bailando sobre tu dedo meñique desde que tenas siete años, Arianne— me explicó con voz cansada— Fui lo bastante idiota como para casi perderte, pero no estaba tan loco... Te quiero son dos palabras tan simples que no pueden explicar todo lo que siento por ti...

—Pero le dijiste a Violet que no me querías— susurré sin comprender nada.

—Yo sabía que querías escuchar esas palabras de mí, tú las decías todo el tiempo y disimulabas muy bien tu decepción cuando no las escuchabas... Pero no podía decirlas, no se las decía a nadie desde que mis padres murieron, pero si había una persona a la que anhelaba decírselas era a ti y planeaba hacerlo, cuando Violet me preguntó le dije que no, porque no quería que fuera ella la que escuchara esas palabras aunque no fueran dirigidas para ella, si hubiera sabido que escuchabas jamás habría dicho una cosa tan horrible, Arianne, me habría limitado a guardar silencio, solo quería que me dejara tranquilo y buscarte... Pero cuando me uní a la fiesta te busqué por todas partes y tú...

—Cometí el peor error del mundo...— dije agachando la cabeza, si hubiera hablado con él, si le hubiera escuchado...

Si... Si... Si... Pero lamentarme no servía de nada, todo estaba hecho...

—Pero no voy a dejar que cometas otro— me avisó obligándole a mirarle— Así tenga que secuestrarte no voy a permitir que nos vuelvas a separar... Eres mi vida, Arianne, por favor— se arrodilló a mis pies y pegó su cabeza a mi cintura— No me abandones...

Me arrodillé junto a él y dije:

—Nunca más— le besé.

Miró mi mano escayolada, luego el anillo y sonrió un poco.

—Te lo pondré cuando te quites eso.

Asentí feliz porque había llegado mi vivieron felices y comieron perdices...

Fin

Epílogo

8 años después...

Me despertaron unos saltitos en la cama, sabía quiénes eran, pero me negaba a abrir los ojos, sonreí mentalmente.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Es Navidad!— gritaron los gemelos Christopher y David, mis pequeños niños de cinco años que tenían tanta energía que eran capaces de agotarnos a todos en dos minutos.

—Sí... Pero dejad de saltar, chicos— les dijo Jayden medio dormido— Ya sabéis que hay que tener cuidado con mamá y la hermanita.

Eso hizo que los niños pararan de saltar y me miraron con ojitos de cachorrito.

—Lo siento, mami— me dijo Chris hundiendo la cabeza en mi cuello.

—Yo también...— imitando el gesto de su hermano.

—No pasa nada, cielo, solo tened cuidado.

—Ya les he dicho que se estuvieran quietos— dijo desde la puerta, Kevin, nuestro pequeño sabelotodo de siete años.

Miré a mis pequeños, tan parecidos a su padre, eran McDowell de los pies a la cabeza y pedí que mi niña se pareciera un poco a mí, además de que necesitaría mucho carácter para hacerse respetar entre ellos.

—¿Por qué no vais bajando vosotros?— les propuso Jayden levantándose de la cama— Y el que primero llegue empezará abriendo los regalos.

—Pero cuidado con...— los niños ya habían salido corriendo hacia el salón— las escaleras — acabé suspirando.

—Tranquila, yo se les vigilo— se dio un beso fugaz en los labios y acaricio mi prominente vientre— Buenos días, Chelsey— y recibió una patada en respuesta que nos hizo sonreír.

Él bajó detrás de los niños y yo me tomé mi tiempo.

Lo cierto es que la llegada de Kevin nos había tomado por sorpresa y provocó un adelantamiento de fechas para nuestro matrimonio... Luego llegaron los gemelos, tras un embarazo que fue muy complicado, por lo que decidimos no tener más hijos.

Pero siempre sentí que faltaba algo entre nosotros, adoraba a mis pequeños pero sentía como un vacío, que se llenó cuando supe que estaba embarazada de nuevo.

Jayden se tomó la noticia con menos efusividad que las otras veces porque al principio había estado bastante asustado por mi salud y la del bebé, pero cuando el médico nos dijo que ambas estábamos perfectas comenzó a tranquilizarse y a hacerse a la idea de que íbamos a tener una niña.

Sabía que se sentía un poco agobiado por que él decía que no sabía cómo tratar a una niña...

«—Las niñas son delicadas, lloran con facilidad... —dijo suspirando con pesar.

—O no, ¿por ser niña tiene que ser una llorona? ¿Crees que lloro demasiado?— le pregunté fingiéndome ofendida.

—¿Y cuando crezca? Cuando los chicos se empiecen a interesar en ella...— susurró sin hacerme caso mientras tenía un escalofrío— Les esperaré con una escopeta en la puerta.

Le miré enarcando una ceja, pero le veía capaz...»

Decidí bajar cuando comencé a no oír a los niños, me levanté con cuidado y fui al salón.

Cuando entré me encontré a Kevin mirando atentamente lo que Jayden estaba armando con

los gemelos jugando a su alrededor, parecían cuatro niños, sonreí.

Un rato después cuando los niños ya tenían todos los regalos abiertos, los niños se acercaron a mí con una cajita pequeña, que llevaba David entre sus regordetas manos.

—Toma, mami, es de todos... Para Shelsey— abrí la caja y me encontré un colgante con una C, parecida a la mía.

No pude reprimir las lágrimas.

—¿Por qué lloras, mami? ¿No te gusta?—preguntó Chris abrazándome.

—Ya sabes que mami está muy llorona últimamente— intervino Jayden cogiendo al niño.

—Claro que me gusta, es precioso— intenté reponerme y lo saqué de la caja. Ya podía ver a mi hija con él puesto...

Cuando los niños estaban entretenidos con sus juguetes nuevos, miré por la ventana como comenzaba a nevar.

Sentí los brazos de Jay a mí alrededor y miró por encima de mi cabeza hacia la ventana.

—Gracias— le susurré.

—¿Por qué?— me preguntó sin comprender.

—Por todo esto— contesté mirando a mí alrededor.

Sonrió, esa habitación estaba llena de pequeños McDowell que algún día harían tan felices a cuatro personas como su padre me hacía feliz a mí...

Porque los McDowell son grandes caballeros... y dentro de poco se uniría una gran dama al clan.

Agradecimientos

Me gustaría agradecer a mi hermana, Ana y mis padres por haberme animado a continuar esta aventura de la autopublicación; me han apoyado durante toda la vida, sobre todo cuando llegó el momento de publicar, animándome a continuar y ayudándome cuando no me sentía lo suficientemente fuerte para continuar con mi sueño.

A mis compañeras de Redmadre, en especial a Pilar, María, Gertrudis y Josefina, por sus sabias palabras y por ayudarme siempre que tengo una pregunta o una duda; incluso cuando necesito cualquier atrezzo para mis presentaciones, sé que cuento con ellas.

A Antonio y Mateo, porque son de las mejores personas que he conocido, que siempre están dispuesto a ayudarme.

A todos ustedes que invierten su tiempo en leer estas ideas, mil gracias por estar ahí acompañándome, espero que os guste esta nueva historia.

Quiero darles las gracias por apoyarme durante este tiempo, cuando comenzó Bajo la tormenta en Wattpad, en Litnet e Inskpired, plataformas sociales en las que ha tenido repercusión.

Muchas gracias a todos.

Lydia C. Ramírez

Acerca de la Autora



Lydia Carpio Ramírez (1995) nació en La Carolina, Jaén, y estudió Técnico en Administración y finanzas. Aunque desde siempre había soñado con ser escritora. Comenzó a escribir a la edad de 8 años, unos cuentos que leía frente a su clase, aunque ninguno de ellos los escuchaba. Poco antes de comenzar el instituto, dejó de escribir, aunque se dedicó a Leer cualquier cosa que cayera en sus manos.

Cuando tenía 15 años, junto con una amiga, retomó esta afición a la escritura con una historia bastante curiosa que escribían en una librería y se intercambiaban cuando el profesor no miraba.

En 2015, gracias a su hermana, descubrió la plataforma naranja Wattpad, donde, bajo el pseudónimo *Blytherose* retomó la escritura tomándose lo más en serio. Así consiguió que su primera novela, *Lady Sophia*, fuera sacada a la venta por Ediciones Coral, junto a sus sucesoras, *Lady Amelia* y *Lady Anne*, consiguiendo en pocas semanas alcanzar los primeros puestos de ventas, de ese modo obtuvo el sello *Best Seller* en formato digital.

Escribir es una pasión que comparte con la ayuda voluntaria que presta en la Asociación Redmadre. En marzo de 2018, fue galardonada con el premio Ana López Gallego en la categoría mujer de cultura, arte, empresa y deportes. Ahora, investigando un terreno nuevo para ella, sacó su primera novela autopublicada, *Bajo la Tormenta* y siguiendo ese camino, se atreve con *Algo para recordar*.

Libros de este autor

Trilogía Ladys: Lady Sophia

En el Londres del siglo XIX, lady Sophia Phillips vive su existencia alejada del mundo dentro de un convento después de haber sido repudiada por su familia, cuando de repente su presencia es solicitada por su madre, todo cambiará para ella, sobre todo ante la súbita proposición de Stephen Rutterford, un caballero sin título pero con una gran fortuna.

¿Habrá una segunda oportunidad para Sophia de ser feliz? ¿O volverán sus fantasmas pasados a atormentarla de nuevo?

Trilogía Ladys: Lady Amelia

En el Londres del siglo XIX, lady Amelia Phillips sufre por el amor no correspondido del duque de Pendleton, además de tener que lidiar con su insoportable madre, se enfrenta al repudio social por culpa de su hermano mayor. Entonces ante ella se abre la oportunidad de salir de ese infierno de la mano del joven heredero Robert Bradford. ¿Podrá Amelia conseguir al fin el amor de William? ¿O deberá rendirse?

Trilogía Ladys: Lady Anne

En el Londres del siglo XIX, lady Anne Phillips, ha conseguido dejar atrás su tortuoso pasado y desea decidir su propio destino. Ha visto sufrir a sus hermanas por amor y no ansía pasar por lo mismo. Todo dará un giro inesperado cuando un americano muy rico llamado Alexander Richmond altere todos sus planes y sueños.

¿Será Anne capaz de aceptar su destino? ¿O deberá revelarse contra él?

Bajo la Tormenta "La Sombra del Martillo y la Hoz"

Después de aquel 30 de abril, todo se quedó en silencio. Un silencio aterrador ya que hacia demasiado tiempo que se escuchaban aquellos monstruosos sonidos. No oírlos fue, quizá, peor porque se desconocía lo que sucedía a su alrededor. Habían perdido. Eran el enemigo. Nadie les quería cerca y a la vez no querían perderles de vista. Incluso entre ellos, algunos habían tenido más suerte que otros. La familia Middelburg no. Eran prisioneros en sus propias casas. Vivían al Este de Berlín.

La Belleza Rota de Christina

«A la edad de ocho años, una adivina predijo que la vida de Christina Whittermore sería complicada.» Dueña de un encanto irresistible y una candidez tentadora, Christina es una joven atrapada en un matrimonio infeliz. Presa de una gran tristeza, intenta reconstruir su vida en la alegre ciudad de Londres, donde inicia un romance con el duque de Harford, abriéndole las puertas a una felicidad desconocida para ella. Aunque, lamentablemente no todo serán rosas en su

vida. Adéntrate en una mágica historia, donde el amor y el deber chocan entre sí. Una historia donde la única protagonista es Christina.

INCLUYE CONTENIDO INÉDITO: CAPÍTULOS NARRADOS POR NICHOLAS.